DIÁLOGO GLOBAL

9.1

3 ediciones al año en 17 idiomas

MAGAZINE

Asociación Internacional de Sociología

Nuevos caminos para una sociología global

Sari Hanafi

Investigando clase y desigualdad

Projekt Klassenanalyse
Pablo Pérez
Rodolfo Elbert
Svetlana Yaroshenko
Ngai-Ling Sum
Tania Murray Li
Ruth Patrick
Richard York
Brett Clark

¿Más allá del paradigma del crecimiento?

James K. Galbraith
Klaus Dörre
Éric Pineault
Federico Demaria
Anna Saave-Harnack
Corinna Dengler
Barbara Muraca
Gabriel Sakellaridis
Jorge Rojas Hernández

Perspectivas teóricas

Ariel Salleh

El ascenso global del populismo de derechas

Lena Lavinas
Guilherme Leite Gonçalves
Ayşe Buğra
Ramiro C.H. Caggiano Blanco
Natalia Teresa Berti
Justyna Kajta

Sección abierta

> **Inspirándose en Marie Jahoda**
> **Relaciones laborales en Portugal**
> **El equipo editorial bengalí de *Diálogo Global***

DG VOLUMEN 9 / NÚMERO 1 / ABRIL 2019
http://globaldialogue.isa-sociology.org/

> Editorial

Sari Hanafi fue elegido nuevo presidente de la Asociación Internacional de Sociología en el XIX Congreso Mundial de la ISA, celebrado el pasado julio en Toronto, Canadá. Esta primera edición de 2019 de *Diálogo Global* comienza con la presentación de su visión teórica para la ISA durante su mandato. Allí Hanafi aboga por una combinación entre enfoques poscoloniales y posautoritarios que abran el debate en torno a un nuevo paradigma para el pluralismo en tiempos de modernidades múltiples.

Con el avance de los partidos populistas de derechas en todo el planeta, los debates sociológicos en torno a la clase social han ganado nueva prominencia. El primer simposio dedicado a esta temática refleja un renovado interés en las preguntas por la formación de clase y las relaciones de clase alrededor del mundo, con aportes que recuperan los estudios más recientes de América Latina, Estados Unidos, Alemania y el Sureste Asiático. Junto con estas investigaciones, en el simposio se exploran las implicaciones del aumento de la pobreza y de la desigualdad.

Por décadas, la búsqueda del crecimiento económico ha estado en el centro tanto de la mayor parte de la actividad económica como de las iniciativas políticas y de las discusiones académicas. Sin embargo, en los últimos años, cada vez más activistas, pero también sociólogos y economistas, se han embarcado en un impresionante debate sobre los límites del crecimiento. Se discute el futuro, y en algunas regiones el posible fin, de las tasas de crecimiento constantemente altas, así como los efectos ecológica y socialmente destructivos de focalizarse unilateralmente en el crecimiento del PIB. Tanto desde el activismo como desde la academia se examinan posibles alternativas, especialmente bajo la idea de "decrecimiento", un concepto que no está exento de polémica. Los artículos incluidos en este segundo simposio dan cuenta de las discusiones en torno al futuro del crecimiento y del decrecimiento como posible alternativa.

Tomando en consideración la coyuntura global contemporánea, la contribución teórica de Ariel Salleh apunta a un nuevo análisis sociológico de clase que unifique madres, campesinos y recolectores en función de sus habilidades materiales para sostener la vida en la Tierra. Desde una reflexión histórica sobre los debates en torno al ecofeminismo, la autora hace un llamado a la sociología crítica y al uso de la noción de materialismo corporizado.

El fin de muchos de los gobiernos de izquierdas en América Latina coincide con el ascenso de gobiernos de derechas, en algunos casos autoritarios, en muchas otras regiones del mundo. Aquí académicos de Brasil, Colombia, Turquía y Polonia examinan los desarrollos históricos y políticos del populismo de derechas.

Tres artículos conforman la sección abierta de esta edición: Johann Bacher, Julia Hofmann y Georg Hubmann presentan la recientemente publicada tesis doctoral de Marie Jahoda y nos recuerdan todo aquello que podemos aprender de su vida y obra, como cientistas sociales y como ciudadanos comprometidos políticamente. Elísio Estanque y António Casimiro Ferreira nos ofrecen un panorama de la nueva configuración político-laboral del Portugal actual, durante el período pos-Troika más reciente. Finalmente, el equipo bengalí de *Diálogo Global* se presenta a sí mismo y a su trabajo. ■

Brigitte Aulenbacher y **Klaus Dörre**,
editores de *Diálogo Global*

> *Diálogo Global* puede encontrarse en 17 idiomas en la página web de la ISA.
> Las propuestas deben ser enviadas a globaldialogue.isa@gmail.com.

Asociación Internacional de Sociología

DIÁLOGO GLOBAL

> Comité editorial

Editores: Brigitte Aulenbacher, Klaus Dörre.

Editoras asistentes:
Johanna Grubner, Christine Schickert.

Editora asociada: Aparna Sundar.

Editores jefe: Lola Busuttil, August Bagà.

Consultor: Michael Burawoy.

Consultor de medios: Gustavo Taniguti.

Editores consultores:
Sari Hanafi, Geoffrey Pleyers, Filomin Gutierrez, Eloísa Martín, Sawako Shirahase, Izabela Barlinska, Tova Benski, Chih-Jou Jay Chen, Jan Fritz, Koichi Hasegawa, Hiroshi Ishida, Grace Khunou, Allison Loconto, Susan McDaniel, Elina Oinas, Laura Oso Casas, Bandana Purkayastha, Rhoda Reddock, Mounir Saidani, Ayse Saktanber, Celi Scalon, Nazanin Shahrokni.

Equipos regionales

Mundo árabe: Sari Hanafi, Mounir Saidani.

Argentina: Juan Ignacio Piovani, Alejandra Otamendi, Pilar Pi Puig, Martín Urtasun.

Bangladesh: Habibul Haque Khondker, Hasan Mahmud, Juwel Rana, US Rokeya Akhter, Toufica Sultana, Asif Bin Ali, Khairun Nahar, Kazi Fadia Esha, Helal Uddin, Muhaimin Chowdhury, Md. Eunus Ali.

Brasil: Gustavo Taniguti, Andreza Galli, Lucas Amaral Oliveira, Benno Warken, Angelo Martins Junior, Dmitri Cerboncini Fernandes.

Francia/España: Lola Busuttil.

India: Rashmi Jain, Pragya Sharma, Nidhi Bansal, Sandeep Meel.

Indonesia: Kamanto Sunarto, Hari Nugroho, Lucia Ratih Kusumadewi, Fina Itriyati, Indera Ratna Irawati Pattinasarany, Benedictus Hari Juliawan, Mohamad Shohibuddin, Dominggus Elcid Li, Antonius Ario Seto Hardjana, Diana Teresa Pakasi, Nurul Aini, Geger Riyanto, Aditya Pradana Setiadi.

Irán: Reyhaneh Javadi, Niayesh Dolati, Sina Bastani, Sayyed Muhamad Mutallebi, Vahid Lenjanzade.

Japón: Satomi Yamamoto, Sara Maehara, Masataka Eguchi, Yuko Masui, Riho Tanaka, Marie Yamamoto.

Kazajistán: Aigul Zabirova, Bayan Smagambet, Adil Rodionov, Almash Tlespayeva, Kuanysh Tel, Almagul Mussina, Aknur Imankul.

Polonia: Jakub Barszczewski, Katarzyna Dębska, Anna Dulny-Leszczynska, Krzysztof Gubański, Monika Helak, Sara Herczyńska, Justyna Kościńska, Łucja Lange, Iga Łazińska, Adam Müller, Weronika Peek, Zofia Penza-Gabler, Jonathan Scovil, Marcjanna Szczepaniak, Agnieszka Szypulska, Anna Tomala, Mateusz Wojda.

Rumania: Cosima Rughiniş, Raisa-Gabriela Zamfirescu, Luciana Anăstăsoaie, Costinel Anuţa, Maria Loredana Arsene, Diana Alexandra Dumitrescu, Radu Dumitrescu, Iulian Gabor, Dan Gîtman, Alecsandra Irimie-Ana, Iulia Jugănaru, Ioana Mălureanu, Bianca Mihăilă, Andreea Elena Moldoveanu, Rareş-Mihai Muşat, Oana-Elena Negrea, Mioara Paraschiv, Alina Cristina Păun, Codruţ Pînzaru, Susana Maria Popa, Adriana Sohodoleanu, Elena Tudor.

Rusia: Elena Zdravomyslova, Anastasia Daur, Valentina Isaeva.

Taiwán: Jing-Mao Ho.

Turquía: Gül Çorbacıoğlu, Irmak Evren.

*En su artículo programático **Sari Hanafi**, el nuevo Presidente de la ISA, discute su visión para la ISA para los próximos años. Apela a un paradigma de pluralismo para fortalecer una "sociología en diálogo" global.*

*El **crecimiento económico** constituye la base de la prosperidad en las sociedades occidentales, pero la producción cada vez mayor de bienes exacerba la destrucción ecológica del planeta. Aquí, colaboradores de todo el mundo discuten el papel del crecimiento económico en la sociedad, sus problemas y desafíos, así como visiones alternativas más allá de este paradigma.*

*El fin de muchos de los gobiernos de izquierdas de América Latina coincide, en muchas otras regiones del mundo, con el auge de los gobiernos de derechas, a menudo con tendencias autoritarias y populistas. En esta sección, académicos de Brasil, Colombia, Turquía y Polonia examinan los desarrollos históricos y políticos del **populismo de derechas**.*

Diálogo Global se hace posible gracias a una generosa donación de **SAGE Publications.**

Edición en español: ISSN 2519-870X

> En esta edición

Editorial 2

> HABLEMOS DE SOCIOLOGÍA

Nuevos caminos para una sociología global
por Sari Hanafi, Líbano 5

> INVESTIGANDO CLASE Y DESIGUALDAD

Para un diálogo global sobre clase social
por Projekt Klassenanalyse, Alemania 9

Clases sociales e intereses de clase en América Latina
por Pablo Pérez, Chile y Rodolfo Elbert, Argentina 11

Pobreza y exclusión social en la Rusia postsocialista
por Svetlana Yaroshenko, Rusia 13

Lumpenproletariat y subalternos urbanos en China
por Ngai-Ling Sum, Reino Unido 16

Formación de clases y capitalismo agrario
por Tania Murray Li, Canadá 18

Vivir con (y resistir) la reforma del bienestar en el Reino Unido
por Ruth Patrick, Reino Unido 20

Clase social y ecología
por Richard York y Brett Clark, Estados Unidos 23

> ¿MÁS ALLÁ DEL PARADIGMA DEL CRECIMIENTO?

El efecto estrangulamiento: el capitalismo más allá del crecimiento rápido
por James K. Galbraith, Estados Unidos, y Klaus Dörre, Alemania 26

La condición poscrecimiento
por Éric Pineault, Canadá 28

Decrecimiento: un llamado a la transformación socio-ecológica radical
por Federico Demaria, España 30

Feminismos y decrecimiento, ¿alianza o relación fundacional?
por Anna Saave-Harnack y Corinna Dengler, Alemania y Barbara Muraca, Estados Unidos 32

Desafíos para una estrategia de decrecimiento: el caso de Grecia
por Gabriel Sakellaridis, Grecia 34

Chile: ¿del neoliberalismo a una sociedad poscrecimiento?
por Jorge Rojas Hernández, Chile 36

> PERSPECTIVAS TEÓRICAS

La sociología ecofeminista como un nuevo análisis de clase
por Ariel Salleh, Australia 38

> EL ASCENSO GLOBAL DEL POPULISMO DE DERECHAS

Brasil, 2018: la derechización de las clases medias
por Lena Lavinas y Guilherme Leite Gonçalves, Brasil 42

Populismo, identidad y mercado
por Ayşe Buğra, Turquía 45

En América Latina, el interés individual por sobre el bienestar social
por Ramiro Carlos Humberto Caggiano Blanco, Brasil y Natalia Teresa Berti, Colombia 47

¿El nacionalismo radical como nueva contracultura en Polonia?
por Justyna Kajta, Polonia 49

> SECCIÓN ABIERTA

Inspirándose en Marie Jahoda
por Johann Bacher, Julia Hofmann y Georg Hubmann, Austria 52

Relaciones laborales y diálogo social en Portugal
por Elísio Estanque y António Casimiro Ferreira, Portugal 54

El equipo editorial bengalí de *Diálogo Global* 56

"Es muy importante defender la universalidad de algunos conceptos en la sociología, como los derechos humanos, pero veo que dicha universalidad sólo puede sostenerse sobre un consenso intercultural compartido, y no a través de la universalización de valores provenientes de un contexto euro-norteamericano."

Sari Hanafi

> Nuevos caminos

para una sociología global

por **Sari Hanafi**, Universidad Americana de Beirut, Líbano, y presidente de la Asociación Internacional de Sociología (2018-2022)

Sari Hanafi, Presidente de la Asociación Internacional de Sociología.

Tuve el honor de ser elegido presidente de la Asociación Internacional de Sociología (ISA) en el congreso de julio de 2018 en Toronto. En las siguientes líneas intentaré resumir el programa que presenté en mi discurso como candidato, haciendo foco en una agenda de tres puntos sobre las sociologías en diálogo, el avance hacia un enfoque posautoritario y la crisis actual en la teoría de la secularización.

> Sociologías en diálogo

Entre los veinte presidentes electos a la fecha por la ISA, solo dos no provenían de Europa ni de América del Norte, y yo soy el tercero. Traigo conmigo una sensibilidad sociológica particular, influenciada por mi trayectoria personal y profesional marcada por mis estudios universitarios en Siria y luego en Francia, y por mi trabajo en distintas instituciones académicas en Egipto, Palestina, Francia y el Líbano. En estos ámbitos he estado inmerso, por lo tanto, en una infinidad de debates.

Por ser desconfiado (muy desconfiado, en verdad) de toda categoría binaria antagónica (como tradición/modernidad, Este/Oeste, universalismo/contextualismo, etc.), mi propuesta es que las distintas sociologías estén siempre en diálogo. *Sociologías en Diálogo* fue de hecho el título de la Cuarta Conferencia del Consejo de Asociaciones Nacionales de la ISA, y del volumen que coeditamos junto con Chin-Chun Yi, a ser publicado por SAGE. A pesar de la importancia de defender la universalidad de algunos conceptos en sociología, como los derechos humanos, veo que dicha universalidad sólo puede sostenerse sobre un consenso intercultural compartido, y no sobre la universalización de valores provenientes de Europa y América del Norte. Tomemos, por ejemplo, el concepto de democra-

>>

cia. ¿Es la democracia universal? Sí, lo es, pero no como un modelo a ser exportado, como dijera Florent Guénard (2016), o como un concepto con *telos*, sino como una experiencia histórica que tomó su carácter normativo a partir de su propia expansión, especialmente durante la década de 1980 en América Latina y luego en Europa Oriental y Central, para finalmente llegar a algunos países del mundo árabe. Lo que es universal, entonces, es el imaginario de deseos de democracia cuyos indicios podemos encontrar en quienes luchan por consignas como libertad, justicia y dignidad. Se trata de un universalismo normativo débil, que no impide la existencia de lo que Armando Salvatore describió en 2016 como "diferentes patrones de civilidad".

Sin embargo, en la medida en que no queremos limitar este debate a la emancipación de la condición colonial y de la hegemonía occidental en la producción de conocimiento, no alcanza con un enfoque poscolonial para dar cuenta de los problemas implicados en la producción de conocimiento. Debe ser complementado con lo que yo llamo un "enfoque posautoritario" lo que supone considerar no sólo el impacto del colonialismo, sino también el del autoritarismo local.

> Hacia un enfoque posautoritario

Es imposible no reconocer las cicatrices de la era colonial. Siguen todavía presentes, paralizando a algunos y recordando al resto aquellos caminos que no debemos volver a transitar jamás. Pero los estudios poscoloniales, con su énfasis en los factores externos por sobre los factores locales, pueden ser objeto de uso y abuso. La cercanía léxica entre los *estudios posautoritarios* y el poscolonialismo supone que la primera categoría puede, por asociación, acarrear un conjunto de presupuestos implicados en la segunda categoría, especialmente en términos de estructuras de poder. Aun así, esto no significa que hayamos resuelto la cuestión del autoritarismo, ni que nos encontremos en una era "post".

El autoritarismo, en nuestra conceptualización, no es meramente la tendencia de los Estados a actuar antidemocráticamente, desplegando formas de coacción burocrática y policial sobre la vida social. Desde este punto de vista más descriptivo, todos los Estados son en cierto punto autoritarios. No es el Estado donde el soberano impone lo que Carl Schmitt llama estado de excepción. Sabemos que todos los Estados contienen "momentos" o tendencias hacia la excepción y la práctica autoritaria. El autoritarismo es, más bien, la *exclusión sistemática de la rendición de cuentas o la participación popular en las decisiones estatales y la centralización sustancial del poder ejecutivo en una burocracia*, tal como propuso Graham Harrison en 2018.

Hay diferentes niveles de autoritarismo: en relación al régimen, al sistema político-económico, y al nivel de los propios individuos.

> Autoritarismo brutalizante

La idea fundamental de Norbert Elias en su famosa obra *El proceso de la civilización* es que las sociedades evolucionan por un movimiento de regresión de la violencia individual (la pacificación de las conductas). Sin embargo, somos testigos hoy en día de lo que Josepha Laroche llamó en 2017 "el retorno de lo reprimido", o en palabras de George Mosse (1991) la "brutalización" para destacar la erosión de este movimiento civilizatorio. Si los actores estatales son los principales responsables por la brutalización de la sociedad a través de la policía y los aparatos militares, también somos testigos del poder creciente de actores no estatales. Un ejemplo cercano, como alguien que ha vivido en Siria y en el Líbano, es el ISIS y otros actores sectarios e intersticiales que eluden al Estado creando solidaridad comunitaria. Pero deberíamos también pensar en actores no estatales de escala global, como las compañías multinacionales y los mercados financieros que constituyen lo que James Rosenau llamó en 1990 "actores libres de soberanía". De todos modos, los actores no estatales raramente operan sin el consentimiento y la ayuda de los Estados. ISIS no podría haber emergido de no ser por la total clausura del espacio político en manos de la élite gobernante siria, o del fuertemente sectario régimen iraquí. Los actores estatales y no estatales no solo brutalizan a la sociedad, también pregonan la brutalización del mundo que hoy en día percibimos y sufrimos. Para peor, como en Siria, Libia y Yemen, la guerra produce una "brutalización de la política", dificultando una política sin violencia.

Según Laroche, este proceso de brutalización comienza con la destrucción de la solidaridad y los lazos sociales, llevando a que grupos como pobres y extranjeros sean separados y excluidos de la comunidad nacional, habilitando una barbarie cotidiana en su contra que finalmente llega a generalizarse en toda la sociedad.

> Autoritarismo neoliberal

La interacción entre economía y política lleva a la emergencia de una peculiar configuración político-económica que yo llamo autoritarismo neoliberal. Pero esta nueva configuración no es el resultado de una mera combinación, sino el producto de una articulación que transforma en muchos sentidos tanto al neoliberalismo como a los gobiernos autoritarios.

Sabemos que el neoliberalismo ha generado y diseminado el empobrecimiento y las injusticias económicas y sociales. La novedad, sin embargo, está en este despliegue sistemático y deliberado del poder centralizado y coercitivo del Estado para generar transformaciones capitalistas, aún en sociedades con una clase capitalista débil y no dominante. Si las sociedades capitalistas clásicas solían generar un sistema de dominación a través de un régimen político democrático, este no parece ser el caso

>>

en las sociedades periféricas, ni en aquellas sociedades occidentales en las que la clase capitalista se vuelve débil y encuentra una mayor resistencia. Como señaló Nicos Poulantzas, la relación de fuerzas sociales que sostiene al Estado no está formada solo por las clases, sino también por jerarquías raciales y de género moldeadas por lo que Aníbal Quijano llamaba procesos de colonialidad del poder, articulados de diferentes modos según tiempo y espacio.

> Ciudadanos autoritarios

En tanto sistema político sostenido por actores dentro y fuera del Estado, el autoritarismo existe a la par de ciudadanos autoritarios. Los líderes autoritarios reprimen la imaginación: más que sujetos autónomos con personalidad independiente, lo que buscan son autómatas grises que obedezcan órdenes. El mecanismo que lleva a volverse un ciudadano autoritario no se impone simplemente desde arriba, sino que responde también a razonamientos prácticos.

Siguiendo a Maeve Cooke, podemos distinguir dos componentes interrelacionados en el razonamiento práctico autoritario. En primer lugar, las concepciones autoritarias sobre el conocimiento. Son ellas las que restringen el acceso al conocimiento a un grupo privilegiado de personas, reivindicando un punto de vista aislado de toda influencia histórica o contextual, garantizando así la validez incondicional de las pretensiones de verdad y corrección. En segundo lugar, están las concepciones autoritarias de la justificación que separan la validez de las proposiciones y normas del razonamiento de aquellos sujetos humanos para quienes se pretende su validez.

Con algunas personas se vuelve difícil discutir en la esfera pública, particularmente quienes adscriben a una religión o comparten estos dos componentes del razonamiento práctico autoritario. En la medida en que la noción de ciudadano supone la autonomía política de cada persona, Maeve Cooke argumenta que los ciudadanos deberían tener autonomía ética. Esta autonomía se basa en la intuición de que la libertad de la condición humana consiste, principalmente, en la libertad para formular y seguir sus propias concepciones del bien, fundamentándolas en razones que reconozcan como propias. Cuando se analizan los procesos de revolución y contrarrevolución en el mundo árabe, así como cuando se discute sobre la identificación de fuerzas democráticas, el énfasis suele darse casi exclusivamente en el paradigma de la secularización, pasando por alto generalmente el razonamiento práctico de las élites. Se ha percibido sistemáticamente a las fuerzas seculares como inmunes al razonamiento práctico autoritario, mientras que los movimientos políticos islámicos por definición operan en esta lógica. Por supuesto, esto es una simplificación que debe ser revisada, ya que podemos encontrar ciudadanos autoritarios en ambas formaciones de élites. Lo que me lleva a afirmar que la teoría de la secularización se encuentra en una verdadera crisis y ya no puede dar cuenta de la transformación de las relaciones entre ciudadanía y religión.

> La teoría de la secularización, en crisis

Aunque la secularización sea todavía un camino importante hacia la democracia y la modernidad, necesita ser problematizada desde un punto de vista postsecular para liberarla de algunos de sus excesos y patologías. Jim Spickard, presidente del Comité de Investigación sobre Sociología de la religión de la ISA (RC22), admitió en una conversación que tuvimos recientemente que la sociología históricamente ha adoptado la teoría de la secularización, cuyos orígenes fueron rastreados por David Martin, Manuel Vásquez y por él hasta las luchas intelectuales entabladas en Francia por los primeros sociólogos contra las religiones reaccionarias, a fines del siglo XIX y principios del XX. Para Peter Berger esta teoría, que entiende que la modernidad lleva al declive de la religión, ya ha sido falsada empíricamente, por lo que debería ser reemplazada por una teoría del pluralismo más matizada. Un evolucionismo que caracteriza a la religión como "pasado" y a la sociología como "futuro" ha infiltrado en nuestro pensamiento la tesis de la secularización. Como resultado, el resurgimiento público de la religión en las décadas de 1980 y 1990 fue rápidamente encasillado como "fundamentalismo" y como una "reacción contra la modernidad." El debate que se desarrolla está enmarcado, según Ulrike Popp-Baier, por tres metanarrativas típico ideales. La primera afirma el *debilitamiento* de las afiliaciones, prácticas y creencias religiosas, causado por la diseminación de la ciencia y su forma de ver el mundo. La segunda es una narrativa de *transformación* que apela a argumentos como la "religión invisible," "implícita" o "vicaria," el "creer sin pertenecer," la "judicialización de la religión" y, cada vez más en los últimos años, la "espiritualidad," sugiriendo una metamorfosis de las formas sociales de la religión en un contexto de cambios culturales y societales más generales relacionados con la individualización y la subjetivación. La tercera es una narrativa de *ascenso*, vinculando la vitalidad religiosa al pluralismo y a un mercado competitivo de organizaciones religiosas; en el caso del islam, el ascenso se asocia al radicalismo, e incluso al terrorismo.

Es preciso superar los muchos clichés que etiquetan a ciertas regiones geográficas como religiosas o seculares, para poder analizar las diferentes tradiciones intelectuales, religiones populares y sustratos institucionales que producen las distintas formas de religión y religiosidad en las sociedades contemporáneas. Para la sociología se ha vuelto fundamental poner en debate el papel de la religión en la democracia y en la esfera pública. No se puede pedir que los ciudadanos asuman la responsabilidad moral de justificar sus convicciones políticas independientemente de sus creencias religiosas, como lo hace John Rawls. Incluso dentro de la concepción de pluralismo de Haber-

>>

mas, Rawls reconoce el lugar de la religión en la esfera pública, argumentando que las comunidades religiosas deben comprometerse en una autoreflexión hermenéutica para desarrollar una actitud epistémica para con las afirmaciones de otras religiones y cosmovisiones, para con los conocimientos seculares, particularmente la *expertise* científica, y para con el carácter prioritario de las razones seculares en la arena política. Pero ¿podemos realmente desligar las razones "religiosas" de las "políticas"? Académicos como Darren Walhof (2013) señalan que "la teología, la política y la identidad de una comunidad religiosa se entrelazan entre sí, ya que tanto líderes religiosos como ciudadanos aplican y reformulan sus teologías en contextos políticos novedosos."

Aun así, la confluencia de ley, religión, política y sociedad ha tenido algunos resultados problemáticos, como el sectarismo. En áreas en conflicto, como en Medio Oriente, el sectarismo forma parte de las principales dinámicas conflictivas, pero es también un mecanismo con el cual moldear identidades locales a través de lo que Azmi Bishara llamó en 2017 "sectas imaginarias." Siguiendo la misma lógica, Israel aprobó recientemente una ley que proclama un derecho singular de los judíos a la autodeterminación nacional, mientras continúan las políticas de apartheid dentro de Israel y en los territorios palestinos.

> Conclusión

Ante el ascenso de las "democracias iliberales" y los ataques a los derechos y libertades civiles en democracias bien establecidas, la Asociación Internacional de Sociología (ISA) debería hacerse eco de los miedos y sentimientos que tantas personas expresan actualmente en el mundo entero. Hannah Arendt identificaba una combinación de factores externos (imperialismo, crisis de los imperios multinacionales) e internos (antisemitismo y racismo) en los orígenes del totalitarismo. En el mismo sentido, creo que la ISA necesita combinar el análisis del colonialismo con el del autoritarismo. Deberíamos apuntar a un intercambio en torno a un nuevo paradigma sobre la religión y el pluralismo, en una era de modernidades múltiples. Algo que sólo será posible construyendo marcos más apropiados para comprender la mezcla de dimensiones micro y macro que caracterizan a la situación global actual, y apostando, como reza el título del libro publicado en 2017 por Alatas y Sinha, por una "teoría sociológica más allá del canon." ■

Dirigir toda la correspondencia a Sari Hanafi <sh41@aub.edu.lb>

> Para un diálogo global sobre clase social

por **Projekt Klassenanalyse Jena (PKJ)**, Universidad de Jena, Alemania

> Por qué necesitamos teoría de clase – PKJ en busca de compañeros

Nos enfrentamos actualmente a la intensificación de desigualdades sociales y crecientes protestas sociales en todo el mundo, mientras la economía global sigue expuesta a una crisis. Esto es así incluso en los centros capitalistas. De acuerdo con estadísticas oficiales, 19% de la población alemana se ha visto amenazada por la pobreza o la exclusión social en 2017; otros estudios muestran también una polarización social en aumento. Mientras tanto, grandes partes del mundo experimentan un giro hacia la derecha política. A la luz de estas tendencias, vemos que el término "clase," que – al menos en Alemania – estuvo prácticamente ausente en el debate público en las décadas recientes, está reapareciendo lentamente en el discurso académico y político. El "Projekt Klassenanalyse Jena" (Proyecto de Análisis de Clase de Jena) se inició recientemente en la Universidad Friedrich Schiller de Jena. Queremos reprocesar discusiones pasadas en relación a la clase, contribuir a la teoría de clase contemporánea y proveer un foro para la discusión de política de clase actual. Por ello, nos gustaría iniciar una conversación con académicos y activistas de todo el mundo.

> ¿Por qué hablar de "clase"?

La fuerza de los conceptos sociológicos de clase reside en que se concentran analíticamente en las conexiones internas entre desigualdades económicas, políticas y culturales. La capacidad crítica del término "clase" en la tradición marxista está en que revela estructuras de poder y control enraizadas en la división económica del trabajo y sus estructuras de propiedad. Para Marx, la clase es por lo tanto una categoría relacional: la clase de los empleados asalariados tiene una relación antagónica y conflictiva con la clase de capitalistas. A diferencia de los enfoques sobre el "medio social" o la estratificación (clase alta, clase media, clase trabajadora, etc.), el término "clase" en la tradición marxista describe una conexión estructural que puede relacionar las condiciones de trabajo y de vida de grupos sociales entre sí en lugar de solo describir las desigualdades económicas. A través de los conceptos de "explotación" (Marx), "cierre social" (Weber), "distinción" (Bourdieu) y "control burocrático" (Wright), el término "clase" se refiere principalmente a relaciones verticales de desigualdad y, al apuntar a las relaciones de poder, es tanto un concepto de teoría social como un término político. Incluye la hegemonía y representación políticas así como cuestiones de prerrogativas narrativas en el procesamiento cultural e intelectual de las relaciones de clase.

> Nuevos desafíos

Considerando los nuevos desafíos y el cambio social dinámico y disruptivo, una teoría de clase contemporánea necesitará abordar los siguientes temas y cuestiones cruciales:

Fragmentación de clase y crisis de representación política

Las marcas duraderas que ha dejado el neoliberalismo en las condiciones de vida de poblaciones alrededor del mundo plantean grandes desafíos para el análisis de clase. La fragmentación de las condiciones de trabajo y de las relaciones de producción ha diferenciado aún más a la clase trabajadora y ha generado una enorme heterogeneidad dentro de ella. Este desarrollo ha sido acompañado por un incremento en la concentración de la riqueza a favor de una pequeña clase alta por un lado y por la emergencia de "nuevas clases peligrosas" (Guy Standing) y divisiones dentro de las clases medias. Este es el suelo fértil en el cual crecen las ideologías de división social y el populismo de derechas. La desaparición de una perspectiva de clase unificadora en la arena pública y en la vida política cotidiana indica una "sociedad de clase desmovilizada" (Klaus Dörre), en donde la dinámica de clase continúa operando bajo la superficie del discurso social, aunque apenas es etiquetada como tal en los espacios políticos. La crisis del capitalismo financiero y de representación política, la debilidad y la posición defensiva de los partidos de izquierda y de los sindicatos, así como la disolución de la amplia conciencia colectiva relacionada con esta debilidad son una puerta de entrada para los giros políticos hacia la derecha. Al mismo tiempo, hemos presenciado un ascenso de fuerzas y formaciones de la izquierda en países como Francia, Portugal, España y Grecia. En muchos países del Norte Global la protesta se ha trasladado a cuestiones vinculadas a la migración. Las discusiones en la izquierda política han sido a menudo reducidas a la incorrecta contradicción de "clase" versus "identidad." Algunas preguntas acuciantes que emergen en esta situación son:

>>

“Queremos llamar a un intercambio global para modelar una teoría de clase que tome en cuenta las características específicas de sociedades singulares y que también revele las tendencias generales a escala global”

• ¿Cuáles son las conexiones entre estructuras económicas, conciencia política y cultura?
• ¿Cuál es la conexión entre la clase y otros ejes de conflicto (género, migración, etc.)?
• ¿Qué rol juegan la declasificación y la distinción dentro de las clases dominadas? ¿Cómo surten efecto las relaciones de clase cuando no hay representación de los intereses de clase en las organizaciones políticas?
• ¿Qué facciones de clase son dominantes dentro de sociedades singulares pero también globalmente, y cómo articulan sus intereses?

Desigualdades específicas de clase y relaciones de clase transnacionales

Los países de la OCDE sufren un aumento de desempleo, pobreza y precariedad, en parte acompañado por una década de estancamiento del salario real. Las disparidades en la riqueza y los ingresos están alcanzando picos dramáticos. Esta tendencia parece estar consolidándose al punto de que las desigualdades específicas de clase se están incluso volviendo obstáculos para un mayor crecimiento económico, planteando así una amenaza a la estabilidad política en los propios Estados centrales de la globalización neoliberal. En el Sur Global, los conflictos de clase están a menudo basados en relaciones económicas heterogéneas e informales que incluyen una pluralidad de modos de producción urbanos y rurales (en parte coexistentes). Asimismo, las tendencias de desindustrialización han alcanzado ahora también a países en el Norte Global. Por lo tanto, debemos preguntar:
• ¿Cómo se forman las clases contra el telón de fondo de la globalización y sus crisis? ¿Qué rol juegan los Estados-nación? ¿Podemos hablar de “clases transnacionales”?
• ¿Qué luchas pueden realmente concebirse como “luchas de clase,” y cuáles no? ¿Existen similitudes globales o conexiones entre estas luchas?
• Dadas las relaciones económicas informales, ¿cómo podemos describir a las clases y a los conflictos de clase en el Sur Global?

Crisis ecológica

Las causas de la crisis ecológica global y los intentos de manejarla están estrechamente vinculados a las relaciones de clase y las lógicas de acumulación de capital. El firme impulso para el crecimiento económico y las alzas de productividad es indiferente hacia sus fundamentos ecológicos y límites biofísicos. Tanto el acceso a los recursos naturales como la distribución de riesgos y cargas ecológicos son disputados específicamente por las clases. Los pobres de todo el mundo – pero especialmente en el Sur Global – soportan la mayor carga de las fricciones ecológicas. Estos conflictos socio-ecológicos seguramente aumentarán más en el futuro. Una teoría de clase contemporánea está destinada a incluir esto sistemáticamente:
• ¿Cuál es el impacto de las distorsiones ecológicas sobre las luchas de clase?
• ¿Cómo las cargas ecológicas afectan a las diferentes clases?
• ¿Qué (fracciones de) clase puede(n) ser convencida(s) de una transformación socio-ecológica?
• ¿Qué intereses de clase impiden tal transformación?

> Un llamado al intercambio

Obviamente, hay más preguntas para abordar y no todas las mencionadas arriba se relacionan a cada contexto nacional. Describen tendencias que moldean actualmente el capitalismo mundial. Por lo tanto, queremos llamar a un intercambio global – un diálogo global – sobre estos temas para luego modelar una teoría de clase que tome en cuenta las características específicas de sociedades singulares y que también revele tendencias generales a escala global. Esperamos preguntas, cooperación e intercambio de cualquier tipo. ■

Dirigir toda la correspondencia a <projekt.klassenanalyse@uni-jena.de>

> Clases sociales e intereses de clase en América Latina

por **Pablo Pérez**, Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) y Universidad Alberto Hurtado, Chile, y **Rodolfo Elbert**, CONICET e Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina, y miembro del Comité de Investigación sobre Movimientos sindicales de la ISA (RC44)

Manifestación del Primero de Mayo en Santiago, Chile, 2018. Foto: Pablo Pérez.

Los académicos latinoamericanos han intentado enterrar el concepto de clase en repetidas ocasiones en los últimos tiempos. Desde la década de 1980, aunque con algunas diferencias, los autores afirman que las políticas neoliberales han debilitado tanto a la clase trabajadora que ya no influye en las dinámicas del conflicto social y político en las sociedades de América Latina. En la última década, sin embargo, los trabajadores han ignorado estos llamados a despedirse de la clase trabajadora. Organizándose en torno a problemáticas vinculadas al trabajo, revitalizando la actividad sindical y demandando una distribución más justa del ingreso en alianza con otros movimientos populares, los trabajadores de algunos países latinoamericanos han insistido tercamente en que la clase sigue siendo un factor para explicar el conflicto y la política en la región.

Ciertamente, desde principios de la década del 2000, el concepto de clase se reintrodujo en la agenda sociológica a través de los análisis cuantitativos de la desigualdad socioeconómica (por ejemplo, los estudios de movilidad de clase) y de las indagaciones cualitativas en las acciones colectivas de los trabajadores. Nuestro propio trabajo forma parte de esta agenda más amplia, con un foco en la clase como mecanismo objetivo que moldea resultados subjetivos, particularmente identidades e intereses antagónicos. Nuestra investigación reciente, basada en las bases de datos del *International Social Survey Programme*, muestra que 9 de cada 10 individuos en Argentina y Chile se autoidentifican con alguna clase social. ¡Es bastante para un concepto pasado de moda! En ambos países quienes ocupan una posición de clase trabajadora muestran mayores probabilidades de identificarse como trabajadores que aquellos que ostentan una posición de clase privilegiada. Encontramos que las tasas generales de identificación como clase trabajadora son mayores en Chile que en Argentina. Estos resultados se explican por la mayor desigualdad y concentración económica en Chile, así como por la configuración "radical" de partido-sindicato en la historia de este país, frente a la incorporación estatal-corporativa del movimiento obrero en Argentina.

Creemos que este tipo de investigaciones pueden contribuir a la comprensión del conflicto social y político en una

>>

región que se ubica entre las más desiguales del mundo. La clase no sólo existe en las estructuras sociales e identidades latinoamericanas: podemos observar cómo moldea los intereses sociopolíticos de las personas. Individuos de distintas clases sociales comprenden al mundo en términos de clase (probablemente más de lo que los académicos quisieran admitir), y participan frecuentemente de acciones políticas para defender sus intereses de clase, desde firmar peticiones virtuales y votar, hasta afiliarse a un partido o un sindicato. Sobre esta base, nuestro nuevo proyecto se focaliza en la relación entre la estructura de clases, la acción colectiva y los intereses de clase. Seguimos el trabajo de Erik Olin Wright, quien define la conciencia de clase como aquellos aspectos de la conciencia que tienen contenidos de clase y efectos pertinentes para la clase. Según este autor, en el nivel de análisis micro, la percepción subjetiva de los intereses de clase es uno de los aspectos principales de la conciencia de clase. Tomando como base este marco de inspiración marxista de Wright, examinamos los intereses de clase observando las formas en que las personas de diferentes clases evalúan subjetivamente a las instituciones capitalistas y a las dinámicas de clases sociales.

Estudios recientes muestran que los individuos de clase trabajadora tienen mayores probabilidades de adoptar actitudes críticas hacia el capitalismo y la desigualdad, percibir a las clases como antagónicas y apoyar políticas redistributivas, cuando se los compara, por ejemplo, con empleadores o gerentes. Nuestros resultados preliminares son consistentes con estos antecedentes: más allá de las diferencias entre países, los latinoamericanos ubicados en la clase trabajadora o como clase informal por cuenta propia presentan actitudes más críticas frente a las instituciones, ideas o consecuencias del neoliberalismo (por ejemplo, tienden a criticar las disparidades de ingresos o la ausencia de intervención del gobierno) que aquellos encuestados ubicados en una posición de clase privilegiada (por ejemplo, los gerentes expertos).

Actualmente estamos trabajando en extender estos hallazgos a través de un estudio de la acción colectiva en tanto mecanismo que puede reforzar la comprensión de las personas de cómo los intereses de clase son moldeados por su posición de clase. De esta manera, esperamos contribuir al análisis del ángulo menos estudiado de la relación causal entre clase, acción colectiva y conciencia de clase. Nuestra hipótesis sugiere que en países con experiencias recientes de movilización radical popular, particularmente en aquellos casos en los que la clase trabajadora y los sectores populares han sido actores centrales para el ascenso de la izquierda, el impacto de la posición de clase y de la participación en la acción colectiva en los intereses es mayor que en aquellos países que presentan menores niveles de confrontación política, o en los que la clase trabajadora continúa siendo excluida de la movilización política.

Creemos que el desarrollo de estas investigaciones vale la pena, no porque la clase sea la única fuente de activismo político en la región, sino porque entendemos que las posibilidades de un proyecto político emancipador en América Latina están determinadas por la participación de la clase trabajadora. Este tipo de activismo deberá ciertamente ir de la mano con la movilización contra otras fuentes de opresión (y sus intersecciones), como es el caso de las masivas protestas y huelgas de mujeres en contra de los femicidios y por la legalización del aborto en Argentina y Chile, o el movimiento más reciente en Brasil *#EleNão*, donde mujeres y grupos raciales oprimidos lideraron la lucha contra el ascenso de la extrema derecha. En un contexto histórico en el que las derechas están volviendo al poder, sólo una clase trabajadora empoderada que defienda sus intereses de clase, en alianza con otros grupos oprimidos, será capaz de construir un movimiento de izquierda suficientemente fuerte para detener al neofascismo. ■

Dirigir toda la correspondencia a:

Pablo Pérez <pperez@uahurtado.cl>
Rodolfo Elbert <elbert.rodolfo@gmail.com>

> Pobreza y exclusión social en la Rusia postsocialista

por **Svetlana Yaroshenko**, Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia

Trabajando desde casa.
Foto: Solmaz Guseynova.

Comencé a investigar la pobreza en Rusia a comienzos de la década de 1990, cuando se implementaron las reformas liberales de mercado. En aquel momento se entendía que la pobreza era el precio a pagar por las profundas transformaciones sociales propias de la transición del sistema distributivo soviético al sistema capitalista. Se asumía que la introducción del mercado crearía crecimiento económico, reduciría la pobreza y generaría las condiciones para que las personas buscaran la prosperidad económica, liberándose del apoyo estatal.

Contrariando estas predicciones optimistas y a pesar de la estabilidad económica de la década del 2000, la pobre-

>>

za en Rusia ha persistido. Según distintas estimaciones, entre el 11% y el 25% de la población entra en la categoría de pobre. La baja tasa oficial de pobreza, aproximadamente un 13% en el 2017, es el resultado del uso de métodos mezquinos en el cálculo de la pobreza y del costo mínimo de vida, mientras que el bajo índice de desempleo se ha logrado a costa de la expansión de empleo informal y mal remunerado. La acelerada expansión de las principales ciudades rusas fue fruto de la migración interna, la inmigración de trabajadores de las antiguas repúblicas soviéticas y el empobrecimiento de las regiones no metropolitanas. Así y todo, los expertos del gobierno reconocen que solo un 40% de los rusos pueden aprovechar los beneficios de la economía de mercado. Es el mismo porcentaje de rusos cuyos ingresos se han incrementado en los últimos veinte años, mientras que los del 60% restante se han mantenido estancados o se han reducido considerablemente. La pobreza ha sido persistente entre personas con trabajo y con familias con niños. El coeficiente de Gini ruso confirma el crecimiento de la desigualdad social, subiendo de 0,26 en 1991 a 0,421 en 2010.

Junto a mis colegas del Centro de Ciencia de la República de Komi realizamos un estudio cualitativo longitudinal de pobres registrados, así como encuestas a residentes urbanos de la región norte de Rusia, en la década del 2000. Descubrimos que la exclusión social estaba expandiéndose. La clase, el género y las reacciones defensivas contra la economía de mercado han contribuido a que la pobreza persista y adopte características específicas. La exclusión social se ha institucionalizado.

El sector de empleos mal remunerados se ha expandido. La primera reestructuración laboral, en la década de 1990, produjo despidos en la industria pesada y la expansión de los sectores de comercio minorista y de servicios. Estos nuevos trabajos en general ofrecían menores salarios y proveían beneficios mínimos. Luego, en la década del 2000, el sector público fue optimizado y se redujo el acceso a los servicios sociales, incluidos aquellos no comercializados como la educación y la atención médica. El rápido avance de la desindustrialización, y luego el surgimiento de una economía de servicios mercantilizada, disparó un debate sobre cuál sector había sufrido más las reformas de mercado y era, por lo tanto, el más necesitado – si los obreros o los trabajadores del sector público. Encontramos que los obreros no sólo fueron los primeros en experimentar los efectos negativos de las reformas de mercado, sino que además constituyeron el segmento más numeroso entre las personas en pobreza extrema.

Para colmo, la mayoría de las personas socialmente excluidas en Rusia – es decir, aquellas que enfrentan la pobreza extrema durante un período extendido – encontraron empleos en los márgenes del mercado laboral. El mercado también produjo impactos de género: encontramos que la pobreza no sólo estaba altamente feminizada, también los hombres padecían una lumpenización generalizada. En la mitad de nuestros casos, los ingresos de las personas eran demasiado bajos para mantener a nadie más que a ellas mismas.

Mientras que a principios de la década del 2000, cuanto más baja era la clase social de una persona, mayor era la probabilidad de que cayera en la pobreza, diez años después, el género ya no era dependiente de la clase social: las madres solteras de distintas clases sociales tenían mayor probabilidad de sufrir dificultades económicas. En otras palabras, la reducción de los beneficios sociales que antes disfrutaban los trabajadores asalariados bajo el socialismo realmente existente no ha sido compensada por las oportunidades crecientes en la economía de mercado emergente. La presión de los límites estructurales se ha incrementado: la clase y el género han operado de forma paralela.

La extensión de las relaciones de mercado al empleo (producción y reproducción), implicó una transformación profunda de las políticas sociales. En medio de la fe en el libre mercado, la rotunda crítica al socialismo realmente existente y la difundida retórica sobre la necesidad de liberarse del paternalismo soviético (el sistema soviético "inefectivo" y "totalitario" que dio forma a una cultura de dependencia del Estado), se produjo una reducción de facto de las obligaciones estatales de garantizar niveles básicos de bienestar. A partir de 1991, el método para calcular el costo mínimo de vida en Rusia se ha modificado tres veces, volviéndose más restringido, y el salario mínimo ha dejado de equipararse con el mínimo real necesario para tener seguridad financiera.[1]

Mientras tanto, el principio del trabajo como forma de acceso a los bienes comunes se ha mantenido como un criterio clave de la política social, algo que se vuelve evidente si consideramos la correlación entre el salario mínimo, las pensiones y los subsidios a la niñez con el costo mínimo de vida.[2] Sin embargo, el ámbito laboral ya no es el epicentro de la asignación de beneficios: ha sido reemplazado por el hogar. El acceso a los subsidios a la niñez, de vivienda y la asistencia social focalizada se determinan actualmente considerando los ingresos del hogar. La política social se implementa de forma selectiva, dependiendo de los ingresos del beneficiario y de su disposición a cumplir ciertos requisitos.

El resultado es una estigmatización de la pobreza, que pasó de ser parte de la vida y un fenómeno temporario, como en los tiempos soviéticos, a volverse un problema persistente, total. Además, la provisión de asistencia social se maneja de tal forma que las personas más necesitadas son ignoradas. Entre quienes están registrados como pobres, un tercio se encuentra en la extrema pobreza, dos tercios están empleados y otros dos tercios son mujeres jefas de familia. Por lo tanto, los beneficios so-

>>

ciales focalizados ya no constituyen un seguro contra los riesgos del desempleo y la pobreza, sino que compensan los bajos salarios.

La ideología de la responsabilidad individual exige que las personas extremadamente pobres movilicen todos los recursos a su disposición y realicen esfuerzos increíbles para evitar la pobreza y la exclusión social. Gastan así recursos acumulados en el pasado para compensar los efectos de la reestructuración del sistema laboral, el colapso del antiguo sistema distributivo del socialismo y la implementación del proyecto de mercado más liberal en lo que fuera un país socialista. Los trabajadores han sido forzados a migrar para encontrar empleo, y a tomar segundos trabajos y empleos de medio tiempo. Las mujeres del sector de servicios luchan contra sesgos de género, en tanto trabajadoras y principales cuidadoras en el contexto de la privatización del cuidado social. Las pensiones son utilizadas para complementar los bajos sueldos: alrededor de un tercio de nuestros encuestados que estaban empleados, eran jubilados que trabajaban.

Hoy en día vemos la expansión del vórtice, ya que profesionales como médicos y profesores universitarios están sujetos a la inestabilidad económica. Como muestra el estudio de Tatiana Lytkina, en una zona empobrecida de la República de Komi, la pobreza se expande hacia afuera en círculos concéntricos, llegando eventualmente a todos los habitantes de un pueblo. Claramente, las oportunidades y ventajas que provee el mercado y disfrutan ciertos grupos en las grandes ciudades tienen su contracara en el desplazamiento de muchas otras personas a los márgenes de la sociedad.

Por su parte, la reforma de pensiones recientemente propuesta por el Estado, incluyendo un aumento en la edad de retiro, se ha vuelto una arena para que distintos grupos políticos compitan por ganar la atención, más que un foro para debatir las perspectivas del país y las necesidades de los rusos de a pie. Tal como en la década de 1990, los jóvenes toman las calles de las ciudades para protestar, demandando un mejor futuro para su generación.

El presente ensayo se basa en los siguientes artículos: Svetlana Yaroshenko (2017), “Lishnie liudi, ili O rezhime iskliucheniia v postsovetskom obshchestve” [Sujetos superfluos o el régimen de exclusión social en la Rusia postsoviética], *Ekonomicheskaia sotsiologiia* 18 (4): 60-90; Tatiana Lytkina y Svetlana Yaroshenko (en prensa), “Vozmonaia li sotsiologiia dlia trudiashchikhsia klassov v Rossii” [¿Es posible una sociología obrera en Rusia?], *Mir Rossii*. ■

1. Recién el 1 de mayo del 2018 el salario mínimo fue fijado al costo mínimo de vida.
2. En 2010, el costo mínimo de vida para un individuo en Rusia era de 5.685 rublos. El salario mínimo era de 4.330 rublos mensuales. El mínimo mensual del seguro de desempleo era de 850 rublos, mientras que el importe máximo ascendía a 4.900 rublos. La jubilación mínima era de 6.177 rublos mensuales, mientras que las becas para estudiantes universitarios suponían un estipendio mensual de 1.340 rublos. El importe mínimo de los subsidios por niñez era un pago de 2.020 rublos por mes, mientras que el salario promedio mensual llegaba a 20.952 rublos. Un rublo ruso equivalía a 0,023 euros el 1 de enero de 2010, y 0,024 euros el 31 de diciembre del mismo año.

Dirigir toda la correspondencia a Svetlana Yaroshenko
<s.yaroshenko@spbu.ru>

> Lumpenproletariat y subalternos urbanos en China

por **Ngai-Ling Sum**, Universidad de Lancaster, Reino Unido

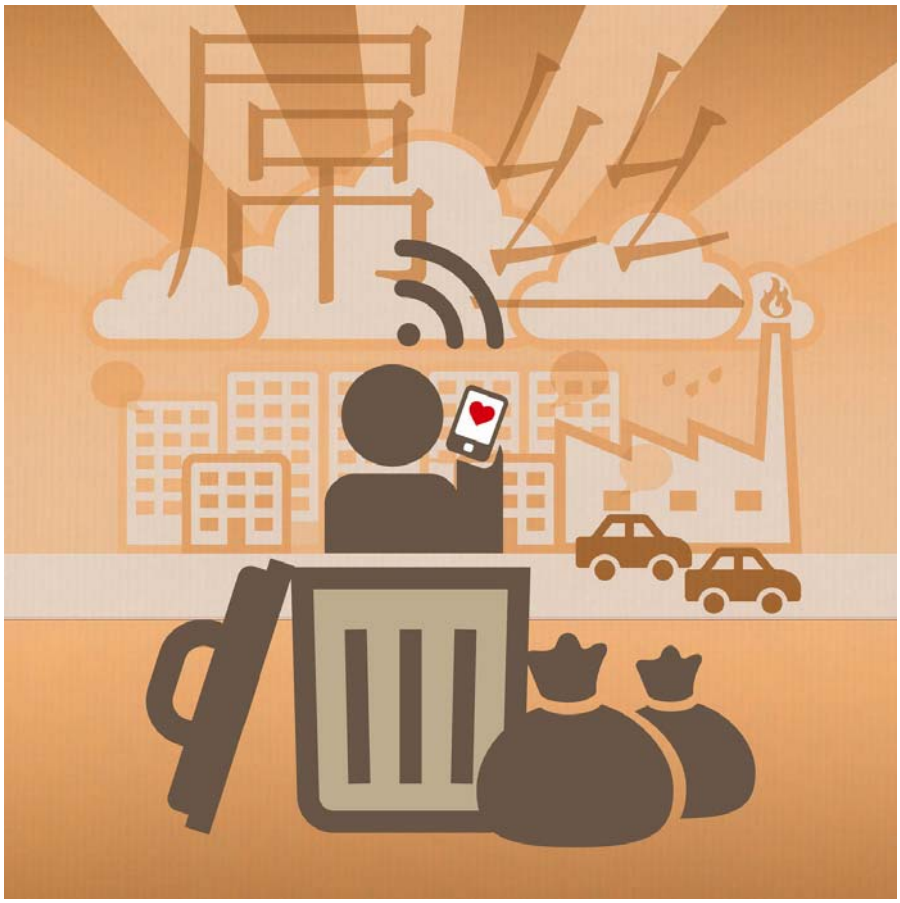


Ilustración por Arbu.

Marx y Engels usaron el término *Lumpenproletariat* de manera principalmente descriptiva, peyorativa y retórica. La "infraclase" ocupa un lugar similar en el discurso económico y político reciente, mientras el "precariado" posee una connotación más positiva. Este artículo emplea la noción de Gramsci de clases "subalternas" o "subordinadas", que apuntó a capturar la naturaleza multidimensional de la explotación, la opresión y la marginalidad de diversos grupos subordinados así como su relativa falta de autonomía respecto de la hegemonía de los grupos sociales dominantes. Mi estudio de caso considera cómo la experiencia de pobreza y desigualdad vivida por un estrato específico de pobres urbanos en China desde la crisis financiera de 2008 se ha visto reflejada en el desarrollo de una nueva identidad – *diaosi* – que utiliza las redes sociales para crear tanto narrativas personales como una subcultura que subvierte los valores y normas hegemónicos como una forma de burlarse de sí mismo.

> La identidad subalterna del *diaosi* (perdedor) en China

La crisis financiera de 2008 agravó las condiciones de la infraclase urbana, al principio por el creciente desempleo y luego por los efectos del mega proyecto urbano basado en deuda y el auge inmobiliario disparado por un programa de estímulo gubernamental masivo. El boom inmobiliario impulsado por la deuda condujo al alza de precios de la vivienda, de las rentas residenciales y de las ciudades fantasma; cada vez más, trabajadores migrantes precarios soportaban largas horas con bajos salarios sin derecho a la residencia urbana y a los beneficios de bienestar asociados. Aquellos que no contaban con una habitación

>>

para alojamiento provista por la fábrica tenían que pagar alquileres más altos por un alojamiento de inferior calidad en las periferias de las ciudades, o vivían en espacios liminales (por ejemplo, balcones, terrazas, contenedores o búnkers subterráneos) en centros urbanos. En 2014 en Beijing, por ejemplo, cerca de un millón de migrantes rentaron pequeñas habitaciones compartidas por alrededor de 65 dólares norteamericanos por mes en refugios antiaéreos subterráneos y lugares de almacenamiento sin luz natural y con sanitarios y cocinas comunes. Comprendía trabajadores de servicios de bajo salario, como mozos, peluqueros, conserjes, empleados de comercio, vendedores ambulantes, cocineros, guardias de seguridad y trabajadores de la construcción. Estos grupos subalternos son apodados "tribu de ratas" como C.Y. Sim muestra en su video de 2015 (subtitulado en inglés): http://creativetimereports.org/2015/01/24/sim-chi-yin-rat-tribe-beijing-underground-apartments/.

Desde fines de 2011, muchos jóvenes migrantes trabajadores de fábricas reales o digitales, quienes también están fuertemente involucrados en la cultura pop de internet y de las redes sociales, reaccionaron a su sentimiento de desigualdad e injusticia narrando su marginalidad y subalternidad en términos de una nueva identidad. La posición del sujeto *diaosi* – un término que en su origen se refería a fanáticos de un futbolista famoso – emergió de batallas en línea entre fanáticos rivales. Esta identidad fue luego reinterpretada a manera de auto-burla como "fanáticos del pene," a partir de una palabra china de pronunciación muy parecida. Pronto esta transposición se volvió viral en las redes sociales. Dos meses después de que esta identidad fuera acuñada, había atraído 41,1 millones de búsquedas en Google y 2,2 millones de publicaciones de blog en el que es el Twitter de China llamado Weibo. Los jóvenes subalternos comenzaron a llamarse a sí mismos *diaosi* y se crearon todo tipo de espacios de chat y redes sociales asociadas (por ejemplo, los chats YY y QQ).

A medida que el discurso y la identidad circularon en las redes sociales se agregaron nuevos significados. Pronto condensó los sentimientos de desigualdad, marginalidad, exclusión, privación económica, frustración y malestar social de los trabajadores migrantes así como sus deseos románticos y consumistas insatisfechos. Se representan a sí mismos como provenientes de entornos desfavorables, con salarios magros, bajo consumo y sin conexiones sociales. Sus escasos ingresos, consumo y capacidad de endeudamiento así como su baja posición social, se combinan socioemocionalmente con el sentido de vivir una vida devaluada: largas horas de trabajo, vivienda deficiente, perspectivas de carrera inciertas, falta de vida hogareña, sentimiento de culpa hacia los padres dejados atrás, y una vida emocional y romántica vacía. Esto es a menudo resaltado en los relatos que dan los *diaosi* sobre cómo pasaron el día de San Valentín, Navidad, temporadas festivas y las horas de la noche que pasan buscando compañía en internet. Tales discursos afectivos desde los márgenes expresan experiencias sociales colectivas enraizadas en desigualdades que se generan en la vida económica y social urbana cotidianamente.

Esta existencia cotidiana de subalternidad de los *diaosi* también se expresa a través de un binario biopolítico que representa dos tipos principales de cuerpos basados en el género en función de su acceso desigual al ingreso, a las oportunidades de consumo, a las redes de poder, al amor, al romance y a la intimidad. Los hombres *diaosi* se autodesprecian como perdedores "pobres, bajos y feos." Con ingresos escasos y físicos poco atractivos, se construyen a sí mismos como incapaces de impresionar mujeres dándoles regalos materiales y/o encantándolas. No tienen "vivienda, automóvil ni prometida/novia" y pasan la mayor parte del tiempo encerrados, usando teléfonos móviles baratos, navegando en internet y jugando juegos en red como DOTA. Este modelo se ha expandido gradualmente a las mujeres subalternas. Luego tenemos a los *gaofushuai*. Los miembros de este grupo superior son (1) "altos, ricos y apuestos" y (2) "principitos" con conexiones especiales con el partido y con el Estado, lo que les permite obtener ventajas en empleo y acceso. Gozan de los "tres tesoros" (iPhone, automóvil deportivo y reloj de diseño) y pueden atraer mujeres hermosas. Este binario implica una mezcla de crítica latente, auto-burla, autoprotección y autoentretenimiento. Se trata de una manera cotidiana de protestar y de aliviar la inseguridad en el capitalismo de Estado de China. Las brechas resultantes entre estos dos grupos imaginados se resaltan aún más en internet mediante dibujos animados satíricos, fotografías, programas de televisión, charlas de fantasía, etc. Los dos grupos usan diferentes medios de transporte (colectivo vs. BMW), smartphones (Nokia vs. iPhone), lugares de comida (puestos en la calle vs. restaurantes costosos) y encuentros románticos. En síntesis, las narrativas de los *diaosi* reflejan la auto-burla de un destino sin futuro ni esperanza; el vacío emocional en la vida romántica; la hostilidad latente hacia el elitismo social encarnado por los "principitos" y la desesperación de no ser aceptados en una sociedad desigual. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ngai-Ling Sum <n.sum@lancaster.ac.uk>

> Formación de clases
y capitalismo agrario

por **Tania Murray Li**, Universidad de Toronto, Canadá

Un pueblo rodeado de plantaciones de palma aceitera.
Foto: Tania Li.

¿Quién es propietario de qué? ¿Quién hace qué? ¿Quién consigue qué? ¿Qué hacen con el excedente? Estas cuatro preguntas, planteadas de forma concisa por el especialista en el mundo agrario Henry Bernstein, suponen un punto de partida útil para el análisis de la formación de clase en el ámbito rural. Funcionan particularmente bien en aquellos lugares en los que la propiedad de las tierras, así como la capacidad de invertir los excedentes para incrementar su escala y eficiencia, determinan qué agricultores logran mantener sus campos y acumular, y cuáles son expulsados de sus tierras. Estudié esta cuestión en un remoto rincón de la Indonesia rural, donde observé la rápida formación de clases rurales luego de que los campesinos indígenas de las tierras altas cercaran parcelas individuales de su antigua tierra comunitaria y comenzaran a plantar cacao. A partir de ese punto, ya no tenían la opción de volver a la producción de subsistencia, ya que sus pequeñas parcelas residuales de tierra no podían producir comida suficiente para la familia y para cubrir la cantidad de dinero necesaria para vestirse, pagar las cuotas escolares y todo lo demás. Tuvieron, por lo tanto, que intensificar la producción orientada al mercado y esperar conseguir suficiente dinero para cubrir las necesidades de la familia y para mantener productivas a sus plantaciones. Aquellos que no lo consiguieron, perdieron sus tierras. Era un caso de manual de lo que sucede cuando pequeñas producciones agrícolas se asemejan a pequeñas empresas: gobernadas por relaciones capitalistas, se exponen a perderlo todo si no logran invertir lo necesario para mantenerse competitivas, y tampoco pueden quedarse simplemente como están porque no les alcanza para cubrir sus necesidades.

Cada vez más, el proceso de formación de clase rural que acabo de describir se ve modificado por un abanico de otros factores. Los más importantes son las transferencias y subsidios del gobierno. Una familia campesina que recibe de forma regular transferencias monetarias del gobierno como el programa “Bolsa Família” de Brasil, o remesas de familiares trabajando en algún otro lugar, tiene respaldo para evitar perder sus tierras en tiempos difíciles (por ejemplo, cuando bajan los precios, las deudas se vuelven inmanejables, las cosechas son malas, hay enfermedades o emergencias familiares). Estas remesas pueden ser utilizadas para comprar tierras, hacer préstamos de dinero o invertir en educación, aunque también se pueden empeñar en la construcción de casas impresionantes o en la organización de fastuosas fiestas de casamiento que, aun

>>

cuando puedan parecer un gasto inútil, sirven para construir las redes sociales de la familia e incrementar su acceso a recursos productivos (como contratos, préstamos, información o subsidios). Hoy en día podemos observar esas casas construidas con remesas y otros síntomas de la transformación de los roles de la tierra, el trabajo y el capital en todas las zonas rurales de Asia, África y América Latina. En este punto, las cuatro preguntas presentadas al principio (quién es propietario de qué, quién hace qué, quién consigue qué, qué hacen con el excedente) pueden servir todavía para analizar la formación de la clase rural, pero requieren de una interpretación más amplia que incorpore un espectro de relaciones más allá de lo rural.

Si pasamos de las producciones agrícolas familiares o de pequeña escala al control sobre grandes extensiones de tierra, el análisis de clase se vuelve más complejo por poderes ajenos al mercado que determinan "quién es propietario de qué" y "quién consigue qué" en las áreas rurales. En las Filipinas, tanto como en América Latina, los grandes terratenientes que obtuvieron sus tierras en tiempos del colonialismo español dominan la esfera política, y fijan las reglas de modo tal que puedan aferrarse a sus tierras, sean o no productivas. En Indonesia y en el resto del Sudeste asiático, donde no existe una historia colonial de grandes latifundios, los políticos y los funcionarios del gobierno hoy en día utilizan los poderes oficiales y extraoficiales de la administración pública para acceder a grandes extensiones de tierra. En estos lugares, no es la tierra la que lleva a un cargo político, sino que el cargo político lleva a tener tierras. En la medida en que puede retenerse la tierra por especulación, o puede ser negociada a cambio de un beneficio, ser un "terrateniente" no tiene necesariamente mucho que ver con el capitalismo o con la agricultura.

La rápida expansión de las grandes plantaciones y producciones agrícolas hacen de la comprensión de su carácter de clase una tarea urgente. En Indonesia, por ejemplo, las plantaciones inmensas de palma aceitera cubren 10 millones de hectáreas, y el gobierno quiere expandir esta superficie a 20 millones. En Laos y Camboya, son las plantaciones de caucho las que acaparan más y más tierra. En Brasil y en los países vecinos, son las enormes explotaciones mecanizadas de soja. Muchas veces estas grandes fincas y plantaciones agrícolas, sean propiedad de individuos o de corporaciones nacionales o multinacionales, no son "capitalistas" según el sentido clásico del término, ya que no pagan precios de mercado para ninguno de sus insumos. Están fuertemente subsidiadas a través del arrendamiento gratuito o a un costo mínimo de tierras públicas, infraestructura provista por el Estado, exenciones impositivas y crédito barato. En algunos casos también consiguen mano de obra barata, convenientemente provista por esquemas migratorios respaldados por el Estado. A decir verdad, el "inversor" multinacional que suele ser pensado como el capitalista modelo, puede llegar a invertir muy poco o absolutamente nada, recurriendo en su lugar a insumos gratuitos y subsidiados. Grandes emprendimientos agrícolas se apoyan fuertemente en esquemas de agricultura por contrato que embarran la cuestión de quién es dueño de qué y quién se apropia de qué parte de las ganancias producidas. Los subsidios a las grandes explotaciones se justifican con el argumento de que los productores a gran escala traen "desarrollo" y empleo, subestimando en gran medida los más variados puestos de trabajo y desarrollos que vienen a desplazar, o las oportunidades de coerción y extorsión que conllevan sus posiciones monopólicas.

Por su parte, los funcionarios gubernamentales y los políticos se benefician de la expansión de las grandes empresas agrícolas, ya que producen un flujo de ingresos a través de permisos, tasas, sobornos y extorsiones. Muchas veces forman parte de los directorios de las propias corporaciones. ¿Cómo podemos analizar la configuración de clase de estos híbridos entre individuos, Estado y corporaciones? Las relaciones de clase que podemos observar entre el capital y el trabajo en la etapa de producción son todavía relevantes, pero otras escalas y relaciones necesitan también ser examinadas. El capital global no desembarca simplemente en países como Brasil o Indonesia por sí solo – todo tipo de vínculos, coaliciones, leyes y discursos le allanan el camino. Algunos de los conceptos que aparecen en la literatura destacan cómo poderes estatales y no estatales se entrelazan para permitir este tipo de inversiones, como en el caso de las "élites predatorias" o el "capitalismo de amigos." Se trata de híbridos que podemos encontrar no sólo en la agricultura ni sólo en el Sur Global. La mayoría de las corporaciones suelen apoyarse en favores políticos y en monopolios permitidos por el Estado, cosechando enormes ganancias por su capacidad de captar rentas inmerecidas. Las cuatro preguntas iniciales todavía sirven de guía para analizar estas formaciones: seguimos necesitando saber quién es dueño de qué, quién hace qué, quién consigue qué y qué hacen con los excedentes. Pero, nuevamente, estas preguntas deben ampliarse para poder incorporar formas de propiedad, trabajo e inversión que operan en distintas escalas. Cuanto más extendidas y entrelazadas son las formaciones de clase, más opacas se vuelven para los trabajadores de las plantaciones, los campesinos contratados o los pequeños productores independientes que quedan atrapados en relaciones extractivistas que no pueden identificar, y menos aún cuestionar. ■

Dirigir toda la correspondencia a Tania Murray Li <tania.li@utoronto.ca>

> Vivir con (y resistir) la reforma del bienestar en el Reino Unido

por **Ruth Patrick**, Universidad de York, Reino Unido

Copyright: Poverty 2 Solutions, 2017.

En los últimos 35 años, el sistema de seguridad social del Reino Unido ha estado sujeto a sucesivas oleadas de reforma. Los cambios fueron implementados como parte de los esfuerzos para terminar con lo que los políticos a menudo describen como "la cultura de dependencia del sistema de bienestar" y se le ha otorgado un rol aún mayor a la condicionalidad de la protección social – la vinculación de condiciones (generalmente relacionadas al trabajo) al cobro de beneficios. Durante los gobiernos del Nuevo Laborismo y luego nuevamente bajo el liderazgo conservador pos 2010 ocurrieron cambios significativos. La escala de recortes a la ayuda del Estado ha sido alarmante y las consecuencias extremas. Algunos números son ilustrativos.

>>

Escena de la película All in this together. Are benefits ever a lifestyle choice? *[Todos juntos en esto. ¿Alguna vez los beneficios son una elección de estilo de vida?] presentado por Dole Animators (2013). Copyright: Dole Animators.*

Comparado con 2010, para 2021, se gastarán 37 mil millones de libras menos en seguridad social para personas en edad laboral y esto a pesar de los aumentos en los precios y en los costos de vida. Esto representa una reducción del 25% en el total del presupuesto social, con recortes particularmente importantes en subsidios por discapacidad diseñados para ayudar a los más vulnerables en nuestra sociedad.

Previsiblemente, el impacto de estos recortes en la asistencia de seguridad social redundan en el aumento de la pobreza infantil, el crecimiento de la indigencia y una dependencia creciente de los bancos de alimentos en muchas de las familias más pobres de Reino Unido. El Instituto de Estudios Fiscales estima que la pobreza infantil absoluta crecerá cuatro puntos porcentuales entre 2015-16 y 2021-22, y le atribuye tres cuartos de este incremento (equivalente a 400.000 niños) a los cambios en los beneficios. La Joseph Rowntree Foundation, organización benéfica contra la pobreza, estima que más de 1,5 millones de individuos cayeron en la indigencia en algún momento de 2017, mientras que el proveedor de banco de alimentos más grande de Reino Unido – The Trussell Trust – entregó 1.332.952 paquetes de alimentos de emergencia de tres días durante la crisis financiera de 2017-18.

A pesar de estos números, el gobierno de Reino Unido mantiene su compromiso con los cambios en los beneficios, y continúa justificando y sosteniendo su paquete de reforma del bienestar. Continúa con la introducción del Crédito Universal, un subsidio diseñado para simplificar el sistema de beneficios y aumentar los incentivos para trabajar, pero que ha estado plagado de problemas en su diseño e implementación. La primera ministra Theresa May continúa argumentando que "el trabajo es la mejor ruta para salir de la pobreza", a pesar de la evidencia que muestra que dos tercios de las personas que están en la pobreza viven actualmente en hogares donde alguien trabaja.

> Las experiencias vividas de la reforma del bienestar

En este contexto, es esencial explorar las experiencias cotidianas de los cambios en los beneficios y documentar el impacto que la reforma del bienestar está teniendo en las vidas de los que están directamente afectados. Este ha sido el propósito del estudio *The everyday realities of welfare reform* [Las realidades cotidianas de la reforma del bienestar], el cual ha monitoreado a un pequeño número de personas afectadas por los cambios en los beneficios, que viven en una ciudad del norte de Inglaterra. A través de reiteradas entrevistas con personas que buscan trabajo, padres solteros y personas con discapacidad, fue posible rastrear el impacto de la reforma del bienestar sobre las vidas individuales y las formas en las que la narrativa política según la cual "la reforma del bienestar es necesaria y está funcionando" contrasta fuertemente con las experiencias vividas de aquellos directamente afectados.

Para los participantes del estudio, los reiterados cambios a sus beneficios crearon un clima de *inseguridad social*, con una preocupación y ansiedad permanentes sobre el impacto de esos cambios y sobre la forma de lidiar con ellos. Los procesos para solicitar beneficios también generan preocupación, siendo en particular las evaluaciones para los beneficios por discapacidad, una fuente de miedo e incertidumbre extremos. Sharon describió cómo se sintió al tener sus beneficios por discapacidad constantemente reevaluados: "Es muy estresante… pienso en ello todo el tiempo".

Además, el aumento de la condicionalidad de las prestaciones sociales se experimenta de manera muy negativa, con la amenaza de sanciones y la subsiguiente pérdida de ingresos una posibilidad constante que preocupa a los solicitantes y los deja con el temor de cómo podrían sobrellevarlo si les retiraran los beneficios. Incluso aquellos que cumplen con cada requisito del régimen de condicionalidad se preocupan y se resisten a comprometerse con

>>

el "apoyo" del Jobcentre Plus, la agencia británica de colocaciones, por miedo a que conduzca a nuevas condiciones y vuelva más probable la sanción.

Existe evidencia de un aumento de la pobreza y de las dificultades, con muchos participantes relatando las muy difíciles elecciones que tienen que hacer (a menudo diariamente) tales como poner la calefacción o comer, y cómo los padres a menudo se privan para que sus hijos puedan tener lo que necesitan. Como cuenta Chloe: "Somos pobres, tan pobres. Es como si estuviéramos viviendo – ya sabes, cuando ves todos esos anuncios – por favor alimenta a nuestros hijos – alimenta a mis malditos hijos."

Lo que también muestra la investigación son las formas en las que la gente experimenta el estigma de los beneficios y siente que su propia elegibilidad y derecho a la asistencia se ve cuestionado por el régimen de condicionalidad y por las repetidas reconsideraciones de los beneficios. Describen también el estigma institucional que experimentan cuando visitan el Jobcentre Plus o se involucran en formas de asistencia para el trabajo. Aquí, a menudo se encuentran con supervisores que sienten que los menosprecian y los tratan sin dignidad ni respeto. Sophie relató: "Básicamente [los supervisores del centro de trabajo] nos miran como basura".

En general, la investigación revela la muy profunda disparidad que existe entre la caracterización política popular del "bienestar" y las realidades vividas, y las formas en las que la reforma del bienestar vuelve a las vidas de las personas pobres aún más duras.

> Una creciente resistencia

En años recientes, junto con los continuos cambios en los beneficios, el Reino Unido ha presenciado también una creciente resistencia a las reformas en curso. Cabe destacar que esto proviene en parte de grupos de personas con experiencia directa de pobreza y de cobro de subsidio por desempleo, que se reúnen para desafiar la caracterización popular de la "asistencia social" y promover el cambio. Por ejemplo, algunos de los participantes del estudio *Las realidades cotidianas de la reforma del bienestar* se reunieron en 2013 para hacer una película que documentara sus experiencias, en lo que se conoció como el proyecto Dole Animators. El Dole Animators permanece activo y recientemente ha estado involucrado en Poverty 2 Solutions, trabajando con otros dos grupos para desarrollar proyectos que realmente podrían hacer una diferencia en la lucha contra la pobreza. Estos dos ejemplos son algunos entre muchos más y son evidencia del rechazo a aceptar el relato parcial de la reforma del bienestar ofrecida por los principales políticos. Esta actividad es muy importante y es una fuente de esperanza muy necesaria, especialmente cuando se plantea en el contexto de pobreza y dificultades en aumento, y mientras los cambios en los beneficios en el Reino Unido continúan teniendo efecto. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ruth Patrick <ruth.patrick@york.ac.uk>
o en Twitter a @ruthpatrick0

> Clase social y ecología

por **Richard York**, Universidad de Oregón, EE.UU., y **Brett Clark**, Universidad de Utah, EE.UU.

Para construir un mundo mejor y salvar el ambiente, es necesario acabar con el dominio del capital sobre el mundo. I. Ransley/flickr. Algunos derechos reservados.

El sistema capitalista se basa en la búsqueda ilimitada de acumulación por y para la clase capitalista. El sistema logra este objetivo a través de una descarnada expropiación y explotación, generando inevitablemente degradación ambiental y desigualdades sociales.

La expropiación – un proceso de robo – supuso la destrucción de derechos consuetudinarios y de relaciones no capitalistas de producción, así como también esclavitud. La violencia colonial y el cercamiento de tierras fomentaron la privatización de los medios de producción, creando un sistema de acumulación racializado y clasista. Este proceso permitió el saqueo de recursos naturales y pueblos en todo el mundo, que sirvió, en parte, como base para el ascenso del capitalismo industrial. Los pueblos desposeídos fueron entonces forzados a vender su fuerza de trabajo a cambio de obtener salarios con los cuales adquirir sus medios de subsistencia. En países con salarios bajos, la tasa de explotación de la fuerza de trabajo es extremadamente alta. La superexplotación lleva en estos casos a una masiva transferencia de excedentes hacia los países capitalistas centrales. Los capitalistas controlan el excedente social – producido por la sociedad como un todo, en su interacción con un mundo biofísico más amplio – y así acumulan capital. Adicionalmente, expropian el trabajo no remunerado de reproducción social, que ayuda a mantener la vida. Este trabajo se concentra desproporcionadamente en las mujeres, generando aún más desigualdades sociales.

Dado el imperativo de crecimiento del capitalismo, el sistema corre desbocado desafiando los límites del planeta. Cada expansión en el proceso de producción, con el fin de

>>

El capitalismo pone en peligro tanto el bienestar de las personas como el ambiente. M. Crandall/flickr. Algunos derechos reservados.

sostener las operaciones económicas en una escala más grande y más intensiva, genera demandas de recursos adicionales (de materia y energía, por ejemplo) y produce más contaminación. Esto lleva progresivamente a una degradación ambiental en una escala nunca vista antes en la historia humana: se exceden las capacidades regenerativas de los ecosistemas, se sobrepasan las barreras ecológicas, se rompen los ciclos naturales y los recursos se agotan. El carácter alienado del metabolismo social del capital – la relación de intercambio entre la sociedad y el más amplio mundo biofísico – es evidente en el cambio climático, en la pérdida creciente de la biodiversidad y en la acidificación de los océanos, por nombrar sólo algunas de las problemáticas ambientales más preocupantes.

En la lógica del capital, el mundo entero – seres humanos, animales no humanos, plantas, piedras, aire, agua, y el resto – sirven como medios para facilitar la acumulación de ganancias privadas. Cuando se comprende adecuadamente el funcionamiento del capitalismo, quedan claras las íntimas conexiones entre la explotación de clase y la degradación ambiental. Lo que ayuda también a comprender la importancia de la lucha de clases, incluyendo la pelea por la justicia social, y los movimientos ambientalistas radicales.

Sin embargo, el dominio del capitalismo a nivel mundial ha distorsionado la comprensión popular no sólo de las causas de los problemas ambientales y de las injusticias sociales, sino también de los medios con los que contamos para mejorar la condición humana. Durante dos siglos – y de manera creciente luego de la segunda guerra mundial – el crecimiento económico ha sido ampliamente aceptado en casi todas las naciones como un sinónimo de “progreso social” y “desarrollo”. Por lo tanto, se da por sentado que las sociedades deberían buscar un crecimiento económico ilimitado (contabilizado por el valor de cambio en dinero). Se supone que este enfoque acrecienta las demandas de los consumidores y eleva la calidad y cantidad de bienes y servicios, beneficiando a todos, aún cuando no lo haga de forma pareja. Este tipo de desarrollo es promocionado por los líderes empresariales y gubernamentales como la solución a la pobreza y como la forma de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Se lo identifica, a su vez, como el camino apropiado para abordar los problemas ambientales al estimular la innovación y las soluciones tecnológicas. En otras palabras, se argumenta que todas las mejoras dependen de un crecimiento económico continuo. Esta representación popular ignora por completo el hecho de que el programa modernizador del capitalismo es responsable de una larga serie de problemas ambientales acumulados, dejando a su vez a cientos de millones en la pobreza y creando desigualdades extraordinarias dentro y entre las naciones.

Aun así, debido en parte al dominio ideológico del capital, su estructura organizacional, su poder global y su sistema alienado de producción, muchos trabajadores, sindicatos e incluso gobiernos de izquierdas de todo el mundo aceptan toda o parte de la agenda capitalista de desarrollo como una forma de mejorar la calidad de vida. Un aspecto especialmente perverso de esto es que muchas personas perjudicadas por el capitalismo no culpan a los capitalistas o al sistema económico por sus infortunios, sino a los ambientalistas, inmigrantes, socialistas, feministas, miembros de otras razas y una variedad de otros grupos – que no son sus enemigos, sino sus potenciales aliados.

El funcionamiento del capitalismo crea numerosos desafíos y obstáculos para ampliar la movilización en contra del sistema. El sistema económico global estratificado lleva a un desarrollo desigual, en el que la mano de obra

>>

barata en el Sur Global se emplea en la producción de bienes destinados al Norte. Bajo estas condiciones, los excedentes económicos son transferidos a los capitalistas del Norte, mientras que la degradación ambiental y la contaminación industrial asociada a la producción de mercancías se concentran desproporcionadamente en el Sur. Para empeorar aún más la cuestión, las consecuencias inmediatas del cambio climático, como las inundaciones y las sequías intensas, ya están teniendo efectos devastadores en el Sur Global, especialmente en las poblaciones más vulnerables. Las operaciones capitalistas han generado un sinfín de injusticias ambientales que afectan desproporcionadamente a las personas de color y a los pobres, sumando nuevas divisiones y desigualdades entre las poblaciones. Al mismo tiempo, el capital ejerce su poder e influencia para continuar con sus operaciones y evitar el debate cívico serio y la acción política frente a los problemas ambientales como el cambio climático. En todo este proceso, el sistema capitalista genera numerosas contradicciones sociales y ecológicas. Es claro que se necesita una rebelión amplia y unificada, que incluya a las diversas clases sociales con distintas experiencias de expropiación y explotación. Sin embargo, en este proceso emergente, aún se está definiendo cómo se organiza esta oposición y cómo trasciende los límites geográficos y las diversas divisiones sociales.

Un levantamiento global ofrece la posibilidad de crear un mundo mejor. Uno de los puntos de partida para esta transformación revolucionaria es el cuestionamiento de la forma capitalista de entender el desarrollo, los estándares de vida, la calidad de vida y la riqueza. El funcionamiento del capitalismo es antitético con la satisfacción de las necesidades humanas, una mayor justicia social y la prevención de la degradación ambiental. La alternativa al capitalismo, radical aunque eminentemente sensata, es construir sociedades en las que el objetivo principal no sea la expansión de la producción y el consumo para facilitar la acumulación de riqueza privada. Al contrario, que sea mejorar la vida de las personas mediante la construcción de comunidades basadas en la igualdad y la justicia, en las cuales todas las personas no sólo satisfagan sus necesidades básicas, sino que también tengan salidas creativas, tiempo libre y placeres estéticos, incluyendo un entorno bello. Construir este mundo alternativo no supone combustibles fósiles, más autos, más aviones, más plásticos, más bienes electrónicos, más centros comerciales o más granjas industriales. Por lo tanto, no se necesita más destrucción ambiental. Lo que se requiere es un cambio social, político y económico.

En síntesis, hay que romper el control del capital sobre el mundo para construir una sociedad que conserve ecosistemas diversos, un clima estable y un ambiente no tóxico, proveyendo al mismo tiempo una buena calidad de vida para todos los seres humanos. A la luz de esta verdad, los abordajes neoliberales de los problemas ambientales que buscan soluciones de mercado y arreglos tecnológicos, están condenados al fracaso. Lo que se necesita es un movimiento ambientalista radical que desafíe al poder y trabaje en la reconstrucción de las relaciones socioeconómicas, creando trabajo significativo, no alienado. Esto implica confrontar cómo el legado del colonialismo y del imperialismo ha servido para perpetuar las injusticias raciales y económicas dentro y entre las naciones, y acabar con los ataques voraces a los ecosistemas por parte de las corporaciones, los gobiernos y las organizaciones de desarrollo.

Si queremos construir un mundo mejor, los socialistas, feministas, anti colonialistas y todos aquellos que trabajan por la justicia social deben asimismo reconocer que la crisis ambiental no es simplemente un problema entre tantos otros, sino que está entrelazado con la opresión de los pueblos, ubicándose en el corazón de las contradicciones del capitalismo. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Richard York <rfyork@uoregon.edu>
Brett Clark <brett.clark@soc.utah.edu>

> El efecto estrangulamiento: el capitalismo más allá del crecimiento rápido

por **James K. Galbraith**, Universidad de Texas, EE.UU., y **Klaus Dörre**, Universidad de Jena, Alemania

La conferencia "La gran transformación. El futuro de las sociedades modernas" tendrá lugar a finales de septiembre de 2019 en Jena, Alemania. Copyright: Sarah Cords.

Las economías de los países tempranamente industrializados han dejado atrás la etapa de crecimiento rápido. Una de las razones de este fin del crecimiento económico rápido en estos países es una tendencia hacia la reducción de las ganancias que James Galbraith ha denominado "el efecto estrangulamiento".

El término describe el hecho de que la economía intensiva en recursos y energía que emergió luego de 1945 tanto en el Este como en el Oeste, la cual aseguró prosperidad mediante altas tasas de crecimiento, no puede continuar inalterada porque la eficiencia de ese modelo económico solo puede aumentar en la medida en que los recursos permanecen baratos. Sin embargo, la intensidad en recursos también significa altos costos fijos, los cuales solo se amortizan en un largo período de tiempo. Estos costos solo se justifican si se espera que el sistema permanezca rentable en un plazo más largo. Por lo tanto, la estabilidad política y social es una condición funcional central de este tipo de actividad económica. Dados los requisitos de estabilidad, los sistemas de altos costos fijos son particularmente vulnerables. ¿Pero qué sucede cuando los tiempos se vuelven inciertos y los precios de los *commodities* y de la energía aumentan? El horizonte de tiempo para ganancias e inversiones se reduce y el total de excedente o ganancia de una compañía es más bajo que en tiempos estables. Dado que las ganancias están reduciéndose, los conflictos de distribución en todos los niveles – entre trabajadores, gerentes, propietarios y autoridades tributarias – se intensifican porque la confianza en un desarrollo positivo comienza a tambalear.

Este "efecto estrangulamiento" se intensifica aún más si (a) hay escasez de un recurso fundamental, en el sentido de que la demanda agregada excede a la oferta total al precio ordinario, y (b) la oferta de ese recurso puede ser manipulada mediante retención y especulación.

Como el collar de ahorque de un perro, el efecto no impide necesariamente el crecimiento. Pero a medida que se acelera el consumo de recursos energéticos, los precios suben rápidamente y la rentabilidad disminuye rápidamente. Esto disminuye la inversión, siembra dudas sobre la sostenibilidad del crecimiento y puede además desencadenar una tensión (distorsionada) de otras palancas económicas.

>>

Estas consideraciones no cubren siquiera los altos costos del cambio climático. Los costos de los *commodities* y la energía no son las únicas causas de la gran crisis de 2007-2009, ni tampoco son las causas aisladas de las tasas de crecimiento comparativamente bajas en los antiguos centros capitalistas. Sin embargo, las cuestiones de recursos, una vez que el costo del cambio climático se vuelve agudo, podrían volverse un gran obstáculo para el crecimiento. El problema es obvio: para permitir que la vida organizada en el planeta continúe en su estado actual, son necesarias reducciones masivas en las emisiones de carbono y esto será costoso; además, mucha de la actividad comercial actual que consume energía dejaría de ser rentable.

A pesar de la controversia económica interna en torno a esto, el análisis es importante en cuanto a la discusión del capitalismo, el crecimiento y la democracia en al menos tres aspectos. En primer lugar, queda claro que las sociedades poscrecimiento – más precisamente, capitalismos poscrecimiento con crecimiento relativamente pobre o sin crecimiento en el Norte rico – se han vuelto una realidad social desde hace tiempo. Las causas de este desarrollo son en parte estructurales, en parte políticas. Con la conversión de la deuda privada en deuda pública para salvar a los bancos, los países de la Eurozona han comprado tiempo, pero las medidas adoptadas no incluyen una solución sostenible a los desbalances económicos estructurales. La política de austeridad europea ha fallado e incluso algunos de sus protagonistas ahora también lo admiten, especialmente para el caso griego.

Pero las políticas keynesianas con salarios más altos y mayor demanda no son realmente una alternativa. Las propuestas actuales soslayan la brecha de poder estructural que se ha consolidado aún más con el régimen de deuda europeo. Dado que los mercados financieros están conectados globalmente y los inversores evalúan los riesgos internacionalmente, los ajustes en países individuales no agregan mucho. En otras palabras, los obstáculos estructurales bloquean el camino a la recuperación económica duradera. Es muy posible que en algunos países y regiones la economía crezca a altas tasas por un largo tiempo, pero el crecimiento y la distribución se están volviendo cada vez más desiguales, y sobre todo no se espera un retorno a las altas tasas de crecimiento del pasado.

En segundo lugar, si esto es correcto, implica que tiene poco sentido exagerar normativamente el concepto de sociedad poscrecimiento o incluso reservarlo para alternativas poscapitalistas. En su lugar, necesitamos descubrir qué significa un crecimiento lento con tasas de crecimiento permanentemente bajas para la relación entre capitalismo y democracia. Obviamente, las economías capitalistas pueden estancarse por períodos más largos de tiempo (como Japón, Italia) o incluso retraerse (Grecia) sin ningún cambio en el centro de su estructura socioeconómica. Y en sus estructuras de poder, el capitalismo relativamente estable con bajas tasas de crecimiento es entonces posible por períodos más largos de tiempo – aunque es otra cuestión si esto también se aplica a la estabilidad de las instituciones y de los procedimientos democráticos.

En tercer lugar, también significa que mientras argumentamos que un retorno al crecimiento rápido no es posible, una crítica general del crecimiento y del capitalismo y la idea de una economía estancada o incluso en retracción no parece ser el camino hacia delante. En su lugar, podría ser una solución una nueva economía de crecimiento lento que incorpore los fundamentos biofísicos de la economía en sus mecanismos de funcionamiento. Una economía estancada o incluso en retracción siempre producirá unos pocos ganadores y muchos perdedores. Por estas razones, se necesita en el futuro un tipo de actividad económica que pueda garantizar un crecimiento lento y estable durante períodos de tiempo más largos. Sugerimos un capitalismo descentralizado con crecimiento lento como deseable. Tal capitalismo, sin embargo, sería significativamente diferente de sus variedades financializadas. Tendría que reducir de manera significativa el tamaño de instituciones y organizaciones (las fuerzas armadas) cuyos costos fijos incluyen un uso expansivo de recursos y abolir el sector bancario por completo. Aseguraría a todos sus ciudadanos un estándar decente de vida, haría posible la jubilación temprana, elevaría fuertemente el salario mínimo, aliviaría la carga de impuestos al trabajo, pero aumentaría significativamente los impuestos de sucesión y sobre donaciones. Y lo más significativo, brindaría incentivos para asegurar gastos activos en una infraestructura social y ambientalmente sostenible en lugar de la acumulación pasiva. Si este es un escenario realista o no, permanece como una pregunta abierta.

La sociología debe unirse a la búsqueda de una respuesta. La conferencia “Gran transformación. El futuro de las sociedades modernas” que tendrá lugar a finales de septiembre de 2019 en la Universidad de Jena, Alemania, forma parte de este esfuerzo. Allí queremos lanzar una red de investigación que abrirá la posibilidad para sociólogos y economistas de participar en un diálogo global sobre un futuro más allá del crecimiento rápido. ■

Dirigir toda la correspondencia a Klaus Dörre <klaus.doerre@uni-jena.de>

> La condición poscrecimiento

por **Éric Pineault**, Universidad de Quebec en Montreal, Canadá, y Grupo de investigación sobre sociedades poscrecimiento, Universidad de Jena, Alemania

El crecimiento económico ha estado durante mucho tiempo en el centro de la política occidental. Foto: LendingMemo.com./flickr. Algunos derechos reservados.

En una sociedad capitalista el crecimiento tiene múltiples sentidos e implicaciones, así como también el espectro de su colapso o fin. Se trata de un hecho material, una representación monetaria de la escala económica, y también una idea central y muy difícil de poner en cuestión en una sociedad capitalista. La condición poscrecimiento se refiere aquí a un contexto en el cual este cuestionamiento se vuelve no sólo posible, sino necesario.

El crecimiento se refiere, en primera instancia, a aquello que miden el PIB y otras cifras de las cuentas nacionales: el tamaño y las dinámicas del capitalismo en tanto economía monetaria de producción. Entran en consideración el conjunto de mercancías elaboradas (producto) y consumidas (demanda); la acumulación de stocks, y la inversión en capital fijo, ya sea tangible (máquinas) o intangible (investigación y desarrollo, patentes). Todo esto se traduce en empleo, generando ingresos monetarios en forma de salarios, ganancias, impuestos, intereses y dividendos.

Desde esta estrecha perspectiva económica, el crecimiento significa mayor producción y mayor capacidad productiva. La tasa de crecimiento, expresada en un porcentaje, representa la intensidad de este proceso expansivo. En las sociedades capitalistas modernas, el crecimiento aparece como el estado "normal" de la economía, con un número – el PIB – que expresa y subsume una infinidad de relaciones sociales y materiales que están detrás de este hecho. Una baja tasa de crecimiento traerá la emergencia de pujas distributivas entre el capital, el trabajo y el Estado. Un declive prolongado de las tasas de crecimiento (un "estancamiento secular") generará un estado duradero de inestabilidad y conflicto. Las tasas de crecimiento declinantes en las economías capitalistas son un fenómeno que se alimenta a sí mismo: el Estado recorta sus gastos; las corporaciones cancelan sus inversiones y reducen la producción; los capitalistas acumulan sus ganancias o las transfieren al sector financiero; los trabajadores pierden su poder colectivo como clase al dividirse por luchas defensivas, y la demanda cae en economías acostumbradas a una dinámica de crecimiento basada en el salario. Esta ha sido la experiencia de muchos países capitalistas centrales desde la crisis de 2008.

El crecimiento es, entonces, una de las principales herramientas para regular las contradicciones internas de clase de las sociedades capitalistas. Al fundarse en la acumulación a través de la explotación, el capitalismo encuentra su estabilidad en el crecimiento: los salarios suben junto con las ganancias; el pleno empleo acompaña a los altos niveles de inversión; el conflicto de clase se atenúa y se vuelve manejable; los crecientes excedentes son absorbidos por medio de un aumento de los "estándares de vida" para la mayoría, pero también de la ampliación del Estado de bienestar. Si el crecimiento cae por debajo de cierta tasa, todo esto comienza a desmoronarse. Esto no supone una preocupación inmediata para los capitalistas, quienes pueden compensar un crecimiento vacilante extrayendo mayores ganancias de la producción. Obviamente, esto reduce aún más la demanda y el crecimiento, ya que finalmente lo que se exprime son los ingresos laborales, pero los trabajadores siempre pueden recurrir a las tarjetas de crédito, o se puede vender el producto a consumidores "no exprimidos" en algún otro lugar. En esta coyuntura los sectores organizados de la clase trabajadora se vuelven

>>

"demandantes de crecimiento": son ellos los que proponen y reclaman políticas que lleven a mayores tasas de crecimiento, como aumentar el gasto social del Estado, subir los sueldos y finalmente que las empresas realicen mayores inversiones "reales" capaces de crear puestos de trabajo. Si el estancamiento secular, entendido como una tendencia estructural hacia una tasa de crecimiento cero profundamente enraizada y reforzada por la clase, representa realmente el futuro de las sociedades capitalistas avanzadas, nos mantendremos entonces en la situación paradójica en la que los trabajadores y los movimientos sociales ansiosos por un mayor crecimiento – lo que podemos llamar una coalición progresista del crecimiento – se enfrenten a corporaciones indiferentes al crecimiento y a capitalistas apáticos. Podemos fácilmente imaginar los desafíos que esto representa para la sociología crítica y las teorías del capitalismo.

El PIB mide el tamaño de la economía con respecto a sí misma. Al expresarse en unidades monetarias da la impresión de que el capitalismo, como sistema autocontenido, "creciera por sí solo". Pero como nos enseñó Polanyi, las relaciones capitalistas se desarrollan y crecen dentro de relaciones sociales e instituciones más amplias, subvirtiéndolas a su propia lógica, llegando en ocasiones a destruir las mismas bases del crecimiento en el proceso. La teoría feminista ha visibilizado aún más la dependencia central del trabajo, el valor y el capital con el trabajo reproductivo "no valorado" como el cuidado. La economía no sólo crece a través de algo (relaciones sociales) sino sobre algo (el trabajo reproductivo y de cuidado). Aplicando esta idea a las relaciones entre Norte y Sur, se puede señalar que el crecimiento en los núcleos más avanzados del capitalismo descansa también en la capacidad de externalizar hacia el Sur Global o la periferia las presiones inherentes a lo que se puede llamar el modo de vida imperial. Cuando las demandas de un crecimiento más fuerte, más sólido e inclusivo por parte de una coalición de crecimiento progresista se redefine como una expansión de las relaciones sociales mercantilizadas, como externalización y como demandas más intensas de trabajo reproductivo no valorado, puede provocar un inquietante malestar.

La situación se vuelve aún más complicada cuando el crecimiento es considerado un proceso material, comprendiendo y reconociendo los efectos disruptivos de la extracción, producción, consumo y desecho en los ecosistemas, los seres vivos y los ciclos biogeoquímicos globales, como en el caso del cambio climático. La escala biofísica – el tamaño agregado de una economía en relación con los ecosistemas y, de forma más global, con los sistemas planetarios en los que está inserta – y la intensidad de los impactos biofísicos (agotamiento, contaminación, artificialización) nos brindan una nueva representación de las economías inherentemente limitadas y restringidas. En el campo emergente de la ecología social se han desarrollado mediciones y categorías con las cuales captar el crecimiento y la escala de las economías capitalistas en términos biofísicos. El supuesto sociológico es que nuestro metabolismo en tanto individuos está subsumido por una organización social más amplia del metabolismo al nivel de la sociedad. Se puede medir el metabolismo socioeconómico como el conjunto de materia y energía necesarias para producir bienes y servicios de consumo e inversión en una sociedad capitalista. Una vez que nos libramos del dogma de una economía monetaria de producción desacoplada de toda base biofísica, de una acumulación inmaterial (¡como si pudiéramos vivir de mensajes de Twitter!) y comprendemos tanto la estrecha articulación entre el rendimiento biofísico y la producción monetaria, como el modo en que el capital se corporiza en artefactos (construcciones, máquinas, infraestructuras) que solo funcionan si son alimentados con energía y materia, entonces la cuestión de los límites biofísicos al crecimiento se vuelve un hecho tan concreto y evidente como el propio PIB.

Tomando esta perspectiva biofísica, la condición poscrecimiento señala las contradicciones ecológicas de la sociedad capitalista y su crecimiento económico. Contradicciones que existen por sí mismas y ya no pueden ser tratadas como secundarias o derivadas de la verdadera contradicción interna entre el capital y trabajo. La condición poscrecimiento supone entonces un enriquecido materialismo ecológico, a la par del materialismo histórico más tradicional sobre el que se ha desarrollado la teoría crítica desde Marx en adelante.

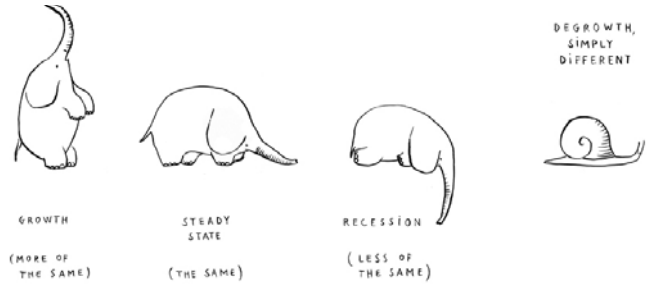
El desarrollo de esta forma de análisis del capitalismo durante las últimas décadas ha vuelto evidente la necesidad de reducir el metabolismo de las sociedades capitalistas avanzadas. Pero resulta también evidente la imposibilidad de reducir el crecimiento biofísico de la economía capitalista, como afirma John Bellamy Foster – incluso cuando las tasas de crecimiento del PIB son ínfimas, la escala biofísica no disminuye. La teoría social ecológica ha documentado dolorosamente el sinfín de mecanismos que mantienen en funcionamiento al molino de la acumulación del capital, materializados en procesos metabólicos y biofísicos ambientalmente no sostenibles.

Enfrentar y resolver estas contradicciones ecológicas significa reducir los procesos económicos de las sociedades capitalistas. Pero las relaciones sociales de producción y consumo institucionalizadas en dichas sociedades se basan en el constante crecimiento de la economía y en la intensificación de sus efectos. Cuanto más se rige por contradicciones y se choca con barreras para su desarrollo, más se considerará al mayor crecimiento como una solución por las clases sociales que lo conforman. Las sociedades capitalistas modernas necesitan y quieren el crecimiento por razones económicas, políticas y culturales, y sin embargo se debe disminuir su metabolismo por razones biofísicas. Se encuentran faltas de un vocabulario político y de un imaginario que exprese esta contradicción en sus propios términos. Este es el problema que la condición poscrecimiento plantea a la sociología crítica y a la teoría crítica en general. ■

Dirigir toda la correspondencia a Éric Pineault <eric.pineault@uni-jena.de>

> Decrecimiento: un llamado a la transformación socio-ecológica radical

por **Federico Demaria**, Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales, Universidad Autónoma de Barcelona, España



El caracol se ha convertido en el símbolo del movimiento por el decrecimiento. Copyright: Bàrbara Castro Urío.

El "crecimiento por el crecimiento mismo" continúa siendo el credo de todos los gobiernos e instituciones internacionales. El crecimiento económico se presenta como la panacea frente a todos los problemas del mundo: pobreza, desigualdad, sostenibilidad, cualquiera que se nombre. Las políticas de izquierdas y de derechas solo difieren en cómo lograrlo. Sin embargo, se debe enfrentar una verdad científica incómoda: el crecimiento económico no es ambientalmente sostenible. Además, más allá de cierto umbral, no es socialmente necesario. La pregunta central es entonces: ¿cómo podemos manejar una economía sin crecimiento?

Esta pregunta está ganando legitimidad en diferentes espacios, desde la ciencia hasta la política. Por ejemplo, en septiembre de 2018, en la Conferencia Poscrecimiento en el Parlamento Europeo, más de 200 científicos junto con casi 100.000 ciudadanos instaron a las instituciones europeas a intervenir en su carta abierta titulada "Europa, es tiempo de poner fin a la dependencia del crecimiento." Esto no sucedió de repente. El debate ha estado vivo por al menos dos décadas, como se ve en lo más de 200 artículos académicos, diez ediciones especiales, conferencias internacionales bienales con miles de participantes, escuelas de verano e incluso una maestría en nuestra Universidad de Barcelona. Nuestro libro *Decrecimiento: vocabulario para una nueva era* se tradujo a más de 10 idiomas. Se están llevando a cabo importantes iniciativas de base, desde la oposición a proyectos ambientalmente destructivos (con más de 2.000 de ellos mapeados en el Atlas de Justicia Ambiental, por ejemplo, la campaña *Ende Gelände*: "¡Detengan el carbón! ¡Protejan el clima!" en Alemania), hasta la construcción de alternativas como los bienes comunes, economías solidarias y vivienda compartida. ¿Pero qué significa exactamente decrecimiento?

En líneas generales, el decrecimiento desafía la hegemonía del crecimiento económico y exige una reducción redistributiva y liderada democráticamente de la producción y el consumo en países industrializados como medio de alcanzar la sostenibilidad ambiental, la justicia social y el bienestar. El decrecimiento suele asociarse con la idea de que más pequeño puede ser hermoso. Sin embargo, el énfasis debería ser no solo en el *menos*, sino también en lo *diferente*. En una sociedad de decrecimiento todo será diferente: actividades, formas y usos de energía, relaciones, roles de género, distribución del tiempo entre trabajo remunerado y no remunerado, relaciones con el mundo no humano.

El objetivo del decrecimiento es escapar de una sociedad absorbida por el fetichismo del crecimiento. Tal ruptura está relacionada entonces tanto a palabras como a cosas, a prácticas simbólicas como materiales, a la descolonización de lo imaginario y la implementación de otros mundos posibles. El proyecto de decrecimiento no persigue otro crecimiento, ni otro tipo de *desarrollo* (sostenible, social, justo, etc.), sino la construcción de otra sociedad, una sociedad de abundancia frugal (Serge Latouche), una sociedad poscrecimiento (Niko Paech), o una de prosperidad sin crecimiento (Tim Jackson). En otras palabras, desde el inicio no se trata de un proyecto económico, sino de un proyecto social que implica escapar de la economía como realidad y como discurso imperialista. "Compartir," "simplicidad," "convivialidad," "cuidado" y "bienes comunes" son significaciones primarias de cómo podría verse esa sociedad.

Aunque integra la economía ecológica, el decrecimiento es un concepto no económico. Por un lado, el decrecimiento implica la reducción del metabolismo social (el rendimiento energético y material de la economía), para enfrentar las limitaciones biofísicas existentes (de recursos naturales y de la capacidad de asimilación del ecosiste-

>>

Hay bibliografía sobre decrecimiento disponible en varios idiomas. Foto: Federico Demaria.

ma). Por otro lado, el decrecimiento es un intento de desafiar la omnipresencia de las relaciones sociales basadas en el mercado y las raíces del imaginario social basadas en el crecimiento, reemplazándolas por la idea de abundancia frugal. Es también un llamado a una democracia más profunda, aplicada a asuntos que tradicionalmente quedan fuera del dominio democrático, como la tecnología. Finalmente, el decrecimiento implica una redistribución equitativa de riqueza dentro y a lo largo del Norte y el Sur Global, así como entre las generaciones actuales y futuras.

En el último par de décadas, la cara del triunfo de una ideología de pensamiento único sobre el crecimiento no ha sido otra que la encarnada por la consigna aparentemente consensuada de "*desarrollo sostenible*", un lindo oxímoron. Su objetivo fue intentar salvar la religión del crecimiento económico en la crisis ecológica y parece haber sido bien aceptado por el movimiento antiglobalización. Se volvió urgente oponer al capitalismo de mercado globalizado con otro proyecto civilizatorio o, más específicamente, darle visibilidad a un plan que había estado formándose por largo tiempo, pero que progresó por lo bajo. La ruptura con el desarrollismo, una forma de productivismo para el uso de los llamados países en desarrollo, fue por lo tanto la base para este proyecto alternativo.

El término "decrecimiento" fue propuesto por el ecologista político André Gorz en 1972 y fue utilizado como título de la traducción francesa de los ensayos de Nicholas Georgescu-Roegen en 1979. El decrecimiento fue entonces introducido por activistas ambientales franceses en 2001 como un eslogan provocativo para repolitizar el ambientalismo. El lema del decrecimiento fue lanzado casi accidentalmente por una necesidad acuciante de romper con el lenguaje ambiguo, y a menudo sin sentido, del *desarrollo sostenible*. Por lo tanto, la frase no es originalmente un concepto (al menos no es simétrico al crecimiento económico), sino más bien un eslogan político desafiante que apunta a recordarnos el significado de los límites. Decrecimiento no es recesión ni crecimiento negativo y no debería ser interpretado literalmente: decrecer por decrecer sería tan absurdo como crecer por crecer.

Una transición al decrecimiento no es una trayectoria sostenida de descenso, sino una transición a sociedades conviviales que viven de manera simple, en comunidad y con menos. Existen varias ideas sobre prácticas e instituciones que pueden facilitar tal transición y permitir que tales sociedades florezcan. El atractivo del decrecimiento emerge de su poder de nutrirse y articular diferentes fuentes o corrientes de pensamiento (incluyendo justicia, democracia y ecología); formular estrategias a diferentes niveles (incluyendo activismos de oposición, alternativas de base y políticas institucionales); y reunir actores heterogéneos que se focalizan en diferentes cuestiones, desde la agroecología hasta la justicia climática. El decrecimiento complementa y refuerza estas áreas temáticas, funcionando como un hilo conector (una plataforma para una red de redes) más allá de la política centrada en un tema.

De hecho, el decrecimiento no es *la* alternativa, sino más bien una matriz de alternativas que reabre la aventura humana hacia la creatividad y la pluralidad de destinos, al levantar el velo del totalitarismo económico. Se trata de abandonar el paradigma del *homo œconomicus* o el hombre unidimensional de Marcuse, la fuente principal de homogeneización planetaria y el asesino de culturas. Si el "desarrollo" ya no es el principio organizador de la vida social, existe espacio para un pluriverso. Esto sería un "mundo donde quepan muchos mundos", como dicen los zapatistas. El decrecimiento es solo uno entre una multiplicidad de cosmovisiones alternativas al desarrollo, como el Buen Vivir, Afrotopia y Swaraj. En nuestro nuevo libro *Pluriverso: diccionario del postdesarrollo*, hemos recolectado más de cientos de ellos, de todo el mundo. Por lo tanto, no es posible formular soluciones "llave en mano" para el decrecimiento, sino solo delinear los fundamentos de cualquier sociedad sostenible no productivista y los ejemplos concretos de programas de transición.

La hipótesis del decrecimiento postula que una trayectoria de transformación socio-ecológica radical es necesaria, deseable y posible. Las condiciones de realización y las preguntas políticas relacionadas con la dinámica social, los actores, las alianzas, las instituciones y los procesos que generarán las transiciones al decrecimiento permanecen abiertas y se debaten activamente en Europa y más allá. El tiempo está maduro no solo para la agenda de investigación científica sobre decrecimento que hace preguntas inconvenientes, sino también para el tiempo político. Tal como argumentaron los economistas ecológicos Tim Jackson y Peter Victor en el *New York Times*: "Imaginar un mundo sin crecimiento es una de las tareas más vitales y urgentes en las que debe involucrarse la sociedad". ■

Dirigir toda la correspondencia a Federico Demaria
<federicodemaria@gmail.com>

> Feminismos y decrecimiento,

¿alianza o relación fundacional?

por **Anna Saave-Harnack**, Universidad de Jena, Alemania, **Corinna Dengler**, Universidad de Vechta, Alemania, y **Barbara Muraca**, Universidad del Estado de Oregón, EE.UU.

Puede que para muchos el término "decrecimiento" remita a las economías en recesión luego de la crisis financiera del 2007. Pero no se trata de eso. La consigna del activismo "¡Su recesión no es nuestro decrecimiento!" pone en claro que, en tanto discurso académico y movimiento social, no debemos confundir decrecimiento con una descripción del crecimiento negativo dentro del propio paradigma del crecimiento (es decir, con una recesión). En verdad, el decrecimiento básicamente cuestiona este paradigma y enfatiza la necesidad de liberar a las sociedades de su dependencia del mandato de crecimiento económico. Se buscan y proponen alternativas para que las sociedades modernas se reproduzcan sin necesidad de apoyarse en la constante aceleración, expansión e intensificación de la explotación social y ecológica. En tanto utopía concreta, los activistas y académicos que defienden el decrecimiento aspiran a una transformación de abajo hacia arriba que lleve hacia una sociedad socialmente justa y ambientalmente sostenible, sugiriendo posibles pasos en dirección a este objetivo más amplio, desde prácticas colectivas alternativas hasta la transformación de las instituciones fundamentales. Por lo tanto – y esta es otra consigna del activismo – cuando se habla de decrecimiento, nos referimos a un "¡decrecimiento por planificación, no por catástrofe!"

Aun así, si observamos el decrecimiento económico forzado en Grecia, hay cosas que aprender en tanto estudiosos y activistas del decrecimiento. La caída de las tasas de crecimiento luego de la crisis financiera en Grecia llevó a importantes desafíos societales con respecto a los servicios públicos y sociales. Una economía decreciente implicó que la sociedad civil tuviera que lidiar con las políticas de austeridad que respondían al endeudamiento público. Se crearon hospitales, jardines de infantes y redes comunitarias en los barrios para aliviar las consecuencias de los recortes en el gasto público. Muchas de estas iniciativas que emergieron ante las consecuencias de la crisis económica (es decir, del decrecimiento por catástrofe), como el caso de la clínica solidaria de Thessaloniki, se asemejan a las idea/los ideales de lo que el decrecimiento plantea construir de manera planificada. Pero también resuenan con una preocupación bien fundada del feminismo: especialmente en el caso griego, la crisis afectó negativamente a las mujeres en la medida en que fueron ellas las que cubrieron los vacíos creados por las políticas de austeridad. Si bien se perdieron ligeramente más puestos de trabajo tradicionalmente masculinos, las mujeres cargaron con la mayor parte del trabajo de cuidado y de las actividades relacionadas con la reproducción social que antes cubrían los servicios públicos. El caso de Grecia podría llevar a las feministas a concluir que el decrecimiento por catástrofe, y posiblemente también el planificado, pueden suponer riesgos importantes para las mujeres, contribuyendo a un retorno a las formas tradicionales de organización de la reproducción social y el trabajo de cuidado. Esta preocupación feminista se refuerza al considerar las investigaciones que muestran una forma de decrecimiento que no impulsa una transformación radical de las instituciones sociales básicas como el trabajo y la renegociación de las condiciones fundamentales en pos de una buena vida para todos. En contra de esta forma más bien conservadora de entender al decrecimiento, perspectivas más radicales como las ávidamente discutidas dentro de la "Alianza Feminismos y Decrecimiento" (FaDA por su sigla en inglés) resaltan su potencial emancipatorio cuando se siguen principios inspirados, por ejemplo, por el feminismo en sus distintas vertientes y tradiciones.

Activistas del feminismo, académicos y ambientalistas vienen debatiendo intensamente desde mucho antes que el discurso del decrecimiento se hiciera conocido. Un ejemplo es la perspectiva de la subsistencia, desarrollada en Alemania en la década de 1980, que enfatizaba la interconexión entre las preocupaciones ambientales y la explotación de las mujeres y de las colonias. El número especial de *Economía Ecológica* de 1997 sobre "Mujeres, Ecología y Economía" es otro hito en este camino. Pero aun cuando este diálogo está siendo incorporado cada vez más por los defensores del decrecimiento, el razonamiento feminista todavía no forma parte integral de la propuesta decrecentista.

>>

“Las contribuciones feministas son esenciales para lograr la transformación socio-ecológica orientada de forma justa y solidaria que el decrecimiento promueve”

En nuestra opinión, al decrecimiento le queda todavía mucho que aprender de las tradiciones feministas; sus contribuciones son esenciales para lograr la transformación socio-ecológica orientada de forma justa y solidaria que el decrecimiento promueve. En primer lugar, una idea clave de la ecología feminista es que la “naturaleza” (que en la tradición occidental de pensamiento se construye como “femenina”) y la “reproducción social” (que se asume ocurre “naturalmente”) están en la base misma de cada proceso productivo en las economías capitalistas. Sin embargo, dentro del paradigma de crecimiento capitalista ambas se encuentran estructuralmente devaluadas, siendo invisibilizadas y destruidas diariamente. El decrecimiento necesita tener en cuenta la explotación y devaluación que sufren en paralelo la reproducción social y ecológica, volviéndolas componentes clave en su lucha por relaciones más sustentables entre seres humanos y naturaleza. En segundo lugar, la teoría feminista ha desvelado hace tiempo las relaciones de poder insertas en el paradigma del crecimiento. Por ejemplo, el análisis de la relación entre el patriarcado y el “paradigma de la acumulación y el crecimiento sin límites”, que realizara María Mies en 1986, es un ejemplo de que la fertilización cruzada entre los movimientos feministas y decrecentistas no sólo es posible, sino fundamental para comprender las estructuras de opresión en el capitalismo. En tercer lugar, el feminismo ha articulado teorías y ha apoyado prácticas de organización del cuidado como un bien común, en contra de su reasignación a las familias o al sector privado, lo cual produce inevitablemente una reducción económica sin transformación. El aporte de Amaia Pérez Orozco sobre la “sostenibilidad de la vida” es también un punto de partida valioso para pensar el lugar del cuidado en una sociedad de decrecimiento. El “cuidado comunitario” supondría un apoyo para aquellos individuos, generalmente mujeres cuidadoras, proveyendo un lugar social para encontrarse, intercambiar y desarrollar un posicionamiento político, como ha señalado por ejemplo Silvia Federici. Esta forma de organizar el trabajo de cuidado podría servir de inspiración para un abanico más amplio de prácticas decrecentistas.

Si bien hay mucho por ganar fomentando los diálogos entre el feminismo y el decrecimiento, existen también obstáculos para tal esfuerzo. Algunas corrientes del feminismo pueden ser más reticentes a participar. Incluso entre quienes se muestran más interesados en un diálogo – la ecología feminista y el decrecimiento – las diferentes terminologías sobre las que se basan pueden causar una mutua falta de entendimiento.

Dada la urgencia real y percibida que genera el desastre ecológico inminente, las intervenciones corren el riesgo de subestimar las implicaciones para los grupos sociales más vulnerables, incluyendo aquellos que suelen ocuparse de la reproducción social. Como señaló recientemente Federici (2018), nos enfrentamos a un alarmante incremento de la violencia contra las mujeres a escala mundial, especialmente contra aquellas a cargo de mantener unidas a las comunidades locales a través de la subsistencia, el saber indígena y el cuidado. Esta violencia está encabezada por una nueva ola de “cercamientos” globales como parte de la cruzada neoliberal para asegurarles el crecimiento a las élites. Es por esto que es de la mayor importancia para académicos y activistas decrecentistas, incluso estando bajo la presión de la urgencia, *no* caer en la trampa de subestimar el problema del patriarcado que, como ya hemos señalado, está fuertemente vinculado al paradigma capitalista del crecimiento.

El desafío de convertir al feminismo en una parte integral del movimiento por el decrecimiento se refleja en el encendido debate dentro de la red FaDA. Algunos miembros argumentan que en lugar de intentar construir una alianza entre los dos discursos y movimientos, planteando así su relación como una mera posibilidad y haciendo énfasis en las diferencias dentro de una lucha común, se debería hacer foco en su relación fundacional. Solo podremos lograr una transformación radical de la sociedad más allá del paradigma del crecimiento cuestionando a la vez el precepto del crecimiento capitalista y sus profundas raíces patriarcales. Integrar ambos movimientos es un proyecto en curso al que estamos todos invitados. ¡Es nuestro deber comprometernos en el diálogo global para crear una sociedad feminista de decrecimiento! ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Saave-Harnack <anna.saave-harnack@uni-jena.de>
Corinna Dengler <corinna.dengler@uni-vechta.de>
Barbara Muraca <Barbara.Muraca@oregonstate.edu>

> Desafíos para una estrategia de decrecimiento: el caso de Grecia

por **Gabriel Sakellaridis**, Universidad de Atenas, Grecia

Manifestación de apoyo al pueblo griego, en Londres, 2015. Sheila/ flickr. Algunos derechos reservados.

En las economías capitalistas se considera un axioma que el crecimiento económico es esencial para que un país les asegure prosperidad a sus ciudadanos. La fascinación por el crecimiento, sin embargo, no debería entenderse meramente como una serie de ideas dominantes que prevalecen en el discurso público y en los paradigmas científicos. La deificación del crecimiento no es simplemente una cuestión de "ideología del crecimiento" impuesta por élites académicas poderosas y políticos que buscan votos. Por el contrario, esta "ideología del crecimiento" debería verse como el resultado de leyes poderosas que gobiernan el modo de producción capitalista, de acuerdo con el cual la competencia, la acumulación de capital y la maximización de la ganancia están en su código genético.

El imperativo de crecimiento ha sido cuestionado por la idea de decrecimiento, que emergió con la creciente preocupación por el riesgo ambiental. El decrecimiento puede ser definido brevemente como una "reducción equitativa de la producción y el consumo" de una manera beneficiosa social y ecológicamente. En yuxtaposición al imperativo de crecimiento, los teóricos y los activistas del decrecimiento argumentan que existen límites sociales específicos al crecimiento, dados por la escasez de recursos naturales, el cambio climático, la extensión de la jornada laboral, la calidad de vida y muchos otros factores. El PIB es considerado como un indicador engañoso de prosperidad, dado que soslaya un número importante de variables que no se expresan en términos monetarios y, además, ata a la sociedad a una carrera hacia el productivismo y el consumismo.

A la luz del desplome global reciente que siguió a la crisis financiera, el modelo de producción internacional ha sido disputado. Mientras los economistas lo han cuestionado principalmente en términos de los desequilibrios de la cuenta corriente global, se han incrementado las críticas provenientes del "campo del decrecimiento", aproximándose a la crisis como una oportunidad para reorientar las prioridades sociales lejos de la búsqueda del crecimiento.

Grecia ha sido el epicentro de los debates públicos en relación al impacto de la austeridad impuesta, mientras el país experimentaba una de las recesiones más profundas en los países capitalistas avanzados desde la Gran Depresión; perdió 28,1% de su PIB real desde 2008 hasta 2017, mientras que el desempleo se disparó de 7,8% a 21,5% en el mismo período (alcanzando un pico del 27,5% en 2013). La crisis económica hundió al país en una profunda crisis social, que se reflejó también a nivel político bajo la forma de una profunda crisis de representación en la que colapsaron las identidades políticas arraigadas y las afiliaciones partidarias, mientras nuevas tomaron forma.

Dado el escenario social, la pregunta fundamental es si una estrategia sostenible y deliberada de decrecimiento podría haber sido fértil. Caso contrario, como argumentamos aquí, es importante resaltar los mecanismos clave que la volvieron tan difícil. Los desafíos del decrecimiento no deberían ser considerados razones para rechazar su agenda, sino al contrario, los teóricos del decrecimiento deberían verlos como obstáculos a superar para fortalecer los cimientos de su estrategia.

Como se volverá evidente en los dos párrafos siguientes, tanto la receta política de la Troika como las alternativas de izquierda giraron en torno al eje del crecimiento y por lo tanto todo el debate público se desarrolló en torno al imperativo de crecimiento.

La estrategia adoptada por la Troika intentó promover para la economía griega una inversión y un crecimiento impulsado por las exportaciones, promoviendo la receta de devaluación interna y de reformas estructurales de los mercados de trabajo y producto, y apuntando a la tasa

>>

de intercambio real como una estrategia para promover la competitividad y poner a la economía griega en un círculo virtuoso. Los resultados, sin embargo, mostraron ser desastrosos para la vasta mayoría de los griegos.

Las vías alternativas a la política de la Troika propuestas por la izquierda fueron dobles. Por un lado, quienes proponían que Grecia debía permanecer en la Eurozona, pero que residían en el campo "anti-austeridad", propusieron un nuevo "Plan Marshall" que aumentaría la inversión pública, así como la gestión de la demanda agregada que impulsaría el consumo y la inversión privados. En combinación con una reestructuración de la deuda pública griega, esta estrategia aseguraría su sostenibilidad y generaría trabajos e ingresos mediante mecanismos keynesianos. Por otro lado, los defensores del Grexit afirmaron que adoptar una nueva moneda nacional devaluada nominalmente frente al euro, aumentaría las exportaciones y disminuiría las importaciones, lo que daría lugar a una combinación de crecimiento impulsado por las exportaciones y sustitución de importaciones, mayormente basadas en manufacturas.

El primer desafío para desarrollar una narrativa de decrecimiento sólida en Grecia proviene de la sostenibilidad de la deuda pública y su relación con el crecimiento del producto. Desde el momento en que Grecia se enfrentó con una crisis de solvencia de la deuda pública, la sostenibilidad de la deuda se convirtió en la meta de las políticas perseguidas, al menos retóricamente. Las variables clave para la sostenibilidad de la deuda pública son el equilibrio fiscal primario y la relación entre las tasas de interés de los bonos del gobierno y las tasas nominales del crecimiento del producto. Si la tasa de crecimiento nominal es menor que la tasa de interés se desencadena el llamado "efecto bola de nieve", aumentando la deuda pública, incluso con un superávit primario. El crecimiento del producto se convierte entonces en la variable más importante para la sostenibilidad de la deuda pública. Bajo circunstancias tan apremiantes, las propuestas para una estrategia de "decrecimiento" se vuelven poco atractivas.

El segundo desafío se origina en la forma financializada del capitalismo contemporáneo y se asocia con la deflación de la deuda, que atrapa a una economía en un círculo vicioso de "deuda privada-recesión." Las economías capitalistas son economías de producción de dinero, y los balances de sus unidades están interconectados a través de una compleja red financiera. En un contexto de deuda privada excesiva, una recesión aumenta el peso de la deuda, lo que lleva a una deflación de la deuda.

El tercer desafío está asociado al desempleo y a sus costos sociales concomitantes. No es necesario argumentar que una tasa de desempleo que trepó a 27,5% en 2013, cuando era de 7,8% en 2007, sacudió los cimientos de la sociedad griega y también planteó riesgos políticos significativos. Dado que el empleo tiene una fuerte correlación positiva con el crecimiento económico, la agenda de políticas de Grecia ha estado atada inevitablemente a una estrategia de crecimiento, con la presión de hacer frente al alto desempleo en tiempo político real haciendo prevalecer las trayectorias dependientes. En otras palabras, dado que no hubo preparación para una estrategia de decrecimiento que permitiera crear nuevos trabajos, el paradigma del *business as usual* (el "seguir como siempre") dominó los debates públicos, es decir, el de más crecimiento/más empleos.

El cuarto desafío proviene del hecho de que una economía necesitada de entradas de capital, como la griega durante la recesión, baja sus estándares ambientales significativamente par atraer inversiones. La nueva legislación sobre inversiones de vía rápida ha sido una validación de la tendencia anterior. Existen numerosos ejemplos de inversiones que habrían generado resistencia social antes de la crisis, pero que actualmente son consideradas legítimas socialmente. Estos incluyen los nuevos proyectos de extractivismo, como las nuevas minas de oro en Calcídica al norte de Grecia, o los contratos de exploración que ha firmado el gobierno griego con compañías de petróleo para la explotación de reservas de petróleo y gas natural en los mares Jónico y de Creta. Otro ejemplo de esta sed de crecimiento es la concesión del antiguo aeropuerto de Atenas en Elliniko, que el actual gobierno se había comprometido a convertir en un parque metropolitano, a un enorme plan de bienes raíces bajo la presión de inversionistas extranjeros y nacionales.

La naturaleza económica de los desafíos que una "agenda de decrecimiento" debe tener en cuenta no implica la aceptación del economicismo. Plantea, sin embargo, restricciones específicas que deben ser bien entendidas debido a su importancia en una "economía de crecimiento". Evitarlas como "facetas del economicismo" simplemente ignora la realidad y debilita las posibilidades para una estrategia de decrecimiento.

Al mismo tiempo, no sería justo sostener que durante la crisis en Grecia no surgieron métodos alternativos de organizar la producción o cuestionar el patrón de consumo. Al contrario, una serie de esas iniciativas nacieron, aunque a nivel local, incluyendo bancos de tiempo, jardines urbanos, redes de productos agrícolas "sin intermediarios", e incluso emprendimientos comerciales de autogestión. Aún así, estas iniciativas fueron a menudo fragmentarias y no pudieron constituir una alternativa viable, especialmente bajo las condiciones apremiantes de una profunda recesión. Contienen, sin embargo, las semillas de un contra-paradigma de organización social, que cuestiona ideológicamente la percepción dominante de necesidades sociales y las reorienta hacia la preservación ambiental y la democracia económica. Confrontan al economicismo y colocan a las necesidades sociales en el centro de los patrones de producción y de consumo. ■

Dirigir toda la correspondencia a Gabriel Sakellaridis
<Gabriel.sakellaridis@gmail.com>

> Chile:

¿del neoliberalismo a una sociedad poscrecimiento?

por **Jorge Rojas Hernández**, Universidad de Concepción, Chile

Para profundizar el cambio, se necesitan ideas tanto prácticas como utópicas. Times Up Linz/flickr. Algunos derechos reservados.

A lo largo de su relativamente corta historia, Chile ha experimentado varios regímenes económicos, sociales, culturales y políticos. Algunos gobiernos prometieron reformas o revoluciones, pero al hacerlo causaron conflictos aún más profundos. El gobierno del Frente Popular, una alianza de centro-izquierda, tomó el poder en 1938, pero no duró mucho. En 1964, Eduardo Frei Montalva ganó las elecciones presidenciales como candidato del Partido Demócrata Cristiano. Su programa de gobierno, una "Tercera Vía" como alternativa al socialismo y al capitalismo, se caracterizó por reformas estructurales y una fuerte politización de la sociedad. La meta más importante fue la reforma agraria.

De 1970 a 1973, Salvador Allende estuvo al mando, encabezando el conocido gobierno popular de la Unidad Popular, una alianza de socialistas, comunistas y otros pequeños partidos de izquierda. Nacionalizó los sectores económicos principales (la banca, agricultura, minería de cobre e industrias principales). El gobierno de Allende fue el resultado de la "Larga Marcha" a través del aparato estatal chileno para lograr más igualdad y justicia para la clase trabajadora y otros estratos pobres de la sociedad. Junto con el paradigma del progreso, sus reformas fueron parte de la concepción política emancipatoria de los sesenta. Desafortunadamente, este experimento de socialismo democrático terminó de manera dramática con un golpe de estado militar en 1973.

Junto con economistas neoliberales, la dictadura militar implementó luego una política radical de privatización. Su intención no era solo cambiar el modelo económico, sino transformar a la sociedad chilena y desarrollar un nuevo modelo social y cultural: una sociedad neoliberal y orientada al mercado, una sociedad despolitizada e individualizada, principalmente orientada al consumidor, en la cual el crecimiento y la competencia fueron establecidos como los medios "justificados" para el progreso individual y la felicidad. El Estado debía retirarse cada vez más de la economía y de sus funciones sociales. Este paradigma continuó durante el proceso de democratización de los años noventa.

Esta política de privatización e individualización necesariamente condujo a una pérdida de sentido y miedos al futuro entre amplios sectores de la población chilena. Como resultado, surgieron movimientos de protesta y civiles como la movilización de los "Pingüinos" en el 2006, un movimiento estudiantil que reclamaba educación pública de calidad. Esto fue seguido en 2011 por un movimiento estudiantil masivo que demandaba educación universitaria gratuita. Ambos movimientos dejaron su huella en los programas de gobierno subsiguientes. Estos procesos de cambio son difíciles y lentos, pero en definitiva tienen un impacto político y social positivo.

A comienzos del siglo XXI, los modelos actuales de desarrollo que buscan explicar las crisis socio-ecológicas,

>>

climáticas e institucionales parecen estar definitivamente agotados. Pero aún, en sociedades industriales, domina la racionalidad instrumental que separa la actividad humana – decididamente productiva en el Norte Global y extractiva en regiones del Sur Global – de la naturaleza, resultando en cambios profundos en los ecosistemas, el clima y la vida social. Y las nuevas ideologías neoliberales de progreso y crecimiento, alimentadas por aspiraciones de modernización y el nuevo paradigma de la globalización, cruzan ahora las fronteras ecológicas y los límites socialmente aceptables del planeta Tierra. Este proceso no se limita al territorio de Chile. Hoy estamos lejos de un sistema social ecológica y socialmente responsable y sostenible.

Los cambios introducidos violentamente por el golpe de estado en Chile son experimentados actualmente por varios países bajo la forma de un lento, pero firme proceso neoliberal de cambio vinculado a la globalización. El modelo neoliberal chileno de la década de 1980 nos mostró muy tempranamente que la externalización de la producción conduce a un entorno laboral más flexible y a la formación de un nuevo precariado. Los procesos de globalización funcionan de manera similar en la actualidad. A esto se suma el impacto de la nueva revolución tecnológica (4.0) que recién ha comenzado, con su enorme pérdida de puestos de trabajo proyectada en todo el mundo. Las crisis ambientales y el cambio climático también nos están forzando a pensar sobre cómo el trabajo se verá afectado por el daño ambiental y por los crecientes desastres causados por el cambio climático. Todos estos factores resultan en desintegración social y nuevas desigualdades. Como resultado, la insatisfacción de los ciudadanos está en aumento. Esta falta de inclusión social, visible en muchos países, amenaza actualmente a las democracias establecidas y a los derechos individuales y civiles, y puede en última instancia contribuir a la destrucción de las sociedades. Pero se están estableciendo movimientos sociales y ambientales en muchas partes del mundo – incluyendo Chile y a lo largo de Latinoamérica – que demandan no solo soluciones a problemas concretos, sino reformas más amigables para los ciudadanos en pos de un futuro mejor.

La crisis del neoliberalismo y del modelo actual de crecimiento, ¿conducen a la emergencia de nuevos modelos poscrecimiento? Las preocupantes tendencias de populismo de derechas que se observan en varios países parecen apuntar en otra dirección. Forman una fuerza opuesta a los ya iniciados procesos de transformación socio-ecológica y liberal. Pero bien podría pasar que los actuales movimientos sociales y ambientales que surgieron como respuesta a las crisis actuales así como en oposición a las políticas populistas de derechas, crezcan más fuertes y se consoliden. Por ejemplo, en las últimas elecciones presidenciales y parlamentarias en Chile participó una nueva alianza de izquierda, el *Frente Amplio*. En menos de dos años de existencia, registró 20% del voto y hoy tiene representación en el Congreso Nacional. En contraste con la izquierda tradicional, este grupo encarna nuevas concepciones de política, sociedad y naturaleza.

Sin embargo, otros fenómenos interesantes están surgiendo actualmente: Chile es hoy uno de los países líderes en el desarrollo de nuevas formas alternativas de negocio, las llamadas "*Empresas B*" ("B corporations" o "sociedad de beneficio e interés colectivo"), que son lanzadas por una joven generación de emprendedores con alta conciencia social y ecológica. Su participación en el mercado está creciendo constantemente. A esta altura, en toda Latinoamérica, existen modelos de certificación internacional adaptados que tienen en cuenta en una empresa factores como la sostenibilidad ambiental y social, el potencial de innovación y la calidad del trabajo. Este nuevo dinamismo conduce a la emergencia de nuevas culturas de trabajo y de estilos de vida.

Para fines de 2017, había 450 *Empresas B* certificadas en Latinoamérica, 130 de ellas en Chile. Son parte de un nuevo Movimiento Global B y un *Sistema B* de modelos de negocio basados en una ética socio-ecológica. Su eficiencia puede ser evaluada mediante indicadores como el bienestar público, una manera sostenible de lidiar con los ecosistemas existentes, un compromiso con el reciclaje y la bioeconomía así como con nuevas formas de cooperación. De esta forma, se consolidan *Sistemas B* nacionales y la llamada *Academia B* los apoya con investigación científica. Chile promueve actualmente este desarrollo mediante programas de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) del Ministerio de Economía, Fomento y Turismo y otros, con el objetivo de capacitar a las personas y crear trabajos calificados.

Hacia fines de 2018, más de 1.000 personas de 30 países participaron en el Primer Encuentro Mundial del Movimiento B en Puerto Montt, Puerto Varas y Frutillas en el sur de Chile. Este tipo de iniciativas son el resultado de los cambios culturales y políticos de las décadas pasadas. La generación más joven hoy aprecia por sobre todo valores como la independencia, la libertad, la democracia de base, la creatividad y la iniciativa, el respeto, la tolerancia, la solidaridad y la conciencia ecológica.

Se espera que estos nuevos enfoques sostenibles que se observan en Chile continúen ganando respaldo político y se vean reflejados en los futuros programas de gobierno e instancias políticas. ■

Dirigir toda la correspondencia a Jorge Rojas Hernández <jrojas@udec.cl>

> La sociología ecofeminista

como un nuevo análisis de clase

por **Ariel Salleh**, Universidad de Sidney, Australia y miembro de los comités de investigación de la ISA sobre Medioambiente y sociedad (RC24) y Movimientos sociales, acciones colectivas y cambio social (RC48)

Los análisis de la ecología feminista surgen de la praxis de la vida cotidiana, por lo que a menudo cuestionan premisas que los movimientos sociales, con las ideologías políticas que los encuadran verticalmente, suelen dar por sentado. Por ejemplo, durante las décadas de 1980 y 1990, las ecofeministas cuestionaron la falta de conciencia de género en la filosofía de la "ecología profunda". No se trataba de rechazar los objetivos ambientales del programa sino que, según argumentaban, la crisis planetaria tenía sus orígenes en la rápida globalización de un sistema de instituciones y valores del capitalismo patriarcal. Por este motivo, las soluciones a la crisis debían transformar "la cultura del privilegio masculinista" en que se apoyaba ese sistema. Esta controversia, conocida como el "debate ecofeminismo/ ecología profunda", se prolongó durante una década en la revista *Environmental Ethics* en los Estados Unidos. En un ejercicio similar de concientización, las teóricas del feminismo ecológico han abordado de forma crítica los estudios marxistas. En la década pasada, artículos en *Capitalism Nature Socialism*, en la revista *Journal of World-Systems Research* y en otros sitios dieron a conocer mejor el ecofeminismo como sociología crítica. Mi posición es que la coyuntura global contemporánea reclama un nuevo análisis sociológico de *clase*. Lo que sigue es, entonces, un breve resumen de la trayectoria histórica y de las afirmaciones de lo que denomino "un materialismo corporizado".

> Un materialismo corporizado

El trabajo reproductivo es la base de toda sociedad. En la experiencia práctica de tal trabajo, las madres aprenden cómo mantener los ciclos biológicos de los cuerpos que cuidan. Asimismo, los campesinos y recolectores se adaptan a los ciclos de la tierra y los regeneran. Estos trabajadores no monetarizados son en gran parte invisibilizados en la economía global, no reconocidos adecuadamente en la sociología, ni teorizados en el marxismo. Pero puede argumentarse que estos tres grupos laborales juntos – madres, campesinos y recolectores – forman una *clase* cuyo tiempo ha llegado, debido a sus habilidades materiales para permitir la vida en la Tierra.

El término "feminismo ecológico" se utiliza ampliamente para describir a las perspectivas políticas que unifican la ecología y el feminismo en una sola lucha. Surge cuando las condiciones de vida en vecindarios urbanos y comunidades rurales están en riesgo. Mujeres u hombres pueden participar en tareas de afirmación de la vida, pero dado que son principalmente las mujeres en todo el mundo las que están posicionadas socialmente como cuidadoras y cultivadoras de alimentos, son generalmente las mujeres de las comunidades quienes primero toman acciones por el ambiente. Las intervenciones de este tipo son universales, sin importar la región, clase o etnia; es decir, son excepcionalmente interseccionales.

>>

Un ejemplo de cómo la "labor meta-industrial" logra suficiencia económica con sostenibilidad ecológica. Foto: Ariel Salleh.

En todos los continentes desde la década de 1970 en adelante, las mujeres que responden al daño colateral de los modelos capitalistas de consumismo y desarrollo posteriores a la Segunda Guerra Mundial comenzaron a hacer lo que llamaron "ecofeminismo". Ya sea al oponerse a los contaminantes tóxicos, la deforestación, la energía nuclear o la agroindustria, sus políticas siempre conectaron lo "local" con lo "global". Ecofeministas alemanas como Maria Mies incluso construyeron su trabajo bastante explícitamente sobre la base del aporte socialista de Rosa Luxemburgo.

La década de 1980 vio también el rápido aumento de los "nuevos movimientos sociales" – anti armas nucleares, Black Power, Liberación de las Mujeres, derechos de los pueblos indígenas sobre sus tierras – y los marxistas acertaron en ser escépticos. La ecología radical sería cooptada por los partidos Verdes y los profesionales tecnocráticos. El feminismo fue desviado por el individualismo liberal y se convirtió en una negociación monotemática con el Estado por la igualdad de derechos. La siguiente fase del ecofeminismo siguió a la Cumbre de la Tierra de Naciones Unidas en 1992, que intensificó las políticas neocoloniales del Norte Global en nombre de la protección de la naturaleza. Un plan maestro mundial de acuerdos regionales abrió el camino para la minería comercial en suelo indígena y para el patentamiento comercial de plantas medicinales indígenas. Ecofeministas como Vandana Shiva y otras estuvieron presentes en la Cumbre de la Tierra de Rio e hicieron lo que pudieron para oponerse a estas medidas. Pronto, como documentó la socióloga peruana Ana Isla, la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático obligaría a mayores concesiones por parte de los más débiles. El siglo XX se cerró con la llamada "Batalla de Seattle", donde un levantamiento de base internacional se enfrentó a la Organización Mundial del Comercio. Este amplio "movimiento de movimientos" por una alternativa popular a la globalización celebró su primer Foro Social Mundial en 2001.

> Globalización: descolonización

La expansión del libre comercio neoliberal desmoralizó al proletariado de los estados metropolitanos al trasladar sus puestos de trabajo al exterior, hacia zonas de bajos salarios en el Sur Global, de producción para la exportación. Pero muchos en la periferia geopolítica tenía una agenda positiva – una agenda descolonizadora. En Brasil, un vigoroso Movimiento de los Sin Tierra hablaba de ecoaldeas y soberanía alimentaria. En Ecuador, las mujeres de Acción Ecológica crearon el concepto de "deuda ecológica" para describir los 500 años de saqueo colonial de los recursos naturales, el robo moderno constituido por el interés del Banco Mundial sobre los préstamos para el desarrollo, y la degradación actual de los medios de vida resultante de la economía extractivista. En la Cumbre Climática de los Pueblos en Cochabamba, en 2010, se planteó también la posibilidad de justicia con sostenibilidad, al presentar las formas andinas de provisión como alternativa al desperdicio de la vida bajo la abundancia industrial. La identificación de industrialización con progreso se puso en cuestión.

Tras el colapso financiero de 2008, jóvenes conscientes de todo el mundo comenzaron el movimiento *Occupy*, estableciendo un campamento cerca de la bolsa de valores de Wall Street para luchar contra la *clase* capitalista; en Alemania bloquearon los bancos de Frankfurt. En países del Mediterráneo aparecieron modelos alternativos basados en "valores reproductivos" de afirmación de la vida, resistiendo los programas de austeridad de la Unión Europea. Los *indignados* en España establecieron una variedad de economías vecinales autosuficientes. En Rio+20 en 2012, grupos de negocios, políticos y el Programa de Naciones Unidas para el Ambiente reforzaron su propuesta de un Green New Deal – un ejercicio de relaciones públicas para promocionar una bioeconomía basada en nanotecnología; y de nuevo, las ecofeministas los desafiaron. Más tarde, los académicos se reunirían en Leipzig y Budapest para discutir el decrecimiento, a pesar de que

>>

la visión posdesarrollo de pensadoras ecofeministas de la subsistencia como Veronika Bennholdt-Thomsen no había sido aún reconocida. Actualmente, la Fundación Rosa Luxemburgo está estudiando la convergencia del ecofeminismo con otras políticas orientadas a la comunidad como el *buen vivir* de Sudamérica, *ubuntu* de Sudáfrica y *swaraj* de la India.

Las ecofeministas tienen una prolífica bibliografía, que a menudo se enseña en las universidades y que señala cómo bajo la cultura patriarcal capitalista, los procesos de cercamiento y mercantilización de la naturaleza se replican en los cuerpos trabajadores de las mujeres. Las alusiones tradicionales a la Madre Naturaleza son mucho más que una metáfora. Como señala Greta Gaard, la ética compasiva del veganismo circula actualmente entre las redes ecofeministas y se celebran encuentros internacionales regularmente sobre cuidado animal. Las mujeres en toda África cuyos medios de vida se ven amenazados por la minería cerca de sus poblados han establecido WoMin, una red antiextractivista para el continente, que cuenta con su propio manifiesto ecofeminista sobre cambio climático. Las madres Apalaches en Estados Unidos organizan acción directa contra la remoción de la cima de las montañas por la industria del carbón. En la India, la Escuela Navdanya para la ecosuficiencia "almacena" semillas tradicionales para salvarlas del patentamiento farmacéutico. En Sichuan, China, las mujeres campesinas restauran la fertilidad del suelo reintroduciendo técnicas orgánicas centenarias. Y en Londres, amas de casa ofrecen voluntariamente su tiempo para reparar la cuenca del río Támesis después de siglos de abuso.

> Antropocentrismo: ecocentrismo

Cuando los activistas o, digamos, los sociólogos del RC48 de la ISA, no ven cómo la lógica de reproducción interconecta movimientos de ecología, de trabajadores, de mujeres e indígenas, tiene lugar una destructiva "política identitaria" monotemática en la que los derechos de un grupo se enfrentan a otro. Esta imaginación sociológica restringida es una expresión del dualismo occidental antropocéntrico entre "humanidad" y "naturaleza", un "sentido común" tradicional que se reactualiza con la socialización de cada nueva generación.

Desafortunadamente, las ruedas de la globalización aún están aceitadas por la jerarquía aristotélica "scala naturae", un antiguo razonamiento discursivo que coloca a dioses, reyes y hombres en la cima de la vida social, con poder sobre subordinados como mujeres, nativos y naturaleza. El antiguo mantra aristotélico ha estructurado la dirección de la historia de modo que a lo largo de los siglos, las mujeres y los esclavos conquistados se convirtieran en objetos. Las instituciones eurocéntricas, desde la religión y el derecho hasta la economía y la ciencia, fueron diseñadas para servir al "privilegio masculinista" – actualmente la posición por defecto de liberales y socialistas a nivel internacional. Tal como observa Caroline Merchant, historiadora de la ciencia ecofeminista, la razón de la Ilustración conceptualizó a los cuerpos y a la naturaleza como máquinas con partes a ser controladas por fórmulas matemáticas. Esta cultura alienada de la vida es indispensable para el funcionamiento del capitalismo y es sostenida en sociología por algunos modernistas ecológicos del RC24 de la ISA quienes creen que la innovación tecnológica puede salvar al ambiente. Sin embargo, el futuro automatizado no se "desmaterializará" fácilmente en sostenibilidad o justicia. Así también, expresiones como la economía circular o la transvaloración del trabajo de cuidado por economistas feministas son reabsorbidas por la lógica del capital.

En tiempos de crisis ecológica, necesitamos poder pensar dentro de un marco ecocéntrico. Cuando esto plantea un desafío a los profesores de sociología, los estudiantes más radicalizados pueden a veces terminar dirigiéndose hacia la ecología política o incluso la geografía humana. Pero los profesionales modernistas pueden aprender mucho del ecocentrismo de las epistemologías indígenas y de los análisis basados en las experiencias de las mujeres en el trabajo de cuidado orgánico.

El discurso de "humanidad" *versus* "naturaleza" ha impedido a la izquierda y, particularmente a las feministas posmodernas, tomar seriamente a esta fuerza de trabajo reproductivo marginalizado como un actor político. La acusación usual de la izquierda es que las ecofeministas atribuyen las perspectivas políticas de las mujeres a una "esencia femenina" innata – lo cual no tiene sentido. La fuente de las percepciones ecofeministas no es ni la encarnación biológica ni las estructuras económicas, ni tampoco las costumbres culturales, aunque todas estas cosas influyen en la acción humana. Más bien, una epistemología ecofeminista se basa en el trabajo: en la creación y reconstrucción de saberes y habilidades mediante la interacción con el mundo material viviente. Las personas que trabajan autónomamente, fuera de rutinas industriales entumecedoras – cuidadores, campesinos, recolectores – están en contacto con todas sus capacidades sensoriales y pueden construir más agudamente modelos resonantes de cómo una cosa se relaciona con otra.

> Trabajo regenerativo

Esta *clase* trabajadora ecocéntrica tiene un marco temporal intergeneracional, y es por lo tanto intrínsecamente precavida. La pequeña escala permite un contacto íntimo, maximizando la capacidad de respuesta de los trabajadores a las transferencias de materia-energía en la naturaleza o en los cuerpos humanos como naturaleza. El juicio se basa en una destreza construida por prueba y error mediante una evaluación, que dura toda la vida, del ecosistema o la salud corporal. Las diversas necesidades de las especies o grupos etarios son equilibradas y recon-

>>

ciliadas. Cuando las economías domésticas y del sustento ponen en práctica la resolución de problemas de forma sinérgica, la toma de decisiones a partir de criterios múltiples se vuelve una cuestión de sentido común. Cuando no existe división entre habilidades mentales y manuales, la responsabilidad es transparente; el producto del trabajo no se encuentra enajenado del trabajador como en el capitalismo, sino que se disfruta al compartirse con otros. Aquí la lógica lineal de producción da paso a una lógica circular de reproducción. De hecho, el aprovisionamiento social de esta forma es a la vez ciencia vernácula y acción política directa.

El feminismo ecológico postula una política sinérgica, fomentando medios de vida, trabajos calificados, solidaridad, autonomía cultural, conciencia de género, aprendizaje, empoderamiento y renovación espiritual. Un ejemplo actual puede encontrarse en Ecuador entre las madres y abuelas de las montañas de Nabon devastadas por el desarrollo. Con visión y creatividad, estas mujeres autogobernadas lograron el control de la erosión, la extracción de agua, la fertilidad del suelo y la soberanía alimentaria mediante la plantación para restaurar las antiguas cuencas y corrientes de agua. Con esto, también han hecho su parte por luchar contra la crisis climática global. Asimismo, el sindicato internacional de campesinos Via Campesina insiste en que "nuestro abastecimiento a pequeña escala enfría la Tierra."

El trabajo reproductivo crea "formas de saber" relacionales que contrarrestan la violencia mecanicista de la razón instrumental occidental. A menos que la política radical sea liderada por el trabajo de cuidado, volverá a caer fácilmente en el tipo de Ilustración que trata a la Tierra y su gente como un recurso infinito para la economía de crecimiento. Mientras que la razón lineal de la industria moderna desgarra el metabolismo de la naturaleza y deja atrás desorden y entropía, los meta-industriales que nutren los procesos de vida desarrollan epistemologías tácitas que expresan una forma alternativa de creatividad humana. Tal trabajo, apropiado libremente por el capital tanto desde sus periferias doméstica como geográfica, es de hecho un prerrequisito del modo de producción capitalista. Es decir, esta única *clase* de trabajadores existe "dentro del capitalismo" cuando su actividad subsidia el valor de plusvalía; pero el abastecimiento reproductivo también existe "fuera del capitalismo", suficiente para sí mismo. Mi término "meta" implica un marco fundamental, que mantiene las actividades subsidiarias en su lugar.

Las economías ecosuficientes no externalizan costos mediante la explotación de los cuerpos de otros, ni externalizan la basura en forma de "contaminación". Esta capacidad laboral regenerativa es indispensable para un futuro global sostenible, siendo destacable que ya la practican la mayoría de los trabajadores del mundo. Este reconocimiento otorga gran poder estratégico a la *clase* meta-industrial como actor histórico en la arena política internacional. La preocupación socialista clásica sobre las "relaciones de producción" explotadoras – que ha tenido una importancia crítica – dejó de lado la preocupación sobre las "relaciones de reproducción" opresivas. Dicho esto, existen pasajes en los escritos de Marx que bien podrían haber descrito la "*clase* trabajadora meta-industrial," si su enfoque humanista hubiera sido menos estrechamente patriarcal y eurocéntrico. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ariel Salleh <ariel.salleh@sydney.edu.au>

> Brasil, 2018:

la derechización de las clases medias

por **Lena Lavinas**, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil, y **Guilherme Leite Gonçalves**, Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil

Desde febrero de 2018, la fuerte presencia militar y policial se ha vuelto una parte normal de la vida en las calles de Río de Janeiro. Foto: EBC - Empresa Brasil de Comunicação/Agência Brasil. Creative Commons.

En América Latina, la década de 1980 marcó el fin de las dictaduras militares que habían reprimido por años las fuerzas de cambio social. Si bien las transiciones a la democracia expandieron el alcance formal de la ciudadanía, estuvieron también marcadas por crisis económicas y pactos entre élites.

La *lenta*, *gradual* y *segura* transición brasileña, liderada por el penúltimo presidente militar, Ernesto Geisel, encerraba estas contradicciones. La Ley de Amnistía fue un acuerdo alcanzado entre los líderes políticos y económicos, y las fuerzas armadas, excluyendo a las víctimas de tortura y a las familias de los desaparecidos. En países como Argentina, Bolivia, Chile, Guatemala, Perú y Uruguay, se derogaron acuerdos similares, que llevaron al encarcelamiento de los torturadores incluyendo, en algunos casos, a quienes fueran cabeza de Estado. En Brasil la Comisión de la Verdad (2011-14) intentó consagrar la memoria sobre la violencia estatal, pero sus recomendaciones nunca se llevaron adelante.

Con sus limitaciones, la redemocratización en Brasil dio espacio a una mayor participación política. Las clases medias cumplieron un papel fun-

>>

damental en la reorganización de la sociedad civil y en la lucha por políticas antirracistas y feministas. Su participación también fue crucial durante la Asamblea Constituyente de 1987 y en las decisivas elecciones que siguieron a la caída de la dictadura.

En 1989 las clases medias apoyaron al candidato presidencial del Partido de los Trabajadores (PT), Luís Inácio Lula da Silva, mientras que el candidato victorioso, Fernando Collor de Mello, representaba la continuidad de las élites beneficiadas por el régimen militar. Cuando en 1992 se hicieron públicas las denuncias de corrupción contra Collor, los sectores de clase media se movilizaron en favor de un *impeachment* contra el primer presidente neoliberal de Brasil.

En la década de 1990 las clases medias siguieron apoyando a Lula, quien perdió contra Fernando Henrique Cardoso en 1994 y en 1998. En 1994 Lula cosechó la mayor parte de sus votos entre quienes ganaban entre dos y diez veces el salario mínimo, y entre los votantes más educados. Por su parte, el mayor apoyo a Cardoso provenía de ambos extremos del rango de ingresos. En 1998 Cardoso captó la mayoría en todos los grupos de ingreso, logrando un apoyo especialmente alto entre los menos educados. Mientras tanto, Lula volvió a tener buenos resultados entre los más educados.

La era de Cardoso se caracterizó por políticas de estabilidad monetaria, privatización acelerada y austeridad fiscal, sumergiendo a Brasil en una recesión. Las profundas reestructuraciones económicas pusieron a las clases medias en aprietos, presionadas por la reducción de las ocupaciones tradicionales, el debilitamiento del modelo de substitución de importaciones (que había ampliado los puestos de trabajo técnicos y burocráticos), las pérdidas salariales y la falta de buenas oportunidades laborales.

La pérdida de status social se expresó en el apoyo de las clases medias a Lula en las elecciones del 2002, que con sus votos llevaron al poder al primer trabajador en llegar a la presidencia de Brasil. Para el 2006 este apoyo había comenzado a menguar. La tendencia negativa se volvió aún más fuerte en 2010 y en 2014, cuando la candidata (ganadora en ambas elecciones) fue Dilma Rousseff. Lentamente, aunque sin lugar a dudas, los votantes de clase media se volcaron hacia las derechas.

> La expansión pro mercado en la era de Lula y Dilma

Lula asumió la presidencia en el 2003, en plena desaceleración de la economía y reducción del crecimiento, a pesar de la estabilidad monetaria lograda por el "Plano Real". La muy elogiada victoria nacional contra la inflación no había logrado reducir la pobreza ni las desigualdades, ni promover la movilidad social ascendente para la clase media.

La recuperación económica durante el primer mandato de Lula (2003-06) se hizo aún más robusta durante su segundo mandato (2007-10). Inicialmente, el boom en los precios de los *commodities* favoreció las exportaciones e impulsó el crecimiento. Durante estos años se registró una expansión significativa del empleo formal y un aumento en los ingresos promedio. El salario mínimo experimentó una suba real de más del 70%, muy por encima de la inflación.

De forma paralela, los programas de lucha contra la pobreza garantizaron un ingreso modesto, pero constante, para 14 millones de familias. El acceso a nuevas líneas de crédito también posibilitó un extraordinario proceso de inclusión financiera. El éxito del mundialmente famoso programa "Bolsa Família" provino justamente del fuerte aumento en el grado de monetización de los sectores más vulnerables de la sociedad, que se incorporaron así al mercado de consumo masivo.

Al mismo tiempo, avanzaron los procesos de privatización. En materia de salud, junto con el desfinanciamiento del sistema de atención pública, se registró un aumento impresionante en la demanda de planes privados. En educación superior, se dio una creciente migración desde las instituciones públicas hacia las privadas: para el 2015 el 75% de los estudiantes se encontraba en el sector privado. Las cifras de las deudas contraídas por los estudiantes son elocuentes: el 51% se encuentra en default (por una suma total de alrededor de 5 mil millones de dólares) y de éstos, la mitad no cuenta con recursos para ponerse al día.

La sobrevaloración del real llevó a un récord en las importaciones de bienes manufacturados, debilitando finalmente la recuperación de la actividad industrial. Uno de los legados del Partido de los Trabajadores ha sido la renovada centralidad del sector primario, estimulada no sólo por la mayor demanda global de materias primas, sino también por la fuerte alianza de la coalición de gobierno con el agronegocio.

El crecimiento económico comenzó a menguar en el primer año de la administración de Dilma (2011). Las calles comenzaron a hacerse eco de la insatisfacción de las "nuevas clases medias" – un término creado para sugerir el fin de los obstáculos a la movilidad social, permitiendo a sectores de bajos ingresos consumir como las clases medias. Luego llegó junio del 2013, un movimiento de masas espontáneo que demandaba mejoras en transporte público, salud, educación y vivienda.

Para comprender mejor este proceso, debemos recordar que mientras crecían los ingresos y caían los precios de los bienes manufacturados entre el 2006 y el 2013, los gastos en educación, salud y servicios de cuidado para niños o adultos mayores superaron ampliamente a la inflación y a los salarios promedio. Mientras los créditos accesibles, aunque caros, satisfacían los sueños de consumo, fueron cada vez más los que

>>

cayeron presos de un endeudamiento de pesadilla, tragándose buena parte del presupuesto familiar. Hoy en día unos 63 millones de adultos en Brasil se encuentran en *default* respecto al sector financiero.

> La clase media y la extrema derecha

Tapadas de deudas, las clases medias se desilusionaron con las contradicciones de las sucesivas etapas de expansión pro mercado que siguieron a la redemocratización. Junto con la despolitización que caracterizó a la etapa de mayor crecimiento, esto las ubicó en una posición contradictoria y volátil respecto a las plataformas políticas, exponiéndolas a ser cooptadas por el discurso de la extrema derecha.

El primer elemento de este discurso es un llamado al retorno de la dictadura militar, considerada como un mejor momento en la historia brasileña. Esta idea se alimenta de una política de silencio en torno a la violencia estatal de este período, fruto del pacto de élite que acompañó a la redemocratización.

La extrema derecha ha recuperado también las tensiones sociales modelándolas en clave nacionalista, machista y discriminatoria en términos étnicos y raciales. Logra así interpelar a las clases medias en sus inseguridades, señalando supuestos enemigos como responsables por el estado de la sociedad: las izquierdas, las mujeres, los homosexuales, los negros, los pueblos indígenas y todos aquellos que han alcanzado un status socio-político que había estado hasta entonces fuera de su alcance. Oprimiendo a estos "otros", se busca mantener la posición privilegiada de aquellos que han sido degradados socialmente por el mercado. En esto también es crucial la forma en que la extrema derecha alimenta la decepción de las clases medias con los gobiernos de Lula y Dilma: el "antipetismo" (anti-PT) es la destilación de la frustración política y económica en el odio personal y la violencia.

El discurso de odio de las derechas se apoya en la naturalización de la violencia contra los pobres y la clase trabajadora como política de Estado, arrojando números brutales: desde la intervención militar en Río de Janeiro en febrero de 2018, el ejército o la policía han matado a una persona cada seis horas. Las víctimas son varones jóvenes negros que viven en las favelas. El llamado a enfrentar la violencia con más violencia, a pesar de la evidente ineficacia de este tipo de estrategias, se ha vuelto un común denominador de los sectores medios, que ven en la inseguridad urbana una falta de autoridad estatal que debe ser resuelta, sin importar el costo.

En las últimas elecciones, el candidato de extrema derecha, el ex capitán del ejército Jair Bolsonaro, consiguió su victoria dominando el electorado de altos ingresos y de clase media con título secundario o universitario. Por su parte Fernando Haddad, el candidato del Partido de los Trabajadores, contó con el apoyo de los más pobres y menos educados. Este dato revela cuánto se han invertido las posiciones en el tablero electoral. Hoy en día podemos además advertir la emergencia de dos fenómenos similares en la escena política brasileña que tienen mucho que ver uno con el otro. El primero es el alto nivel de apoyo logrado por Bolsonaro en todos los segmentos sociales. El segundo comprende el aumento de la indiferencia y el desdén hacia las reglas democráticas entre las mismas clases que fueron vitales para la redemocratización de Brasil. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Lena Lavinas <lenalavinas@gmail.com>
Guilherme Leite Gonçalves <lguilherme.leite@uerj.br>

> Populismo, identidad y mercado

por **Ayşe Buğra**, Universidad del Bósforo, Turquía

La reciente crisis monetaria en Turquía muestra cómo violar la ley para salvar la autonomía del banco central puede causar un grave daño a la economía. Foto: Ayşe Buğra.

Desde la década de 1990, el populismo ha sido un concepto ampliamente utilizado para designar a un nuevo tipo de ideología no liberal que caracteriza a ciertos partidos políticos y a sus líderes en una gran variedad de países. La pretensión moral de una representación exclusiva, por la que se puede negar legitimidad a toda oposición, parece ser una de sus características fundamentales, dando pie a la perturbadora constatación de que un gobierno elegido democráticamente puede representar una amenaza para la democracia. Sin embargo, la amenaza en cuestión puede no ser fácilmente identificable en el discurso y la orientación política de un partido populista cuando llega al poder por primera vez; los rasgos que generalmente se le atribuyen, suelen tomar forma en un proceso dinámico de alejamiento gradual de las normas e instituciones de la democracia representativa. Se puede sugerir, por lo tanto, que para comprender la naturaleza del populismo, se lo debe abordar como un proceso más que como una ideología ya definida.

> El proceso del populismo de derechas en Turquía

Cuando el AKP (sigla en turco para Partido de la Justicia y el Desarrollo) llegó al poder en Turquía en el 2002, "democracia conservadora" fue el término utilizado por sus líderes para describir su posición ideológica, en un intento de despejar preocupaciones por su pasado islámico. En verdad, sus fundadores se habían formado políticamente dentro del Movimiento Islámico de Visión Nacional ("Milli Görüs" en turco), y la mayoría de ellos habían ocupado cargos importantes dentro de la coalición de gobierno liderada por el RP (Partido de la Prosperidad), disuelto en 1997 por su orientación anti secular. Aun así, la afirmación de los líderes del AKP según la cual el partido había dejado atrás sus posiciones islamistas resultó convincente para muchas personas, dentro y fuera del país. Las expresiones de compromiso con una estrategia económica orientada al mercado también fueron tranquilizadoras para aquellos que estaban dispuestos a aceptar al AKP como un partido de derechas normal.

Hoy en día el AKP y su líder, Erdoğan, se han vuelto un ejemplo prominente en los debates sobre la amenaza del populismo para la democracia. El cambio de percepción se relaciona menos con el despliegue de una agenda islamista oculta que con las tendencias ya presentes a polarizar la sociedad. Tendencias que surgieron inicialmente como un argumento defensivo contra una oposición presentada como un conjunto de fuerzas seculares autoritarias, ajenas al universo cultural de la nación y hostiles a un gobierno elegido por la mayoría.

El AKP, como el RP en la década de 1990, ha recurrido con frecuencia al lenguaje de las políticas de reconocimiento para insistir en la posición desventajosa de las mayorías musulmanas en un país de gobierno repu-

>>

Foto: Ayşe Buğra.

blicano secular. Se trató, en realidad, de un caso de populistas victoriosos actuando como víctimas que presentan a la mayoría como una minoría agraviada, como explica Jan-Werner Müller en su libro *¿Qué es el populismo?* Sin embargo, en el ambiente prevaleciente de la época, en el que las políticas identitarias eran ampliamente aceptadas a ambos lados de la división entre izquierdas y derechas, algunos interpretaron este elemento del discurso del AKP como una apelación democrática al reconocimiento de las diferencias culturales contra el problemático universalismo de la perspectiva secularista. Además, el acercamiento del AKP a las políticas identitarias incluía también a las minorías étnicas, prometiendo reconocer y respetar sus particularidades culturales hasta entonces negadas, al menos en un nivel discursivo. Esto permitió al partido, por un tiempo, ganar el apoyo de diferentes segmentos de la población, incluyendo intelectuales liberales de izquierdas y algunos ciudadanos kurdos.

Tuvo que pasar más de una década desde la formación del primer gobierno del AKP para que los problemas inherentes al enfoque del partido sobre las diferencias entre grupos se hicieran visibles. Aunque el reconocimiento de la diferencia cultural se presentara como un principio de justicia central, la cuestión de la representación justa fue subsumida al monopolio legítimo del partido electo o su líder por sobre la representación política de todos los grupos.

> El uso de la política identitaria por las derechas

A la luz de los recientes desarrollos políticos en Turquía, la pregunta formulada por Sheri Berman cobra una especial relevancia: "¿Por qué las políticas identitarias benefician más a las derechas que a las izquierdas?" Como ya advertía Eric Hobsbawn en un artículo publicado en 1996 en The *New Left Review*, el nacionalismo es la única forma de política identitaria que se basa en un llamamiento común a la mayoría de los ciudadanos y "la derecha, especialmente cuando está en el poder, siempre ha intentado monopolizarlo". En el caso del AKP, el exitoso uso del lenguaje de las políticas identitarias ha finalmente cristalizado en una forma de nacionalismo en el que los partidos de oposición son presentados como una amenaza a los intereses nacionales. Podemos encontrar ejemplos de ello en los discursos de la campaña electoral antes de las elecciones generales de 2015.

Junto con el cambio discursivo desde la afirmación de la diferencia cultural al lenguaje nacionalista, se dieron también importantes cambios institucionales luego de tres referéndums realizados en 2007, 2010 y 2017. En verdad, el caso de Turquía muestra cómo la actual era de populismos es también la era de los referéndums como forma de decisión política. El crecimiento actual de ambos fenómenos a escala global puede ser interpretado como un reflejo de un descontento popular generalizado con la democracia representativa. Despiertan, por lo tanto, preocupaciones similares en los círculos liberales sobre estas formas de soberanía popular que no se ven reguladas por un sistema de controles y equilibrios. En Turquía los referéndums han cumplido un papel realmente significativo en la eliminación gradual de las restricciones burocráticas y legales del ejecutivo, y finalmente en el establecimiento de un sistema presidencial en el que el presidente electo goza de inmensos poderes de decisión.

Curiosamente, la inserción de Turquía en la economía de mercado global se mantiene como un factor importante que limita el uso del poder de decisión absoluto por parte del gobernante electo. La reciente crisis cambiaria en Turquía fue un ejemplo del modo en que la violación del estado de derecho y la falta de respeto por la autonomía del banco central llevaron a la erosión de la confianza de los inversores, causando graves daños a la economía. En la medida en que se vuelve evidente que no se puede gestionar la crisis mediante la mera repetición de acusaciones a las fuerzas que conspiran contra la nación, los políticos populistas autoritarios pueden verse obligados a reconocer que su gobierno puede entrar en conflicto con el buen funcionamiento de una economía de mercado. Queda por verse qué tipo de transformaciones podremos esperar en los ámbitos de la política y de la economía política. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ayşe Buğra
<bugray@boun.edu.tr>

> En América Latina, el interés individual por sobre el bienestar social

por **Ramiro Carlos Humberto Caggiano Blanco**, Universidad de San Pablo, Brasil, y **Natalia Teresa Berti**, Universidad del Rosario, Colombia

Protestas en Argentina. Foto: Ramiro Carlos Humberto Caggiano Blanco.

El boom de los *commodities* en la década del 2000 permitió a los gobiernos de Argentina y Brasil adoptar políticas que combinaban reindustrialización con integración social. Estos gobiernos renacionalizaron empresas estratégicas, (re)regularon parcialmente el mercado laboral, promovieron un ingreso mínimo, fortalecieron la educación pública y generaron préstamos hipotecarios, entre otras medidas que permitieron el crecimiento de las clases medias y la superación de la pobreza para amplios segmentos de la población. Sin embargo, la recuperación económica y la atracción de importantes flujos de inversión mantuvieron el carácter altamente concentrado de estas economías. La crisis del 2008 hizo evidente la fragilidad de los privilegios alcanzados por las clases medias. El mismo año fue testigo de la emergencia de los reclamos autoritarios y excluyentes de los *cacerolazos* en Argentina y de los *paneleiros* en Brasil, que jugaron un rol importante en la pérdida de apoyo de Cristina Fernández de Kirchner y Dilma Rousseff, dando pie al posterior ascenso de gobiernos populistas de derechas.

En marzo de 2008 los grupos vinculados a la exportación de granos en Argentina iniciaron una serie de protestas y cortes de ruta para enfrentar una nueva modalidad impositiva que apuntaba a equilibrar el desbalance entre un sector agrario altamente competitivo y las distintas industrias rezagadas tecnológicamente. La duración y amplia aceptación del paro en las áreas rurales, llevaron a algunos centros urbanos al borde del desabastecimiento.

Este fue el comienzo de una serie de protestas "autoconvocadas" protagonizadas por sectores de las clases medias y altas de Buenos Aires, que al son de las cacerolas se expandieron a otras ciudades. Para el 2012 se habían vuelto masivas, pero luego fueron gradualmente perdiendo fuerza. Estas manifestaciones, conocidas como #13S #8N #18A #8A #13N y #18F[1], agrupaban reclamos diversos – corrupción y falta de libertad, fin de la asignación universal por hijo, etc. – que se expresaban con cantos y carteles agresivos contra la presidenta y el partido gobernante.

En el caso de Brasil, en mayo y junio del 2013 las movilizaciones a favor de la gratuidad del transporte público cambiaron su foco y se convirtieron en una protesta de las clases medias contra la Copa Mundial y la precariedad de los servicios públicos. En 2015 y 2016, las protestas llegaron a casi todas las grandes ciudades brasileñas, cambiando de carácter y adoptando un tono claramente agresivo tanto contra la presidenta Dilma Rousseff y el Partido de los Trabajadores como contra las políticas socia-

>>

les impulsadas desde el 2002. Estas manifestaciones combinaban la defensa del *impeachment*, posiciones fascistizantes de regeneración de la dictadura, y hostilidad pública contra la izquierda. Numerosos grupos pedían directamente una "intervención militar ya."

Las clases medias y altas se manifestaban contra el acortamiento de la distancia social que ambos gobiernos estaban intentando lograr a través de políticas anticíclicas y la regulación del mercado laboral. Los pequeños y medianos empresarios rechazaban el empoderamiento de los trabajadores, mientras que las clases asalariadas se negaban a perder el privilegio de tener empleadas domésticas sin registrar. Al mismo tiempo, asociaban la política social con la corrupción de los individuos y del Estado. Apelando a la "teoría de la meritocracia", normalizaban las desigualdades sociales y legitimaban la pobreza como un fracaso personal resultado de la pereza o de la falta de habilidades. Este planteo va de la mano con la "teología de la prosperidad" a través de la cual las iglesias pentecostales afirman que el esfuerzo es compensado económicamente por Dios, así como con los discursos del "emprendedurismo".

Este descontento, que comenzó como una condena implacable, maniquea y selectiva de la corrupción – contra el kirchnerismo en Argentina y el petismo (Partido de los Trabajadores) en Brasil – entendida como un síntoma de la "desviación de carácter" de sus líderes, se volvió un terreno fértil para distintos tipos de teorías fundamentalistas. Al mismo tiempo, se mantuvo una visión parcial sobre quiénes estaban efectivamente involucrados en casos de corrupción, sin cuestionar su carácter estructural en ambas sociedades.

Se puede definir al fundamentalismo por la percepción de que existe una verdad revelada que invalida toda posibilidad de debate. El fundamentalismo anticomunista renació en Argentina y Brasil bajo el disfraz del *antichavismo*. Hoy en día la amenaza es la "venezuelización" y el "bolivarianismo" en general, entendidos como cualquier intento de derribar las bases del "capitalismo occidental" y de la "familia tradicional". Los fundamentalistas anticomunistas se oponen a la reducción de las desigualdades sociales y de género, lo que se traduce en odio contra pobres, feministas, gays y negros en Brasil y *villeros* en Argentina, todos ellos acusados de ser incompetentes, ignorantes o venales.

Esto abrió las puertas a la popularización de la ideología ultraliberal, heredada de la escuela austríaca, la que como explica el investigador social brasileño Carapanã, se basa en dos pilares: el "Estado mínimo" y el *pacta sunt servanda* según el cual todos los derechos se reducen a lo que se acuerde "libremente" entre las partes. A partir de allí, se establece una dicotomía simplista *sui generis* que se traduce en: izquierda-Estado-coerción versus derecha-mercado-libertad. La primera secuencia representa a la "igualdad" como una amenaza, mientras que la segunda resignifica el concepto de libertad como "ausencia del Estado".

La segunda etapa en la construcción del populismo de derechas es el matrimonio por conveniencia entre el ultraliberalismo y el cristianismo fundamentalista, en todas sus versiones. El ataque al Estado es un punto de referencia común, ya que mientras "limita el alcance de la libertad", reduce la autoridad patriarcal a través de la intervención pública, incluso en la educación privada. La alianza entre ONGs defensoras del ultraliberalismo y las iglesias neopentecostales se tradujo en Argentina y Brasil en una mezcla de ataques contra la política social y la injerencia estatal en la economía, condenas a la "ideología de género" y acusaciones contra el "adoctrinamiento de estudiantes" por parte de los maestros en las escuelas.

Según la socióloga brasileña Camila Rocha, el éxito de la instauración de un régimen subjetivo de odio, que impide toda posibilidad de análisis y de diálogo democrático, se puede explicar por la eficaz utilización de nuevas herramientas tecnológicas, el creciente espacio concedido por los medios hegemónicos a tales ideas, y la infiltración capilar de diferentes instancias políticas tradicionales como las ONGs y los partidos políticos. Así, se logró consenso contra las luchas que parecían haberse superado con el retorno democrático en ambos países (Argentina en 1983, Brasil en 1986): la lucha por los derechos humanos y contra la desigualdad social. Este consenso fue instalado en ambas sociedades con una elevada dosis de voluntarismo, postulados falsos, simplificaciones falaces e interminables *fake news*. ■

[1] Respectivamente: 13 de septiembre y 8 de noviembre de 2012, 18 de abril, 8 de agosto y 13 de noviembre de 2013, y 18 de febrero de 2014.

Dirigir toda la correspondencia a:
Humberto Caggiano Blanco
<ramirocaggianob@gmail.com>
Natalia Teresa Berti
<natalia.berti@urosario.edu.co>

> ¿El nacionalismo radical como nueva contracultura en Polonia?

por **Justyna Kajta**, Universidad de Breslavia, Polonia

Marcha del Día de la Independencia organizada por grupos nacionalistas en Varsovia, Polonia, 2011. Wikipedia, Creative Commons.

El creciente apoyo a los partidos nacionalistas y populistas de derechas ha preocupado a los sociólogos y políticos democráticos en muchos países en los últimos años. En Polonia, las organizaciones nacionalistas radicales se han vuelto más visibles desde 2015, cuando el partido conservador de derecha Ley y Justicia (PiS) ganó las elecciones parlamentarias. Se puede observar un incremento similar de los discursos nacionalistas en países de toda Europa y en otras partes, donde los partidos populistas de derechas radicales atraen votos movilizando temas como la migración y la soberanía.

¿Qué significa actualmente el nacionalismo radical en Polonia? ¿Qué significa pelear por la "Gran Polonia"? Para responder estas preguntas realicé una investigación con miembros de organizaciones nacionalistas en Polonia. Llevé a cabo entrevistas narrativas biográficas para rastrear sus recorridos biográficos hacia estas organizaciones así como sus motivos y visiones del mundo.

Observando las formas en las que los nacionalistas se describen a sí mismos y a su actividad, podemos ver cuatro categorías discursivas principales. En primer lugar, se ven a sí mismos como educadores de nuevas generaciones de patriotas, quienes conocen la historia polaca y promueven la versión política correcta de la misma. En segundo lugar, son defensores/ (re)creadores de la identidad polaca, basada estrictamente en la tradición y los valores católicos. En tercer lugar, los nacionalistas son activistas antisistémicos que resisten al "sistema", entendido a grandes rasgos como la Unión Europea, la clase política, las políticas pos-1989 y los medios de comunicación liberales. En cuarto lugar, se presentan como ciudadanos involucrados social y políticamente que – en contraste con la mayoría de la sociedad polaca – se preocupan y están atentos ante posibles amenazas.

Basado en el análisis de sus narrativas y de los materiales publicados en los sitios web de sus organizaciones, puede decirse que el movimiento nacionalista contemporáneo en Polonia es un movimiento social de reacción contra el posmodernismo que resiste al liberalismo y regresa a la tradición. Puede verse como un particular tipo de contracultura: antiliberal (basado en el – sentido – predominio del discurso y la política liberal de izquierda), antisistema, anti-Unión Europea, antiheterogeneidad. Mientras la contracultura de la década de 1960 se basaba en consignas progresistas, lo que observamos ahora es el (imposible) giro hacia el pasado, difícil de imaginar considerando todos los cambios que han sucedido desde entonces. Lo que hace a esta contracultura aún más peculiar es el hecho de que el gobierno (PiS) parece ser

>>

parte de ella. Otro problema es su incapacidad para definir con precisión el período del pasado/orden tradicional al cual busca retornar: el pasado funciona como un tipo de concepto abstracto más que como un punto de referencia específico. El movimiento nacionalista contemporáneo es también un movimiento antisistémico que cuestiona a la clase política y a la falta de una transformación profunda real después de 1989 (incluyendo la falta de descomunización y la fácil transición de élites políticas en élites nacionales). Los participantes del movimiento están conectados por la cultura, la identidad y la política más que por la economía. Comparten (1) un sentimiento de amenaza a los valores (nación, religión, familia tradicional, historia) que consideran ser los fundamentos de la civilización europea y polaca; (2) la convicción de que la escena política está llena de hipocresía; y (3) la convicción de que la nación polaca tiene soberanía limitada.

La realidad es vista en términos de fuertes dicotomías: en el nivel más general, el mundo se divide en "bueno" y "malo" (véase el esquema más abajo). Del lado de "lo bueno" están los valores más importantes para las organizaciones: civilización europea, religión (cristianismo), nación y familia. Los valores son descritos en referencia a la tradición, la comunidad y el orden moral. Son considerados originarios, naturales, eternos y, por lo tanto, reales. Adicionalmente, podemos observar dos pares inseparables de categorías – (1) nación polaca y fe católica, y (2) civilización europea y cristianismo – que ilustran la centralidad de la religión en el nacionalismo polaco. Lo que domina en el lado de "lo malo" es el liberalismo, que es visto como contrario a la cosmovisión tradicional, y que se identifica con (entre otros) la Unión Europea. Junto con el materialismo, el relativismo y el igualitarismo, el liberalismo destruye el orden anterior y conduce a la desintegración de la comunidad. Contrario a las "buenas" categorías, las "malas" son inventadas y "forzadas" por poderes/grupos externos. En tal realidad, la clase política, la Unión Europea, los homosexuales y los refugiados se convierten en los enemigos principales. Personifican las características y los fenómenos considerados dañinos, porque amenazan la visión de una nación homogénea, cohesionada y soberana.

El nacionalismo radical se basa en dos emociones destacadas: incertidumbre y orgullo. Considerando los cambios en curso en los contextos político, económico y cultural a nivel nacional, europeo y global, la incertidumbre es un sentimiento común y compartido, y por sí mismo no es una condición suficiente para volverse nacionalista. Sin embargo, el discurso nacionalista radical vinculado a la visión dicotómica del mundo puede parecer una respuesta a los problemas cotidianos, incluyendo aquellos conectados con las dificultades de

La visión dicotómica de la realidad en el discurso del movimiento nacionalista

LO BUENO Tradición, comunidad y orden	LO MALO liberalismo, egoísmo y degeneración
Civilización europea (real, eterna, tradiciones arraigadas)	***Democracia liberal*** (UE percibida como un régimen, totalitarismo, hostilidad, carácter ajeno, falsedad, peligro)
Valores cristianos eternos (fe católica, fuente de la moralidad, carácter natural)	***Ideología de los derechos humanos de la Ilustración y relativismo*** (carácter artificial, falta de verdad objetiva)
Comunidad nacional (un todo orgánico, jerarquía, libertad, soberanía, orden)	***Caos del cosmopolitismo e igualitarismo*** (materialismo, igualitarismo mitificado/inventado, desintegración de la comunidad y del orden)
Familia tradicional (salud, comunidad)	***Modelo de relaciones de las izquierdas/ los liberales*** (políticos, medios de comunicación, feministas, lobby homosexual; enfermedad, degeneración, carácter nocivo)

Fuente: Análisis de 30 entrevistas narrativas biográficas con representantes de las organizaciones Juventud de Toda Polonia, Restauración Nacional Polaca y Campo Nacional Radical realizadas entre 2011 y 2015, y del material publicado en los sitios web oficiales de estas organizaciones.

>>

Marcha del Día de la Independencia organizada por grupos nacionalistas en Varsovia, Polonia, 2015. P. Drabik/flickr. Algunos derechos reservados.

mantener un trabajo, vivienda y estándares de vida decentes. Las historias sobre refugiados peligrosos que imponen su cultura y se apropian de las viviendas sociales y de los trabajos; minorías sexuales que abusan niños; corporaciones internacionales que explotan a trabajadores polacos; y liberales que atacan intencionalmente las tradiciones y valores polacos son bien recibidas por algunos segmentos de la sociedad polaca. Tales discursos ofrecen respuestas simples y puntos de referencia sólidos que lidian con la carga de la incertidumbre al convertirla en aversión hacia enemigos inventados. El nacionalismo también es orgullo nacional: un sentimiento manifiesto como protesta contra la posición semiperiférica de Polonia en el mundo. De manera similar, como muestra la investigación de Maciej Gdula sobre los votantes de Ley y Justicia, el nacionalismo radical es una forma de buscar el sentido simbólico de Polonia y "ponerse de pie". Existe una fuerte necesidad de sentirse superior a otros y de construir una mejor – consciente y anclada históricamente – nacionalidad.

¿Será la sociedad polaca dominada por la ola de contracultura nacionalista? Por un lado, puede decirse que el nacionalismo radical no perderá el apoyo pronto y es bastante difícil estimar qué otro tipo de discurso puede reemplazarlo y explicar fácilmente la complejidad del mundo contemporáneo. Aún más, las organizaciones nacionalistas marcharon juntas con el gobierno polaco durante la Marcha del Día de la Independencia el 11 de noviembre de 2018, lo que muestra que la estructura de oportunidad política es favorable a su desarrollo. Por otro lado, los representantes de visiones opositoras, liberales y de izquierda, a pesar del contexto político menos favorable, aún están visibles y activas en la sociedad polaca. Uno de los signos recientes de su continua relevancia son los resultados de las elecciones locales: aunque el PiS obtuvo en general el mayor número de escaños en los gobiernos regionales, los habitantes de las ciudades más grandes de Polonia eligieron candidatos más liberales. Lo que podemos esperar en los próximos años es una creciente tensión y conflicto entre los discursos culturales más que una superación del discurso público por los nacionalistas radicales. ■

Dirigir toda la correspondencia a Justyna Kajta
<juskajta@gmail.com>

> Inspirándose en Marie Jahoda

por **Johann Bacher**, Universidad Johannes Kepler de Linz, Austria, **Julia Hofmann**, Cámara de Trabajo de Viena, Austria, y **Georg Hubmann**, Instituto Jahoda Bauer, Austria

Marie Jahoda en 1937. Crédito: AGSÖ (Archivo de la Historia de la Sociología en Austria).

En 2017, los autores del presente artículo se comprometieron a editar, financiar y presentar la – hasta entonces casi desconocida – tesis doctoral de la famosa cientista social Marie Jahoda, quien culminó su disertación a finales de 1931 bajo la supervisión de Karl y Charlotte Bühler. En 1932, la Universidad de Viena aprobó la tesis. La misma se basó en 52 entrevistas cualitativas a habitantes de los llamados *Versorgungshäuser* en Viena, que eran una especie de hogar de ancianos para personas pobres y enfermas. Fue el primer estudio empírico en usar información biográfica de gente de clase trabajadora. Las entrevistas y la tesis ofrecen una mirada impactante sobre las condiciones de vida opresivas de la clase trabajadora en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

Al mismo tiempo, Jahoda participó – como es más conocido – en el famoso estudio *Los parados de Marienthal* que escribió en colaboración con Paul Lazarsfeld y Hans Zeisel. Escribió las partes principales de su informe durante el verano de 1932.

En 1937, el régimen austrofascista la forzó a abandonar Austria con pocos días de aviso, con su partida forzosa precedida de prisión. Su compromiso con el movimiento de la socialdemocracia había sido prohibido por el régimen austrofascista desde 1934. Solo la intervención internacional le permitió escapar.

Jahoda emigró primero a Gran Bretaña, donde se involucró en varios proyectos de investigación aplicada, incluyendo un estudio de un esquema de producción de subsistencia en una región minera de Gales con alto desempleo. En 1945, al mudarse a Estados Unidos, obtuvo un puesto en el departamento de investigación del Comité Judío Estadounidense, donde realizó varios estudios empíricos. A fines de 1947, se trasladó a la Oficina de Investigación Social Aplicada de la Universidad de Columbia y comenzó una fructífera cooperación con Robert K. Merton. En 1949, se convirtió en Profesora Asociada y, en 1953, Profesora Titular de Psicología Social en la Universidad de Nueva York. En 1958, volvió a Gran Bretaña por razones privadas y trabajó como profesora de la Universidad Brunel; en 1965 aceptó un puesto fundador como Profesora Titular de Psicología Social en la Universidad de Sussex. Jahoda murió en el Reino Unido en 2001. En su país de origen, Austria, sus extraordinarios logros fueron reconocidos solo muy tarde en su vida, a finales de la década de 1980. Quería retornar a Austria luego de la Segunda Guerra Mundial, pero no recibió ofertas laborales.

Marie Jahoda es la autora de más de 250 publicaciones, que cubren muchos campos diferentes: empleo y desempleo; actitudes y cambio de actitudes, especialmente en relación con el antisemitismo; conformidad y autoritarismo; salud pública; métodos de investigación y metodología; y psicoanálisis. El gran número de sus reseñas en revistas prominentes muestra su interés vital en diferentes campos científicos.

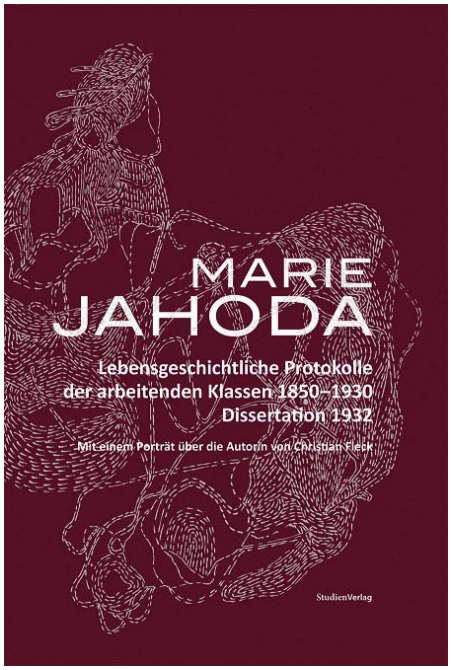
> Qué podemos aprender de Marie Jahoda

Como cientistas sociales y ciudadanos comprometidos políticamente, ¿qué podemos aprender de su trabajo científico y de su biografía? Primero, como autores, quisiéra-

>>

mos mencionar nuestros diferentes perfiles. Uno de nosotros es profesor titular de sociología en la universidad, otro está involucrado en un *think tank* y la tercera tiene un puesto en la Cámara de Trabajo de Viena – dos hombres y una mujer, de diferentes edades. Pero compartimos ciertos aspectos en nuestras trayectorias. Los tres estudiamos ciencias sociales (sociología y socioeconomía) en la misma universidad y los tres queremos colaborar en la solución de los problemas sociales y reducir las desigualdades sociales.

La primera conclusión que sacaríamos del trabajo científico y la biografía de Jahoda es que deberíamos enfocar nuestro trabajo en los problemas de la vida real de la gente. Eso significa también comprometerse personalmente con los problemas sociales de la gente. La biografía de Jahoda ofrece muchos buenos ejemplos. Tal compromiso estimula la investigación, como Jahoda enfatizó en su trabajo metodológico, y permite también una mejor comprensión de los fenómenos sociales e incluso podría conducir a encontrar soluciones. Jahoda insistió en que las preguntas científicas desarrolladas en abstracto no son siempre útiles para definir y resolver problemas sociales. Este llamamiento no es nuevo ni específico de Jahoda. Como sabemos, no es un asunto fácil de responder.



Portada del libro de la tesis de Marie Jahoda de 1932, publicado recientemente en 2017 por StudienVerlag: Marie Jahoda Lebensgeschichtliche Protokolle der arbeitenden Klassen 1850-1930 *[Relatos históricos de vida de la clase trabajadora por Marie Jahoda, 1850-1930], editado por Johann Bacher, Waltraud Kannonier-Finster y Meinrad Ziegler.*

En segundo lugar, aprendemos de Jahoda que el análisis de los problemas sociales y las desigualdades sociales requiere interesarse en varios campos científicos y cooperar con colegas de diferentes disciplinas científicas. El trabajo de Marie Jahoda no reconocía límites científicos, estando su foco interdisciplinar especialmente entre la sociología y la psicología. Su concepto de psicología social no reduccionista es útil para explorar lo que llamó realidad social, relacionando la estructura social con la personalidad (respectivamente, sociología y psicología). Una tarea de la psicología social no reduccionista es analizar qué experiencias proporciona una institución social, cómo su interpretación influye en el comportamiento de las personas, y viceversa. El concepto de Jahoda sobre las cinco funciones latentes del trabajo es, aún hoy, un excelente ejemplo de esta relación. El concepto asume que el trabajo como institución social provee tipos específicos de experiencias que satisfacen necesidades humanas básicas (fundamentales). El trabajo (1) estructura el día; (2) activa a la gente; (3) amplía el horizonte de la gente más allá del círculo familiar; (4) contribuye a propósitos colectivos más elevados; y (5) provee identidad social y estatus.

Estas cinco funciones latentes y sus relaciones con las necesidades humanas básicas son aún importantes y útiles al analizar los cambios sociales, al menos en los países occidentales. Deberíamos preguntarnos con mayor frecuencia hasta qué punto y para qué grupos de personas ciertos desarrollos societales violan estas necesidades humanas básicas. De acuerdo con los principios metodológicos de Jahoda, tal análisis debería basarse en las experiencias de la vida cotidiana de la gente y sus necesidades humanas. Tener eso en mente hará nuestros análisis más vivos y a nuestros hallazgos más convincentes (ver la discusión sobre *think tanks* en *Diálogo Global 8.2*). Nuestros resultados llegarán a públicos más amplios y estimularán la discusión pública (¡no todos deben estar de acuerdo!).

Finalmente, nuestros análisis deberían enfocarse en el desarrollo de la humanidad. En nuestra opinión, las ciencias sociales se han concentrado recientemente en la pregunta sobre por qué la sociedad dificulta el desarrollo de nuestra humanidad. Si bien estos análisis son urgentes considerando los problemas severos y diversos que enfrentan nuestras sociedades globales, a menudo conducen a un diagnóstico negativo o pesimista, y tal visión negativa se ha vuelto parte de nuestra identidad como cientistas sociales. Siguiendo a Jahoda, deberíamos por un lado vincular los problemas de la vida real más cercanamente a nuestra investigación científica, y por el otro, desarrollar una actitud más optimista. Esto ayudaría también a fortalecer el rol de la *expertise* académica en el discurso científico y político en tiempos de creciente influencia de los *think tanks* neoliberales. Nuestros análisis deberían responder en parte a la siguiente pregunta: ¿qué condiciones societales deben cumplirse para desarrollar nuestra humanidad? ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Johann Bacher <johann.bacher@jku.at>
Julia Hofmann <Julia.HOFMANN@akwien.at>
Georg Hubmann <georg.hubmann@jbi.or.at>

> Relaciones laborales y diálogo social

en Portugal

por **Elísio Estanque**, Universidad de Coimbra, Portugal, y miembro de los comités de investigación de la ISA sobre Movimientos sindicales (RC44) y Movimientos sociales y clases sociales (RC47), y **António Casimiro Ferreira**, Universidad de Coimbra, Portugal

Mural en las calles de Lisboa que representa la Revolución de los Claveles del 25 de abril de 1974. Foto: Kimble Young, Creative Commons.

Portugal es un país semiperiférico que experimentó una transición democrática en 1974, luego de un largo período de dictadura (que comenzó en 1926). El autoritario "Estado Novo" fue establecido por la Constitución de 1933, que sentó las bases normativas de un corporativismo fascista que legitimaba el control estatal sobre los sindicatos y se basaba en la represión violenta de los trabajadores.

La resistencia de la clase trabajadora fue escasa y esporádica durante los 48 años de autoritarismo. Solo a finales de la década de 1960 se volvieron perceptibles algunos grupos organizados de resistencia dentro de los sindicatos corporatistas. Esto fue el resultado de la urbanización, la concentración de la población en áreas costeras, el desarrollo de algunos servicios públicos, así como el incremento del sector terciario de la economía, que abrió el espacio para nuevas dinámicas asociativas en el trabajo (aunque todavía clandestinas). Fue en este contexto que la confederación sindical aún dominante actualmente (Intersindical Nacional, hoy conocida como Confederación General de los trabajadores Portugueses-CGTP) emergió en 1970. Sin embargo, a lo largo de este período (desde finales de la década de 1960 hasta la revolución del 25 de abril de 1974) y a pesar de la relativa apertura de la economía y del crecimiento del sector de servicios, Portugal continuó siendo un país predominantemente rural. La industria incipiente se basó en mano de obra barata encuadrada en una economía controlada por el Estado y dentro de un régimen represivo y tutelar que vigilaba a los trabajadores, los sindicatos y la sociedad en general.

Fue la Revolución de los Claveles (25 de abril de 1974) la que creó las condiciones para la emergencia del actual sistema de relaciones de trabajo y de derechos laborales. Solo desde entonces se puede hablar de diálogo social y de ley laboral en la sociedad portuguesa. Aún más, fue gracias a la profunda efervescencia revolucionaria de los movimientos sociales y populares de aquel período (1974-5) que Portugal se convirtió en el extraño país occidental que abiertamente adoptó el proyecto socialista, tal como se reconoció en la Constitución de 1976. Sin embargo, aquellos tiempos conflictivos y revolucionarios dejaron también una profunda marca en el país (para mejor y para peor) al establecer un clivaje estructural entre modelos sociales opuestos. Esto se tradujo dentro del campo político en una división entre ideologías antisistémicas – PCP (Partido Comunista) y la extrema izquierda – e ideologías socialdemócratas o liberales – PS (Partido Socialista) y PSD (Partido Social Demócrata). Este conflicto se vio reflejado en el campo sindical entre, por un lado, la CGTP (un sindicalismo de clase, con influencia comunista) y, por el otro, la Unión General de Trabajadores (UGT – un sindicalismo reformista y abierto al diálogo), fundado en 1978.

>>

La ley laboral establecida bajo la nueva constitución reflejó, especialmente en la fase temprana, la influencia de las intensas luchas de clase del período revolucionario. La Constitución institucionalizó una estructura tripartita a nivel macrosocial: la Comisión Permanente de Concertación Social (CPCS) fundada en 1984, luego reemplazada por el Consejo Económico y Social (CES) en 1991. En la práctica, el modelo de diálogo social y relaciones laborales ha oscilado de acuerdo a diferentes coyunturas políticas y a la dinámica de las relaciones de poder entre interlocutores sociales, así como a la evolución de indicadores económicos y sociales. En los últimos 30 años, los períodos de crisis y los impactos de la economía global han desencadenado varios cambios legislativos de ajuste de las políticas sociales, siguiendo la tendencia general de desregulación, flexibilización y segmentación del trabajo.

La reciente crisis económico-financiera de 2008 tuvo un profundo impacto en Portugal, especialmente durante el programa de rescate financiero (2011-14). En ese período, las condiciones para un "estado de excepción" emergieron en Portugal. Las medidas de austeridad impuestas por la Troika (la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional) y aplicadas celosamente por el anterior gobierno de derechas (PSD / CDS, liderado por el ex Primer Ministro Passos Coelho) intensificaron las desigualdades sociales y la exclusión en un contexto de tensiones sociales, lo cual conllevó a un ciclo de protestas y huelgas, encabezados por movimientos sociales y de trabajadores.

Este marco de austeridad supuso la organización social y el institucionalismo político y judicial que apuntaba a calmar y a estabilizar los mercados mediante el cumplimiento del déficit presupuestario y mediante la destrucción de los mecanismos de diálogo social. Las medidas de austeridad y la agenda "reformista" neoliberal convergieron en un impulso por reducir los costos laborales y las compensaciones por despido, flexibilizar el tiempo de trabajo y la restringir la negociación colectiva. Específicamente, se introdujo una serie de cambios legislativos emblemáticos para reducir los beneficios de la clase trabajadora. El rol de las estructuras de los sindicatos previsto en la Constitución también fue restringido, privilegiando en cambio el rol de las comisiones internas y de los sindicatos por empresa.

Al mismo tiempo, la forma privilegiada de regulación de las relaciones laborales – la negociación colectiva – sufrió fuertes restricciones, debido a los límites de los contratos de trabajo y de los acuerdos colectivos. Estos, en la medida en que dependen de un período de negociación – con o sin acuerdo – favorecen objetivamente a los empleadores. La situación de la negociación colectiva durante el período de austeridad se vio reflejada en el bloqueo de esta forma de diálogo social mediante el incremento de las asimetrías de poder entre trabajadores y empleadores. Por otro lado, a nivel macrosocial, el Consejo Económico y Social (CES) jugó un rol importante en el retroceso del marco de relaciones de trabajo, bajo la presión de compromisos hechos con la Troika. Por lo tanto, los ítems diluidos en el proceso más amplio de las llamadas "reformas estructurales" difícilmente podían resistir tales decisiones sin perder la identidad política y jurídica del derecho laboral.

La narrativa de austeridad caracterizada por el fundamentalismo de mercado deslegitimó diagnósticos alternativos de la realidad, bloqueando cualquier agenda legislativa que reflejara un *ethos* social protector de los derechos laborales y de la justicia social. Las mismas instituciones y organizaciones del diálogo social y de la ciudadanía se vieron cooptadas y convertidas en instrumentos para la legitimación de la nueva austeridad.

Luego del proceso de democratización (a partir de 1974), se pueden identificar cuatro momentos: la expansión y el agotamiento del diálogo macrosocial entre las décadas de 1970 y 1980; el retorno del diálogo social en la década de 1990, vinculado a los procesos de integración europea y de globalización; el momento de crisis del diálogo social, marcado por un compromiso con el despliegue de las medidas de austeridad y las subsecuentes reformas legislativas; y, finalmente, el momento actual en el cual, mediante acuerdos parlamentarios entre el gobierno del Partido Socialista, el Partido Comunista y el Bloque de Izquierda, el eje de negociación se ha ido mudando hacia el parlamento, con una reducción gradual de la importancia de los mecanismos de negociación (tanto la negociación colectiva como los mecanismos tripartitos).

En conclusión, el período pos-Troika más reciente ha abierto un espacio para una nueva solución política, ofreciendo nuevas condiciones para el retorno del diálogo social. Por esta razón, el país se presenta hoy como un ejemplo contracíclico en el contexto europeo, mostrando además una sorprendente viabilidad de alianzas entre diferentes fuerzas políticas de izquierda. En esta nueva configuración político-laboral, no son solo los protagonistas de la política partidaria ni los movimientos de protesta social, sino también las diferentes formas de acción sindical las que han contribuido a crear una atmósfera que favorece las alianzas y los procesos de negociación. A pesar de las dudas y perplejidades que suscita esta solución, la experiencia portuguesa muestra que el futuro del diálogo social conlleva nuevas configuraciones entre actores sociales que abarcan las esferas política y laboral. Demuestra que la recuperación económico-financiera, a pesar de sus vicisitudes, puede combinarse con la recuperación de las políticas sociales y la reactivación de la política de alianzas, en una democracia representativa dentro de la cual el conflicto y la negociación son inseparables. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Elísio Estanque <elisio.estanque@gmail.com>
António Casimiro Ferreira <acasimiroferreira@gmail.com>

> El equipo editorial bengalí de *Diálogo Global*

Rokeya Akhter

Asif Bin Ali

Md. Eunus Ali

Abdullah-Hill-Muhaimin Chowdhury

Eashrat Jahan Eyemoon

Kazi Fadia Iqbal

Habibul Haque Khondker

Hasan Mahmud

Mustafizur Rahman

Khairun Nahar

Juwel Rana

Toufica Sultana

Md. Helal Uddin

GLOBAL DIALOGUE

>>

Rokeya Akhter es asesora estatal y especialista en proyectos de desarrollo en Bangladesh. Completó su maestría en Sociología en la Universidad de Dhaka, Bangladesh. Se especializa en planes de acción de género, en nutrición para adolescentes y en las adaptaciones frente al cambio climático para lograr seguridad alimentaria. Es doctoranda en la Universidad de Dhaka. Su investigación doctoral versa sobre el lenguaje, la cultura y la escolaridad en Dhaka.

Asif Bin Ali enseña sociología en la Universidad Oriental, Dhaka, y trabaja como asistente editorial para el *Daily Observer*, un periódico bengalí en inglés. Se desempeña también como investigador asociado en la Universidad Central de Queensland, Australia, desde 2017. Realizó su maestría en Sociología en la Universidad de Asia del Sur, Nueva Delhi, India. Sus intereses de investigación incluyen el nacionalismo, el terrorismo, la formación de identidad, la sociología de la religión y la historia de los desastres naturales.

Md. Eunus Ali es un estudiante de grado del departamento de Sociología de la Universidad de Dhaka. Su foco de interés está en género y desarrollo, salud pública y socialización infantil.

Abdullah-Hill-Muhaimin Chowdhury se dedica a la investigación de mercado cualitativa, trabajando actualmente como asociado de Quantum Consumer Solutions. Tiene una maestría y un título de grado en Sociología de la Universidad de Dhaka. Sus temas de estudio son los cambios en los patrones de las narrativas religiosas en relación con los constructos sociales en Bangladesh.

Eashrat Jahan Eyemoon es profesora del departamento de Sociología de la Universidad de Dhaka, donde completó sus estudios de grado y maestría en Sociología. Centra su investigación en las relaciones de género y en el gobierno de la seguridad alimentaria.

Kazi Fadia Iqbal realizó sus estudios de grado y maestría en Sociología y se encuentra cursando la maestría de investigación. Actualmente trabaja como directora de promoción y en la división de comunicación del Instituto de Transformación Social de Asia del Sur (SAIST por su sigla en inglés).

Habibul Haque Khondker, doctor (Universidad de Pittsburgh), es profesor de sociología en la Universidad Zayed, Abu Dabi, Emiratos Árabes Unidos y copresidente del comité de investigación de la ISA sobre Transformaciones sociales y sociología del desarrollo (RC09). Sus temas de investigación abarcan teorías de la globalización, migración, Estado, sociedad civil, democracia, militarización de la política y hambruna. Junto a Bryan Turner, Khondker escribió *Globalization: East/West* (Sage, 2010); coeditó con Goran Therborn *Asia and Europe in Globalization: Continents, Regions, and Nations* (Brill, 2006) y con Jan Nederveen Pieterse *21st Century Globalization: Perspectives from the Gulf* (Dubai and Abu Dhabi: Zayed University Press, 2010).

Hasan Mahmud es profesor adjunto residente en la Universidad del Noroeste en Catar. Recibió su doctorado en Sociología de la Universidad de California-Los Ángeles, su maestría en Estudios Globales de la Universidad Sophia en Tokyo, y sus títulos de grado y de maestría en sociología de la Universidad de Dhaka en Bangladesh. Fue profesor visitante del departamento de sociología en la Universidad Estatal Ball, Estados Unidos. Sus intereses de docencia e investigación incluyen teorías sociológicas, globalización, migración y desarrollo internacional, políticas identitarias y etnografía global. Sus estudios aparecieron en publicaciones como *Current Sociology*, *Migration and Development*, *Contemporary Justice Review* y *Journal of Socioeconomic Research and Development*.

Mustafizur Rahman es un estudiante de maestría del departamento de sociología de la Universidad de Dhaka. Recibió una medalla de oro en 2018 por su desempeño sobresaliente en sus estudios de grado. Sus áreas de investigación son la sociología de la medicina y la salud pública.

Khairun Nahar trabaja como terapeuta del habla y del lenguaje en CS Care Limited. Posee título de grado (con Honores) en Lingüística y una maestría de ciencias sociales en terapia del habla y del lenguaje de la Universidad de Dhaka.

Juwel Rana es un becario Erasmus que realiza su posgrado en la Escuela de Altos Estudios en Salud Pública (EHESP por su sigla en francés), en Francia. Sus intereses de investigación abarcan el impacto de la exposición del ambiente a agentes contaminantes, metales tóxicos, disruptores endocrinos y factores asociados a la salud física y cognitiva de los niños. Ha publicado capítulos de libros y artículos académicos sobre salud ambiental, salud de mujeres y niños, problemas cardiovasculares, tabaquismo, determinantes sociales de la salud y desigualdad sanitaria en diferentes revistas nacionales e internacionales. Es editor ejecutivo del *South Asian Journal of Social Sciences* y cofundador del SAIST, Dhaka.

Toufica Sultana es estudiante doctoral de sociología en la Universidad de Saskatchewan, Canadá. Sus temas de estudio son el envejecimiento y la salud mental, la sociología de la salud y la enfermedad, la demografía, la desigualdad social, el manejo de desastres y los estudios sobre la vulnerabilidad. Enseñó sociología en la Universidad Oriental, Bangladesh, antes de comenzar su doctorado en Canadá. Trabajó también en la División de Evaluación de la Investigación (RED por su sigla en inglés) en BRAC, Bangladesh. Se desempeña como editora asociada del *South Asian Journal of Social Sciences* y es cofundadora del SAIST, Dhaka.

Md. Helal Uddin es profesor de Sociología en la Universidad Oriental, Bangladesh, Completó sus títulos de grado y maestría en Sociología en la Universidad de Dhaka. Trabaja actualmente como asistente editorial del *South Asian Journal of Social Sciences* y como director adjunto (División de investigación e innovación) del SAIST. Sus temas de estudio incluyen sociología ambiental, sociología de la salud y posmodernismo.